
HARLEQUIN
Jazmín
EL HIJO DEL ITALIANO
LUCY GORDON

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El hijo del italiano, n.º 1842 - mayo 2016
Título original: The Italian's Baby
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2004

I.S.B.N.: 978-84-687-8220-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Prólogo

Tenía diecisiete años y era tan bella como una muñeca, y tan inerte. Estaba sentada frente a la ventana mirando sin ver el paisaje italiano. No se volvió cuando se abrió la puerta y entró una enfermera con un hombre de mediana edad que mostraba una jovialidad que no acompañaba a la tristeza de sus ojos.

–¿Cómo está mi niña preferida? Te he traído a alguien –saludó a la muñeca, que no contestó y ni siquiera lo miró, y se volvió a un joven detrás de él–. Que sea rápido.

El joven tenía veinte años, el pelo greñudo y una barba de días, y su mirada reflejaba al mismo tiempo dolor e ira. Fue corriendo hacia la niña y se arrodilló a su lado.

–Becky, *mia piccina*, soy yo, Luca. Mírame, te lo suplico. Perdona todo lo que he hecho. Dicen que nuestra hija ha muerto y que es culpa mía. Nunca quise hacerte daño. ¿Puedes oírme?

Ella volvió el rostro y pareció mirarlo, pero no había reconocimiento en sus ojos sin vida.

–Escúchame, lo siento, *piccina*, lo siento mucho. Becky, por Dios, di que me entiendes.

Ella seguía callada. Él le acarició el pelo, pero ella no se movió.

–No he visto a nuestra hija –dijo él con voz ronca–, ¿era tan guapa como tú? ¿La has tenido en brazos? Háblame. Di que sabes quién soy, que aún me quieres. Yo te querré toda la vida. Sólo di que me perdonas por todo el dolor que te he causado, sólo quería hacerte feliz. Por el amor de Dios, háblame.

Pero ella no dijo nada y siguió mirando por la ventana. Él dejó caer la cabeza sobre el regazo de la joven y lo único que se oyó en la habitación fueron sus sollozos.

Capítulo 1

Las palabras crudas resaltaban sobre el papel blanco: «Un niño, nacido ayer. 3,9 kilos», un mensaje que podía haber sido motivo de alegría, pero para Luca Montese significaba que su esposa le había dado un niño a otro hombre, y a él ninguno. Significaba que todo el mundo conocería su humillación, lo cual lo hizo maldecir a todo el mundo empezando por él, por haber estado ciego.

El miedo había forzado a Drusilla a abandonarlo nada más saber que estaba embarazada, hacía seis meses. Al llegar a casa aquel día Luca se había encontrado una nota en la que ella le confesaba que había otro hombre, que estaba embarazada y que no intentara buscarla. Nada más. Se había llevado todo lo que él le había regalado, hasta el último diamante y todos sus vestidos de alta costura. Él la había perseguido con furia vengativa a través de una batería de caros abogados que le enviaron un acuerdo de divorcio que la dejaba sin nada más que lo que ya se había llevado.

Lo irritó que el amante fuera tan pobre e insignificante que estuviera más allá del alcance de su venganza. Le habría resultado un placer arruinar a un empresario rico como él, pero a un peluquero… Aquello le parecía un insulto. Ahora ellos tenían un niño hermoso y él no tenía hijos. Todo el mundo sabría que era culpa suya que su matrimonio hubiera sido estéril y se reirían. Pensarlo casi lo volvió loco.

Tres pisos por debajo estaba el centro financiero de Roma, un mundo que había hecho suyo con astucia. Sus empleados se lo debían todo, sus rivales lo temían, pero ahora todos se reirían.

Dobló el periódico por la mitad, con manos que no eran las de un financiero internacional, sino las de un trabajador. Igual que su cara, con una rotundidad que tenía poco que ver con sus rasgos y más con el brillo de sus ojos. Aquello junto con su figura alta y de espaldas anchas atraía a muchas mujeres que gravitaban alrededor del poder. Poder físico, financiero, de todas clases. Desde la ruptura de su matrimonio no le había faltado compañía.

Las trataba bien, acorde con sus gustos, era generoso con regalos pero no con palabras o sentimientos, y rompía con ellas de forma brusca cuando se daba cuenta de que no tenían lo que buscaba. Aunque no podía decir qué era, sólo sabía que lo había tenido una vez, hacía mucho tiempo, con una chica de ojos vibrantes y gran corazón.

Apenas se acordaba del chico que era entonces, lleno de ideas nada prácticas acerca del amor duradero, no cínico ni codicioso, y que creía que tanto el amor como la vida eran buenos, una tontería que se le había curado de manera cruel.

Se obligó a regresar al presente, al considerar que recrearse en la felicidad pasada era síntoma de debilidad, y él siempre cortaba la debilidad de forma tan implacable como hacía todo lo demás. Bajó a zancadas al aparcamiento donde tenía su Rolls Royce. Aunque tenía chófer, le gustaba llevarlo él, pues lo consideraba su trofeo personal, la prueba de lo lejos que había llegado desde los días en que tenía una tartana que tenía que reparar cada dos por tres. Por más que lo intentara no podía borrar la imagen de ella riendo mientras le acercaba la llave inglesa. A veces se metía con él bajo el coche, y entonces se besaban y reían como locos.

Mientras conducía hacia su villa en el campo, pensaba que quizá había sido algún tipo de locura, al creer que aquella alegría duraría para siempre. No había sido así.

Volvió a borrar su recuerdo de la mente, pero en aquella ocasión ella parecía estar allí a su lado mientras él conducía en la oscuridad, atormentándose con recuerdos de su encanto, su amabilidad, su ternura. Él tenía veinte años y ella diecisiete, y ambos habían creído que duraría para siempre. Entonces pensó que quizá podría haber sido así.

Borró también aquel pensamiento, pero el espíritu de ella no se desvaneció, sino que le susurró que su breve amor había sido perfecto, a pesar de haber terminado con un corazón roto. También le recordó otras cosas, como cuando ella se tumbaba en sus brazos y le susurraba palabras de amor.

–Soy tuya, para siempre –le había dicho–. Nunca querré a ningún otro hombre.

–No tengo nada que ofrecerte.

–Si me das tu amor, es todo lo que pido.

–Pero soy pobre.

–No somos pobres –se había reído ella–, siempre que nos tengamos el uno al otro.

Pero de repente se acabó, y ya no se tenían el uno al otro.

De repente hubo un chirrido de ruedas y el volante le giró entre las manos. No sabía qué había pasado, pero el coche estaba parado y él estaba temblando. Se aclaró las ideas de la cabeza y miró a ambos lados de la calzada, que estaba vacía. Como su vida, pensó, saliendo de la oscuridad para volver a meterse en ella. Había sido así desde hacía quince años.

El hotel Allingham era el más nuevo y lujoso de Londres, con el mejor servicio y los precios más altos. Habían nombrado a Rebecca Hanley Jefa de Relaciones Públicas porque, en palabras del director, parecía haber crecido bañada en dinero y que no le importara, lo cual era bueno para hacer que la gente despilfarrara su dinero sin reservas. El gerente tenía mucha razón, pues el padre de Rebecca había sido un hombre muy rico, y en aquellos días a ella no le importaba nada.

Vivía en el Allingham, pues le resultaba más sencillo que tener casa propia. De aquel modo usaba el salón de belleza y el gimnasio del hotel, con el resultado de una silueta sin un gramo de grasa y un rostro perfecto.

Aquella noche se estaba dando los últimos retoques cuando sonó el teléfono. Era Danvers Jordan, el banquero con el que salía por entonces. Iban a asistir a la fiesta de compromiso del hermano pequeño de este, que se celebraba en el Allingham, así que ella debía estar «de servicio» por doble motivo, y debía estar perfecta.

Lo estaba. Tenía un cuerpo esbelto capaz de llevar aquel vestido negro ceñido, y sus largas piernas demandaban la falda corta. El escote era bajo pero dentro de los límites, y un enorme diamante le adornaba el cuello. Su cabello original era castaño, pero en aquel momento lo llevaba de un tono rubio que hacía resaltar sus ojos verdes. El toque final lo ponían unos diamantes pequeños en las orejas.

Exactamente a las ocho en punto llamaron a la puerta y ella fue graciosamente al encuentro de Danvers.

–Estás espléndida –la saludó él como siempre–. Voy a ser el hombre más orgulloso.

«El más orgulloso, no el más feliz», pensó ella. La fiesta era en un salón de banquetes, decorado con telas de seda y rosas blancas. La pareja era poco más que unos niños; Rory tenía veinticuatro años y Elspeth, dieciocho. El padre de Elspeth era el presidente del banco en que trabajaba Danvers, que a su vez era parte del consorcio que había financiado el Allingham.

–Pensaba que la gente ya no creía en el «para siempre» –le comentó Rebecca a Danvers al final de la noche.

–Supongo que si eres lo suficiente joven y tonto, tiene sentido.

–¿De verdad tienes que ser joven y tonto?

–Vamos, cariño, los adultos sabemos que pasan cosas y la vida no sale como esperabas.

–Es cierto –contestó ella, que entonces se vio asaltada por Elspeth.

–Estoy tan contenta, Becky –le dijo la joven mientras la abrazaba–. Y vosotros dos, ¿qué? Ya es hora de que deis el paso. ¿Por qué no hacéis el anuncio ahora?

–No –dijo enseguida Rebecca, que lo suavizó–. Esta es tu noche.

–Vale, pero en la boda te tiraré el ramo –prometió la niña, y se fue bailando.

–¿Por qué te ha llamado Becky? –le preguntó él.

–Es el diminutivo de Rebecca.

–Nunca he oído a nadie llamártelo, y me alegra. Rebecca te queda mejor; es más sofisticado. No eres de la clase de las Beckies.

–¿Y cómo es la clase de las Beckies, Danvers?

–No sé, torpe y poco elegante. Alguien que no es más que una niña y no sabe mucho del mundo.

Rebecca bajó la copa porque le temblaba el brazo, pero sabía que él no se daría cuenta.

–No siempre he sido tan sofisticada.

–Pero así es como me gusta verte.

Por supuesto también sabía que a Danvers no le interesaría otra versión de ella que no le fuera bien a él. Probablemente acabaría casándose con él, no por amor, sino por falta de otra fuerza que se opusiera. Tenía treinta y dos años y sentía que el camino sin rumbo que era su vida no podía seguir así indefinidamente. Rechazó su

propuesta de una cena, alegando cansancio. Él la acompañó a su suite e hizo un último intento de prolongar la velada, acercándose para besarla, pero ella se puso tensa.

–De verdad estoy muy cansada. Buenas noches, Danvers.

–Está bien. Tómate un sueño de belleza para estar perfecta para mañana.

–¿Mañana?

–Cenamos con el presidente del banco, no puedes haberte olvidado.

–Claro que no. Estaré allí con mi mejor sonrisa. Buenas noches.

Al fin se quedó sola. Apagó la luz y se asomó a la ventana, desde la que observó las luces de Londres, que brillaban contra la oscuridad, y que le recordaron a lo que prometía ser su vida a partir de entonces, un panorama interminable de ocasiones brillantes, cenas con el presidente, noches en la ópera, restaurantes lujosos, entretenerse en una mansión lujosa como una perfecta esposa y anfitriona.

Antes le parecía suficiente, pero algo la había desestabilizado aquella noche. Ver a aquella pareja joven que creía apasionadamente en el amor le había recordado demasiadas cosas en las que ya no creía.

«Becky» sí había creído, pero estaba muerta. Había muerto en una confusión de dolor, sufrimiento y desilusión, pero aquella noche su fantasma revivió en la opulenta fiesta, mirándola con reproche y recordándole que una vez había tenido corazón, que le había dado a un joven rebelde que la adoraba.

El veredicto de Danvers sobre Becky había sido «una niña que no sabe nada del mundo», y tenía más razón de la que creía. Los dos habían sido unos críos y habían creído que su amor era la respuesta final a todos sus problemas.

Becky Solway se había enamorado de Italia nada más verla, sobre todo de la tierra de la Toscana, donde su padre había heredado de su madre italiana la finca de Belleto.

–Papá, ¡es precioso! –le dijo al verla–. Me quiero quedar aquí para siempre.

–Muy bien, cielo, lo que tú digas –se rió él.

Él era así, siempre dispuesto a complacerla sin meditar lo que le pedía, y mucho menos lo que pensaba o sentía. Con catorce años lo único que conocía Becky era complacencia. Eran ellos dos solos desde la muerte de su madre dos años antes. Frank Solway, un fabricante de electrónica con éxito, y su preciosa y brillante hija.

Frank tenía fábricas por toda Europa, que trasladaba a dondequiera que el trabajo fuera más barato. Durante las vacaciones escolares viajaban juntos y visitaban las avanzadillas del imperio financiero o se quedaban en Belleto. El resto del año ella estudiaba en Inglaterra. A los dieciséis años Becky le anunció que dejaba los estudios.

–Quiero vivir en Belleto para siempre, papá.

–Muy bien, cielo, lo que tú digas.

Le compró un caballo con el que ella pasaba los días felices explorando los viñedos y olivares de Belleto. Como tenía buen oído no le costó aprender no solo italiano de su abuela sino también el dialecto toscano. Su padre apenas hablaba idiomas y sus sirvientes no lo entendían, así que pronto le dejó los asuntos domésticos a ella. Un tiempo después también lo ayudaba en la finca.

Todo cuanto Becky sabía de su padre era que era un hombre de negocios con éxito; nunca habría podido imaginar un lado oscuro, hasta que se vio forzada a ello.

Frank había cerrado su última fábrica en Inglaterra, había abierto otra en Italia y después había viajado a España en busca de nuevas oportunidades. Durante su ausencia un día Becky fue a montar a caballo y se encontró con tres hombres.

–Eres la hija de Frank Solway –le dijo uno de ellos en inglés–, admítelo.

–¿Y por qué iba a negarlo? No me avergüenzo de mi padre.

–Pues deberías –le gritó otro de los hombres–. Necesitamos nuestro trabajo y tu padre de la noche a la mañana cerró la fábrica inglesa porque aquí es más barato. Ninguna compensación ni remuneración. Simplemente desapareció. ¿Dónde está?

–Mi padre está en el extranjero ahora. Por favor, déjenme pasar.

–Dinos dónde está –la detuvo él agarrando la brida–. No hemos venido hasta aquí para nada.

–Volverá la semana que viene –dijo ella desesperada–. Le diré que han venido; estoy segura de que hablará con ustedes.

–Somos los últimos con quienes querría hablar –aseguró uno de ellos, tras una carcajada heladora–. Se ha estado escondiendo de nosotros, no contesta nuestras cartas…

–Y ¿qué puedo hacer yo?

–Puedes quedarte con nosotros hasta que venga por ti.

–No lo creo.

La frase salió de un joven al que nadie había visto. Había aparecido de entre los árboles y se quedó de pie hasta asegurarse de que habían notado su presencia, una presencia imponente, no tanto por su altura y anchura de espaldas como por la ferocidad de su rostro.

–Aléjense –dijo, comenzando a andar.

–Lárgate –dijo el hombre que sujetaba la brida.

El extraño no se hizo esperar y, con un movimiento más rápido que la vista, de repente el otro hombre estaba en el suelo.

–Eh –empezó otro, pero sus palabras murieron cuando el extraño lo miró con cara de pocos amigos.

–Váyanse de aquí, los tres. Y no vuelvan.

Los otros dos ayudaron a su compañero a levantarse. Este se limpió la sangre de la nariz y, aunque la mirada que dedicó a su asaltante era furiosa, fue suficientemente listo para saber que era mejor no ir más lejos. Se marcharon, aunque en el último momento el humillado se volvió a mirar a la joven de un modo que hizo al extraño avanzar. Entonces se escabulleron.

–Gracias –dijo Becky con fervor.

–¿Estás bien?

–Sí, gracias a ti.

Ella desmontó y enseguida se dio cuenta de lo alto que era. La pequeña multitud había sido temible porque eran tres, pero aquel hombre era peligroso por sí mismo, y de repente Becky se preguntó si estaría más a salvo que antes.

–Ya se han ido –dijo él–, y no volverán.

–Gracias –repitió ella hablando en inglés como él, pero más lento–. Nunca me había alegrado tanto de ver a alguien. Creí que no había nadie para ayudarme.

–No hace falta que me hables despacio –dijo él con orgullo–. Sé inglés.

–Lo siento, no pretendía ser grosera. ¿De dónde has salido?

–Vivo pasados estos árboles. Será mejor que vengas conmigo y te haré un té.

–Gracias.

–Conozco a todo el mundo por aquí –le comentó él mientras andaban–, pero nunca los había visto.

–Venían de Inglaterra. Buscaban a mi padre, pero está fuera y eso los ha enfadado.

–A lo mejor no deberías cabalgar sola.

–No sabía que estaban ahí, y ¿por qué no puedo montar en la tierra de mi padre?

–Ah, sí, tu padre es el inglés del que todo el mundo habla. Pero esta no es su tierra, me pertenece a mí. Es sólo una franja estrecha, pero tiene mi casa, que no pienso vender.

–Pero papá me ha dicho…

–Te ha dicho que había comprado toda la tierra. Debe de haberse pasado esta parte; es muy normal.

–Oh, es preciosa –le salió del alma.

Al doblar una esquina habían llegado a una casita de piedra contra la falda de una colina y rodeada de pinos.

–Es mi casa. Te advierto que por dentro no es tan pintoresca.

Era cierto. El interior era muy básico, viejo y anticuado. A Becky le resultó evidente que había trabajado por mejorarlo, pues había herramientas y maderos por el suelo.

–Siéntate –le ofreció él señalándole una silla.

–No sé cómo te llamas –advirtió ella mientras él hacía té.

–Luca Montese.

–Yo soy Rebecca Solway, Becky.

Él le miró la manita elegante que le ofrecía y por primera vez pareció dudar. Entonces le dio la mano, áspera y fuerte, marcada por el trabajo duro. Todo su aspecto era rudo. Era alto, de un metro ochenta y el pelo moreno necesitaba un corte. Llevaba vaqueros negros y una camiseta negra sin mangas. A ella le recordó a Hércules. La furia de su rostro había desaparecido y en aquel momento la miraba de forma amable, aunque sin sonreír.

–Rebecca –repitió.

–No, Becky para los amigos. Tú eres mi amigo, ¿no? Debes serlo, después de haberme salvado.

Durante toda su corta vida, el encanto y belleza de Becky le

habían hecho ganarse a la gente, pero sintió la duda del joven.

–Sí –dijo al fin–. Soy tu amigo.

–Entonces, ¿me llamarás Becky?

–Becky.

–¿Vives aquí solo o con tu familia?

–No tengo familia. Esta era la casa de mis padres y ahora es mía –recalcó, con tono firme.

–Oye, que no lo pongo en duda. Si es tuya es tuya.

–Ojalá tu padre pensara lo mismo. ¿Dónde está?

–En España. Vuelve la semana que viene.

–Hasta entonces creo que será mejor que no cabalgues sola.

–¿Perdona? –le preguntó ella, que había estado pensando lo mismo, pero le había molestado el tono.

–No hace falta que te perdone.

–No quería decir eso –se explicó ella, dándose cuenta de que su inglés no era tan bueno–. Es una expresión que significa «¿Quién diablos te crees que eres para darme órdenes?»

–¿Y por qué no lo dices directamente?

–Porque… –empezó, pero le resultaba demasiado largo explicarlo, así que cambió al toscano–. No me des órdenes. Cabalgaré cuando quiera.

–Y ¿qué pasará la próxima vez, cuando quizá yo no esté para ayudarte?

–Se habrán ido.

–¿Y si te equivocas?

–Eso no tiene nada que ver –saltó ella, incapaz de contrarrestar su razonamiento.

–Creo que sí tiene que ver –dijo él con una leve sonrisa.

–Oh, deja de ser tan razonable.

–Muy bien –dijo él, con una sonrisa completa–. Lo que te parezca bien.

–Puedes estar seguro –contestó ella con otra sonrisa, y dio un trago al té–. Haces un té muy bueno, estoy impresionada.

–Y a mí me impresiona lo bien que hablas toscano.

–Me lo enseñó mi abuela. Era de aquí, la dueña de la casa en la que vivo ahora.

–¿Emilia Talese?

–Era su nombre de soltera, sí.

–En mi familia siempre han sido carpinteros, y solían trabajar para su familia.

Aquel fue su primer encuentro. La acompañó a casa y dio instrucciones a los sirvientes para que cuidaran de ella como si lo hubiera hecho toda su vida.

–¿Vas a estar bien? –le preguntó ella, al pensar en que debía volver solo en la oscuridad.

La sonrisa fue suficiente respuesta. Una sonrisa que decía que tales temores eran para otros hombres. Entonces se fue, dejando atrás tan solo el recuerdo de su autoconfianza.

Capítulo 2

Al día siguiente Becky salió pronto de casa para buscarlo. Se había acostado pensando en él, se había quedado tumbada despierta pensando en él, se había dormido al fin, soñado con él y había despertado pensando en él.

Sus labios la habían embaucado. Deseaba besarlos y sentir su beso. También sus brazos, tan poderosos como el acero. Estaba tan segura de que lo deseaba como lo había estado siempre de todo, con la convicción de una niña a la que nunca le habían negado nada.

Nunca había besado a un hombre, pero ahora que había conocido a Luca, lo deseaba como si su cuerpo se hubiera despertado de repente, enviándole un mensaje al cerebro de que aquel era su hombre. La única pregunta era cuándo y dónde, pues era imposible que el mundo, o el mismo Luca, se lo negaran.

Cuando estaba llegando, él oyó el trote del caballo y miró. Ella desmontó y lo miró, y entonces se dio cuenta de que él había pasado la noche igual que ella

–No deberías estar aquí –le dijo él–. Te dije que no montaras sola.

–Entonces, ¿por qué no has venido a buscarme?

–Porque la *signorina* no me dio órdenes de hacerlo –contestó él con orgullo.

–Pero yo no te doy órdenes. Somos amigos.

Se quedó de pie mirándolo, deseando que obedeciera sus deseos. Él le sonrió con aquella sonrisa que le aceleraba el pulso.

–¿Por qué no entras y haces té? –sugirió él.

Ella entró y pasó el resto del día ayudándolo en la casa. Él hizo unos rollos de salami que a ella le parecieron la mejor comida que hubiera probado, pero no se había echado atrás en su determinación de que la besara.

Le costó tres días acabar con su resistencia. En ese tiempo llegó a conocer algo al joven. Este tenía un orgullo que la hacía arder, aunque siempre la calmaba para su propio bien. El primer día él le

había dicho «lo que te parezca bien» y aquello se convirtió en su mantra. Lo que a ella le pareciera a él también le parecía bien. El hombre grande, tan feroz con los demás, era como un niño en sus manos, lo cual le proporcionaba una deliciosa sensación de poder.

Pero no logró que hiciera lo que quería por encima de todo. Ella creaba una oportunidad tras otra, que él rechazaba, hasta que un día le dijo:

–Creo que debes irte a casa ahora –y añadió en un inglés horrible–. Me ha encantado conocerte.

La respuesta de ella fue tirarle un panecillo, a lo que él se agachó, pero no pareció desconcertado.

–¿Por qué ya no te gusto? –gritó ella.

–Sí que me gustas, Becky, me gustas más de lo que deberías. Por eso te tienes que ir, y no volver.

–Eso no tiene sentido.

–Creo que sabes a qué me refiero.

–¡No! –chilló ella, que no quería entender lo que no le convenía.

–Creo que sí. Sabes lo que quiero contigo, y no puedo tenerlo. No debo, eres una niña.

–Tengo diecisiete años. Bueno, en un par de semanas. No soy una niña.

–Pues hablas como tal. Tienes que tener todo lo que quieras. De momento me quieres a mí, pero yo soy un hombre, no un juguete con el que jugar y dejar tirado después.

–No estoy jugando.

–Pues lo haces. Eres como un gatito con un ovillo. Aún no has aprendido que la vida puede ser cruel y amarga, y Dios no quiera que lo aprendas por mí.

–Pero has dicho que me querías. ¿Por qué no podemos…?

–Becky, mi abuelo era el carpintero de tu abuela. Yo también soy carpintero. A veces trabajo reparando coches, ensuciándome.

–Oh, a nadie le importan ya esas cosas.

–Pregúntale a tu padre si le importa.

–Esto no tiene nada que ver con mi padre. Es sobre tú y yo.

–¡No seas estúpida! –gritó él, perdiendo los nervios de repente.

–No me llames estúpida.

–Eres estúpida. Si no, no vendrías a estar a solas con un hombre que te desea tanto como yo. Nadie te oiría si pidieras ayuda.

–¿Y por qué iba a pedir ayuda contra ti? Te conozco y…

–No sabes nada –la cortó él airado–. Me paso las noches despierto imaginándote en mi cama, en mis brazos, desnuda. No tengo derecho a pensar esas cosas, pero no puedo evitarlo. Y entonces vienes tú sonriendo y diciendo «Luca, te deseo», y me vuelves loco. ¿Cuánto crees que puede aguantar un hombre?

–¿Me deseas? –fue lo único que le impactó.

–Sí –dijo él de forma seca, y se volvió a mirar por la ventana–. Ahora vete.

–No me voy –dijo ella en voz baja, casi para sus adentros. Era más que una decisión, era una declaración de que había elegido su camino y pensaba seguirlo.

Fue detrás de él y le pasó los brazos por el cuerpo. Como había imaginado, él se volvió y cayó en la trampa, pues ella se había quitado la camiseta y él se topó con su piel desnuda, sus brazos, sus hombros, sus pechos. Luca hizo un último intento.

–No, Becky, por favor.

Pero las palabras murieron en los labios de ella. La besó con ternura al principio y después con ansia creciente, mientras la exploraba con las manos y las manos de ella lo exploraban a él. Llevaba una camisa abierta por arriba, que a ella no le costó mucho desabrochar del todo para apoyar sus senos contra el cuerpo. Pese a su inexperiencia, supo enseguida que aquello era demasiado para el control de Luca. Cuando le fue a quitar la camisa, lo hizo él.

Al principio todo lo que sintió fue la ternura del campesino, que la animaba a seguir. Ella, que ya lo deseaba fervientemente, lo ayudaba a que le quitara el resto de la ropa y después la de él, anticipándose a sus movimientos, lo cual hizo reír a Luca.

–No tengas tanta prisa.

–Es que te deseo, Luca.

–Si no sabes lo que quieres, *piccina.* No tengo derecho, tenemos que parar.

–¡No! O te pego.

–Matoncilla –susurró él.

–Entonces será mejor que me dejes salirme con la mía –bromeó ella.

Aquello acabó con su control. A partir de ahí no habría habido fuerza en el mundo capaz de impedir que la explorara, encantado

por su dulzura y su joven pasión por él.

Cuando la penetró, ella soltó un gritito de excitación y comenzó a moverse contra él. Él se entregó por completo, disfrutando de su franco entusiasmo por hacer el amor y de la falta de falsa modestia. Enseguida Becky llegó a un clímax que la mareó. Un momento se lo estaba pasando bien y al momento siguiente estaba en las estrellas.

–Oh, uau –dijo, casi sin aliento–. Oh, uau.

Al momento volvió a saltar sobre él, sin hacer caso de sus quejas. En aquella ocasión Luca la amó más despacio, o tan despacio como ella lo dejó, acariciándole los senos hasta que ella lo rodeó con las piernas para pedir que la llenara, y él no pudo más que ceder. Después los dos se quedaron tumbados, bajando de las alturas y regocijándose por encontrar al otro a su lado.

–¿Por qué no querías dejarme? –le susurró ella–. Ha sido precioso.

–Me alegro. Quiero que todo sea siempre bonito para ti. Y maravilloso.

–Ya es maravilloso, tú eres maravilloso, y todo en este mundo es maravilloso porque me quieres.

–No he dicho que te quiera –gruñó.

–Pero lo haces, ¿no?

–Sí –contestó, y la apretó contra sí–. Te quiero, *piccina*. Te quiero con toda mi alma y mi corazón, y con mi cuerpo.

–Ya lo sé –dijo ella, con una risilla tonta.

El día que Frank regresaba, Becky fue a recogerlo al aeropuerto de Pisa, y en el camino a casa aquel le explicó que había tenido éxito.

–He conseguido todo lo que quería a menos de lo que esperaba pagar, sí señor.

–¿Se quedará gente sin trabajo? –le preguntó ella, que lo había oído hablar así muchas veces, pero que en aquella ocasión recordó la desesperación de los tres ingleses.

–¿A qué viene eso?

–Si logras tanto beneficio, alguien tendrá que perder, ¿no?

–Por supuesto alguien pierde siempre, pero son los peleles, los que se merecen perder porque la naturaleza los ha hecho

perdedores.

–Pero ¿es la naturaleza la que los hace perdedores o tú?

–Becky, ¿qué es esto? Nunca habías tenido estas ideas.

–Cerraste un sitio en Inglaterra –comenzó ella, después de pensar que nunca había tenido ideas de ningún tipo– y vinieron a buscarte unos de los que dejaste sin trabajo.

–¡Demonios! ¿Y qué pasó?

–Que me encontraron a mí. Estaba montando a caballo sola y aparecieron tres hombres.

–¿Te hicieron daño?

–No, pero solo porque apareció otro hombre y me rescató. Se llama Luca Montese y vive cerca. Estaba trabajando en su cabaña cuando oyó los gritos. Los puso firmes, dejó a uno inconsciente y salieron corriendo.

–Entonces debo agradecérselo. ¿Dónde ocurrió exactamente? –le preguntó, y ella le describió el lugar–. No sabía que tuviera arrendatarios por ahí.

–No es un arrendatario, esa pequeña porción de tierra es suya. Dice que has intentado comprársela, pero que no la va a vender.

–¿Montese? –murmuró–. Montese, ¿es él? Mi agente Carletti me habló de uno que estaba causando problemas.

–No está causando problemas, papá, sólo quiere mantener su hogar.

–Tonterías. No sabe lo que es mejor para él. Carletti me dijo que no es más que una casucha miserable e insalubre.

–Ya no. Ha hecho un trabajo fantástico de reforma.

–¿Has estado allí?

–Me llevó después de salvarme y me hizo un té. Era muy bonita y acogedora. Ha trabajado mucho.

–Pues está perdiendo el tiempo. Al final la conseguiré.

–No lo creo. Está decidido a no vender.

–Pues yo estoy decidido a que lo haga, y soy mucho más fuerte que cualquier jovencito campesino.

–¡Papá! Hace un momento querías darle las gracias y ahora pretendes intimidarlo.

–Qué tontería –dijo él con su risa fácil–. Simplemente voy a mostrarle lo que le interesa.

Visitó a Luca aquel mismo día, lleno de cordialidad, para agradecerle haber protegido a Becky al tiempo que se las ingeniaba para «asesorarlo» en un modo que avergonzó a ésta. La respuesta de Luca fue una tranquila dignidad. Entonces Frank miró a su alrededor.

–Carletti me ha contado que rechazas bastante más de lo que vale este lugar.

–Entonces su ayudante le ha informado mal –respondió Luca tranquilamente–. Este lugar lo es todo para mí, y no lo voy a vender.

–De acuerdo. Mira, este es el trato. Como has ayudado a mi hija doblo mi última oferta.

–*Signor* Solway, mi casa no está en venta.

–¿A qué tanto drama por un tugurio como este? Si no es ni media hectárea.

—Entonces, ¿por qué le preocupa tanto?

–Eso no te concierne. He hecho una oferta más que justa y no me gusta que jueguen conmigo.

–*Signor*, creo que no entiende la palabra no.

Era tan absolutamente cierto que Frank perdió los nervios y vociferó de forma indiscriminada hasta que Becky lo detuvo.

–Papá, ¿has olvidado lo que hizo por mí?

Frank puso mala cara. Odiaba no tener razón pero no podía retroceder, así que salió sin más palabras.

–¡Becky! –gritó.

–Ve con él –le dijo Luca cuando esta no se movió.

–No, me quedo contigo.

–Empeorará las cosas. Por favor, vete –le rogó, y ella cedió.

Al día siguiente Frank reconoció, nervioso.

–A lo mejor me pasé un poco ayer con Luca.

–Te pasaste mucho –le dijo Becky–. Creo que deberías disculparte.

–Ni hablar, me haría parecer débil. Pero tú eres otra cosa. ¿Por qué no te dejas caer y le convences de que no soy tan malo? Que no suene como una disculpa pero… Bueno, mételo en cintura.

Becky salió de casa muy contenta, pensando en que podía pasar el día con Luca sin tener que inventarse una excusa. El campesino la

vio aproximarse a lo lejos.

–¿Sabe tu padre que estás aquí? No te metas en líos por mí.

–¿Me estás pidiendo que me vaya? –preguntó ella, dolida.

–Puede que sea lo mejor.

–Parece que no te importa lo que haga.

–No quiero verte sufrir.

–En otras palabras, ¿me estás dando calabazas?

–No seas tonta –gruñó él–. Claro que no quiero que te vayas.

Ella corrió a abrazarlo y lo colmó de besos.

–No voy a irme, cariño, no te voy a dejar.

Él la besó con fuerza y ella respondió con su joven y desmedida pasión. Entonces Luca se retiró temblando por el esfuerzo que le supuso calmar el deseo pero decidido.

–Moriría antes de hacerte daño –le dijo, con voz temblorosa.

–Pero cariño, no me estás haciendo daño. Papá me ha dicho que venga a verte.

–¿Y por qué iba a hacer eso? –le preguntó con mirada irónica.

–¿No lo adivinas? –rió ella–. Quiere que te suavice para su próxima oferta.

–¿Y lo vas a hacer?

–Claro que no, pero me ha dicho que te meta en cintura, y mientras piense que lo estoy haciendo no montará un escándalo por que venga aquí. ¿A que soy lista?

–Eres una brujilla taimada.

–Sólo pongo en práctica la teoría de mi padre, que dice que cuando crees que alguien está haciendo algo por ti en realidad se está haciendo su propia agenda. Y tú eres mi agenda, así que ven aquí y deja que te encamine.

Le tomó la mano y él fue con ella sin resistirse, pues ni entonces ni después iba a poder negarle nada, y aquello iba a ser la ruina para ambos.

–¡Maldito seas, Luca, me has engañado!

–¡Tonterías!, te has metido en esto sin asegurarte.

–Pensé que podía confiar en ti.

–Pues más tonto fuiste. Te advertí de que no te fiaras de mí, y Dios sabe cuántos de mis enemigos te avisaron.

El hombre al otro lado del escritorio estaba furioso de pensar en el dinero que había codiciado y perdido. Era el último de una larga lista que creyeron que podrían engañar a Luca Montese y se habían dado cuenta de que no podían.

–Se suponía que estábamos juntos en esto –le soltó.

–No. Tú creíste que podrías utilizarme. Yo te conseguía la información y luego tú ibas a cerrar el trato a mis espaldas. Deberías haber sospechado más. Cuando crees que alguien está haciendo algo por ti en realidad se está haciendo su propia agenda.

Entonces ocurrió algo extraño. Al tiempo que pronunciaba las palabras, sintió un malestar que lo obligó a tomar aire. Era como si el mundo hubiera cambiado de repente de una situación en la que tenía todo bajo control a otra donde todo era extraño y amenazador.

–¡Sal! Te enviaré un cheque por tus gastos.

El hombre se fue deprisa, aliviado por recuperar sus gastos, lo cual era más de lo que cualquiera hubiera sacado de Luca Montese, y se preguntó si el monstruo estaría perdiendo su toque. Una vez solo, Luca se quedó quieto un rato, en el que le pareció que las paredes se estrechaban y de repente no pudo respirar. La frase había salido con tanta naturalidad que cualquiera podría haber dicho que era suya. Pero llevaba una dulzura tan insoportable que casi lo destruyó. Se estaba ahogando. Se puso de pie y abrió la ventana, pero aun así no desapareció el recuerdo.

La había dicho ella, y entonces lo había tumbado en la cama y lo había amado hasta que le dio vueltas la cabeza. Entonces la había amado él, y le había entregado todo cuanto tenía, cuerpo y alma, un error que no había vuelto a repetir en quince años, en los que había amontonado dinero y poder. Le había ordenado a su corazón que se endureciera hasta no sentir nada, y había tenido éxito como en todo lo demás.

Pero ahora le ocurría algo que lo asustaba. El pasado llamaba cada vez más fuerte, tentándolo a volver a un tiempo en que había estado abierto a los sentimientos.

Sólo había una persona que no tuviera miedo cuando Luca estaba cerca, Sonia, su asistente personal. Una mujer madura, serena y eficiente, que lo miraba con ojos mitad maternales, mitad cínicos. Era la única persona en quien confiaba y con la que hablaba

de su vida personal.

–No pierdas el tiempo amargándote –le aconsejó tomando algo aquella tarde–. Siempre has dicho que era de débiles. Tienes tu divorcio, así que olvídalo y vuélvete a casar.

–¡Jamás! –saltó él–. ¿Otro matrimonio estéril del que se pueda reír la gente? No, gracias.

–¿Por qué tiene que ser estéril? Que no hayas tenido un hijo con Drusilla no quiere decir nada. A algunas parejas les pasa; no pueden tener niños juntos, pero cada uno lo puede tener con otra persona. No se sabe por qué, pero pasa. Este peluquero es su «otra persona», y ahora tú puedes buscar la tuya. No puede ser muy difícil, eres un hombre atractivo.

–No es muy propio de ti decirme cumplidos. Normalmente para ti soy un fulano imposible con un ego del tamaño de la cúpula de San Pedro y… He olvidado los otros pero seguro que tú te acuerdas.

–Egoísta, monstruoso e insufrible. Te he llamado otras muchas cosas y no las retiro.

–Probablemente tengas razón.

–Pero eso no hace que no seas atractivo, y hay un montón de mujeres por ahí.

Luca se quedó en silencio tanto tiempo que Sonia se preguntó si lo habría ofendido.

–También podría ser de otra forma –dijo al fin.

–¿Cómo?

–Supón que no hay millones de mujeres, supón que hay sólo una con la que tuviera esperanzas de poder concebir un hijo.

–Nunca he oído que fuera así.

–Pero podría ser –insistió él.

–Entonces tendrías que encontrarla, y sería como buscar una aguja en un pajar.

–No si ya sabes quién es.

–Ya lo tienes decidido, ¿no? Luca, no crees eso porque sea cierto, sino porque quieres que lo sea. Es bastante agradable saber que puedes ser tan irracional como el resto de nosotros –comentó ella, y lo miró con curiosidad–. Debe de haber sido muy especial.

–Sí. Era especial.

Era un hombre de acción, así que con un par de llamadas al día siguiente estaba en su oficina un representante de la mejor agencia

de detectives que el dinero pudiera comprar.

–Rebecca Solway –dijo de forma seca para que no se le notara que se le revolvía el estómago–. Su padre era Frank Solway, propietario de la finca Belleto en la Toscana. Encuéntrenla. No me importa lo que cueste, pero encuéntrenla.

Fue una noche de éxito. Philip Steyne, el presidente del banco, trató a Rebecca con admiración, y se quedó tan impresionado como Danvers pensaba que se quedaría. Cuando Rebecca se ausentó un momento, Steyne le comentó.

–Felicidades, Jordan. Hará la nota crediticia del banco. ¿Para cuándo el anuncio?

–Cualquier día, espero. No hemos hablado de nada específico, pero es obvio que entiende hacia dónde nos encaminamos.

–Bueno, en la buena banca se paga el ser específico. No lo demore mucho –le aconsejó, y se dirigió a Rebecca al regreso de esta–. Rebecca, deja que me aproveche de tus dotes de experta. Eres mitad italiana, ¿verdad?

–Sí, mi abuela materna era de la Toscana.

–¿Y hablas el idioma?

–¿A qué idioma se refiere? Está *la madre lingua*, el idioma oficial que usan los medios de comunicación y el Gobierno. Pero también tienen dialectos regionales, que son idiomas en sí mismos. Yo hablo *la madre lingua* y toscano.

–Impresionante. La verdad es que el toscano nos vendrá bien. La sede de esta empresa está en Roma, pero creo que empezó en Toscana, y ahora está por todo el mundo.

–¿Empresa?

–Raditore, S. A. Propiedades, finanzas, un poco de todo. Está comprando de repente una cantidad enorme de acciones del Allingham, y al banco le interesa una aproximación. Propongo una cena en mi casa, a ver lo que podemos sacar de ellos.

–Has impresionado al viejo, cariño –la alabó Danvers al llevarla a casa.

–Bien. Me alegro de haberte servido de ayuda.

Ella le respondió de forma mecánica y él la miró de reojo mientras pensaba que era la segunda ocasión en que estaba de un

humor extraño y esperaba que no se convirtiera en hábito. De nuevo no lo invitó a su habitación, lo cual lo molestó, pues esperaba discutir la inminente cena. Una vez lejos de su vista, Rebecca cerró los ojos y suspiró, se desvistió deprisa y se metió en la ducha, como si quisiera lavarse la noche entera. Tenía los nervios a flor de piel igual que la noche anterior. La mención de Toscana la había alterado, y el fantasma había entrado otra vez.

Capítulo 3

En cuanto estuvo segura, Becky corrió a darle la noticia a Luca, que se emocionó.

–¿Un bebé? Nuestro pequeño *bambino*. Mitad tú, mitad yo.

–Tu propio hijo y heredero –dijo ella, acurrucándose feliz en sus brazos.

–No soy más que un obrero –rió él–. Los obreros no tenemos herederos. Además, quiero que sea niña, como tú. Otra Becky.

El embarazo le dio lo mejor de él, y ella volvió a darse cuenta de que era un hombre maravilloso, adorable, tierno y considerado como pocos. Más tarde, cuando la angustia reemplazó a la alegría, su ternura fue lo que Rebecca recordaría con más nostalgia.

Frank estuvo mucho tiempo fuera aquel verano y no hubo mucha oportunidad de hablar con él. Cuando regresaba era tan solo para un par de días en los que estaba todo el tiempo al teléfono. Becky no quería darle la noticia hasta estar segura de tener toda su atención, así que esperó hasta que sabía que se quedaría al menos un par de semanas. Para entonces estaba de tres meses.

–¿Se lo dirás esta vez? –le preguntó Luca.

–Claro. Solo quiero que todo salga bien cuando lo haga.

–Quiero estar contigo. No voy a dejar que te enfrentes tú sola a su enfado.

–¿Qué enfado? Se va a emocionar. Le encantan los niños.

Pero su padre se puso loco de ira.

–¿Te ha dejado preñada ese…? –terminó la frase con una sarta de improperios.

–Papá, no me ha dejado preñada. Estoy embarazada del hombre al que amo. No hagas que suene como algo sucio.

–Es sucio. ¿Cómo se ha atrevido a ponerte un dedo encima?

–Porque yo quería. Hablando claramente, yo lo arrastré a la cama, y no al revés.

–Que no vuelva a oírte decir eso nunca más –gritó él.

–¡Es verdad! Quiero a Luca y me voy a casar con él.

–¿Crees que voy a permitirlo? ¿Crees que mi hija se va a casar con ese viva la vida? Cuanto antes lo arreglemos, mejor.

–Voy a tener a mi hijo.

–¡Y un cuerno!

Ella se escapó aquella misma noche y Frank la siguió e intentó comprarla. La mera mención del dinero sólo hizo a Luca gruñir de carcajadas. Más tarde Becky se daría cuenta de lo que su padre había oído en aquella risa, el gruñido de un león joven que le dice al viejo que ya no manda. Quizá el odio visceral de su padre databa de aquel momento. Este intentó conseguir ayuda de los locales, pero se frustró. Él era poderoso, pero Luca era uno de ellos y ninguno se levantaría contra él. Pero Becky sabía que no se rendiría, así que sugirió que se marcharan.

–Sólo una temporada, cariño. Papá se sentirá mejor cuando ya sea abuelo.

–Odio huir –suspiró él–, pero toda esta pelea no es buena ni para ti ni para el niño.

Volaron al sur a casa de unos amigos de él en Nápoles. Dos semanas después Luca compró un coche y lo reparó, y entonces siguieron hacia el sur, hasta Calabria. Tras otras dos semanas volvieron a partir, aquella vez hacia el norte.

Hablaban de casarse, pero nunca se quedaron en un lugar el tiempo suficiente para las formalidades, por si los encontraban los tentáculos de Frank. En cualquier parte él encontraba un empleo; era una buena vida.

Becky no sabía que fuera posible tanta felicidad. Su amor era incuestionable, sin complicaciones, aquel que inspiraba las canciones e historias de amor, con un final feliz. Ella lo amaba, él la amaba y tenían un bebé en camino. ¿Qué más podía pedir?

El recuerdo de Frank seguía en el fondo, pero después de varias semanas sin señales de él, este se fue desvanecido. Ella empezó a comprender mejor a Luca, y a sí misma. Fue él quien le reveló su propio cuerpo, sus respuestas y su necesidad de amor físico. Pero fue también a través de él y de la vida que llevaban como fue capaz de mirarse desde fuera, con mirada crítica, y no le gustaba lo que veía.

–Era horrible –le dijo una vez–. Una mocosa mimada y consentida, sin preguntarme nunca de dónde sacaba el dinero mi

padre. Pero la verdad es que venía de hombres como los que me pararon aquel día; prácticamente se lo robaba. En realidad no puedes culparlos, ¿verdad?

–Tampoco te puedes culpar tú. Eras muy niña. ¿Cómo se te iba a ocurrir preguntarle a tu padre sobre sus métodos? Pero cuando te han abierto los ojos no has intentado mirar hacia otro lado. Mi Becky es demasiado valiente para hacer eso.

El modo en que decía «mi Becky» la hacía sentir la persona más importante del mundo. Poco a poco fue comprendiendo que Luca era una persona para ella y otra distinta para los demás. Era un hombre aterrador, con un aura de hombre sin piedad e incluso violento que a ella le costó entender, pues nunca se lo mostró. Tenían sus peleas, pero él nunca utilizó su agresividad contra ella y siempre las terminaba deprisa, a menudo simplemente cediendo. No le gustaba estar de malas con ella.

En su vida diaria él era tierno, cariñoso, y la tenía en un pedestal, reafirmando con sus actos que ella era una persona diferente a todas las demás. Su amor por ella llevaba un ápice de adoración que la conmovía, a pesar de que en ocasiones se tornaba en una sobreprotección casi dictatorial. Fue él quien decidió, al sexto mes de embarazo, que debían dejar de tener relaciones hasta que el bebé naciera y ella se recuperara del todo.

–Es muy pronto –se quejaba ella–. El médico dice que aún tenemos tiempo.

–El médico no es el padre del bebé, soy yo. Y he decidido que es hora de parar.

–Quedan muchos meses. ¿Qué vas a hacer? Bueno, ya me entiendes.

–¿Qué estás diciendo, que no te fías de que te sea fiel?

–No sé, ¿me fío?

–*Amor mia*, te prometo que volveré a casa nada más salir de trabajar, y si quieres me puedes poner una correa.

Cumplió lo prometido y pasaba en casa todo su tiempo libre. Cuando Becky hablaba en el médico con otras madres expectantes sabía la suerte que tenía. Todo le parecía divertido; ser pobre, aprender a hacer la compra de la forma más económica, vivir con vaqueros viejos y abandonarlos a medida que iba ganando peso.

Fue Luca quien decidió que debían asentarse en un sitio cuando

llevaba más de seis meses de embarazo, pues quería que a partir de entonces la llevara el mismo médico. Habían llegado a Carenna, una pequeña ciudad cerca de Florencia donde él había encontrado empleo con un constructor local. Les pareció un lugar agradable donde echar raíces. Encontraron un buen médico y unas clases de preparto a las que él la acompañaba. En casa practicaban juntos los ejercicios hasta que se caían de risa.

Quizá tanta felicidad no podía durar. A veces le parecía que ya había gastado los buenos momentos de su vida en aquellos meses gloriosos.

La casa de Philip Steyne era una mansión a las afueras de Londres, con más habitaciones de las que necesitaba. La cena era para veinte, un número suficientemente grande para permitir las relaciones, y pequeño para permitir un contacto más cercano entre las personas adecuadas. Rebecca sabía exactamente lo que se esperaba de ella y se vistió para la ocasión con un vestido de terciopelo color burdeos que envolvía su esbelta figura, medias negras de seda y unas delicadas sandalias negras. Se había dejado el pelo suelto, en un estilo «natural» que le había llevado tres horas de peluquería. El collar y pendientes de oro eran un regalo de Danvers «para remarcar la ocasión».

–Aún no sabemos quién va a venir –señaló este al llegar en coche a la casa–. Raditore se ha mostrado tímida y no ha dicho si será el presidente, el ejecutivo jefe o el director general.

–¿Importa? –preguntó ella–. Conozco mi trabajo, y lo haré igual venga quien venga.

–Eso es, haz que le dé vueltas la cabeza. Debo decir que estás vestida para ello. Nunca te he visto tan guapa.

–Gracias.

–Siempre estoy orgulloso de ti.

–Gracias –repitió de forma mecánica. Le costaba responder pues los cumplidos de Danvers parecían sacados de una lista.

Al cruzar la puerta de coches y aproximarse a la casa Rebecca tuvo un momento de extraña conciencia molesta. De repente el lujoso coche se convirtió en todos los coches lujosos en los que había viajado, y la enorme y adinerada casa era el final de una

larga lista de casas adineradas; la cena para conocer a hombres ricos, y embelesarlos, no se distinguía de tantas otras.

–Danvers, Rebecca, qué encantador veros, entrad. Rebeca, estás tan maravillosa como siempre, qué vestido tan divino.

Las mismas palabras pronunciadas cientos de veces por cientos de personas. Y su propia respuesta, indistinta de las demás. Las mismas sonrisas, las mismas risas, el mismo vacío. Philip le susurró en el oído.

–Bien hecho. Lo vas a derretir.

–¿Ya ha llegado?

–Hace diez minutos. Por aquí.

Fue entonces cuando pasó a la otra habitación y vio a Luca Montese por primera vez desde hacía quince años.

Ahora que estaban asentados ya podían casarse.

–*Carissima*, ¿no te importa una ceremonia sencilla sin un traje de novia impresionante?

–Estaría graciosa con un traje de novia impresionante y un bombo de siete meses –rió ella–. Y no quiero nada escandaloso; sólo te quiero a ti.

Iban a acostarse y él la arropó y se arrodilló a su lado, le tomó las manos y le habló en una voz baja y reverencial que ella no había escuchado nunca.

–Pasado mañana estaremos casados. Nos pondremos ante Dios y haremos las sagradas promesas, pero te aseguro que ninguna será tan sagrada como las que te hago ahora. Te prometo que mi corazón, mi amor y toda mi vida te pertenecen, y siempre será así. ¿Lo entiendes? Sea corta o larga mi vida, cada segundo de ella estará dedicada a ti –y le puso la mano en la tripa–. Y a ti, pequeño, a ti también te querré y protegeré en todas las formas. Estarás feliz y a salvo, porque tu *mama* y tu *papa* te quieren.

–Oh, Luca –logró decir al fin Becky entre lágrimas–, si sólo pudiera decirte…

–Shh, *carissima*. No hace falta que me digas lo que veo en tus ojos –le dijo, y le tomó el rostro entre las manos–. Siempre serás para mí como ahora –le susurró antes de besarla.

Aquella noche Becky durmió entre sus brazos y se despertó con

un beso. Luca se fue a trabajar más pronto para poder regresar temprano y ayudar con los preparativos de última hora. Becky pasó el día arreglando la casa y asegurándose de tener suficiente comida y vino para sus amigos. Estaba poniendo una tetera a calentar cuando sonó el timbre. Casi fue un alivio ver allí a Frank. Se sintió más segura, pues estaba segura de que su tripa le haría aceptar lo inevitable.

–Hola, papá.

–Hola, Becky. ¿Puedo pasar? –y entró sin fijarse en el cuerpo de su hija–. Estás sola por lo que veo. ¿Ya se ha cansado de ti?

–Papá, son las tres. Está trabajando, pero llegará en cualquier momento.

–Eso dices.

–Me alegro de verte.

–Sí, espero que ya te hayas hartado de todo esto.

–No. Esta es mi vida. Mira toda esta comida y vino; es para el banquete de boda de mañana.

–¿Así que no te has casado? Bien, entonces he llegado a tiempo.

–Voy a tener al hijo de Luca y me voy a casar con él. ¿No vas a venir a nuestra boda y brindar a nuestra salud y ser nuestro amigo?

–Querida –la miró con condescendencia–, estás viviendo en un mundo de fantasía. Créeme, sé lo que es mejor para ti. Él te ha engañado con falsas promesas.

–Papá.

–Pero he venido a arreglarlo. Deja que cuide de ti. Todo va a salir bien en cuanto lleguemos a casa.

–Esta es mi casa.

–¿Esto, esta casucha? ¿Crees que te voy a dejar aquí? Deja de discutir y vámonos.

–Suéltela –gruñó de repente Luca, que había corrido a la casa al oír los gritos.

–Quítate de mi camino.

–He dicho que la suelte –repitió Luca, taponando la puerta.

Sin hacerle caso, Frank intentó arrastrar a su hija hacia la puerta de atrás. Becky luchaba con todas sus fuerzas, pero su tamaño se lo ponía difícil. Con un juramento Luca fue a zancadas y agarró a Frank de un brazo.

–No se atreva a tocarla –le advirtió, con la misma mirada

amenazante que ella había visto cuando se conocieron.

–Me la llevo a casa –repitió el padre.

–No sólo eres un matón sino también completamente estúpido. Sólo un cretino haría esto sabiendo que está amenazando el bienestar del bebé que lleva.

Como respuesta Frank intentó arrastrar a Becky. Luca no se movió, pero agarró al hombre con las dos manos.

–Luca, no dejes que me lleve –imploró ella.

Aquello enervó a Frank, que empezó a despotricar, mientras Luca no dijo nada y permaneció impasible y tranquilo. Quizá fue aquella tranquila dignidad lo que lo enfureció aún más, pues tiró a Becky a un lado para enfrentarse al joven.

Entonces comenzó la pesadilla. Moviéndose con esfuerzo y angustiada, de repente Becky vio que el mundo daba vueltas a su alrededor de forma alarmante. Gritó y se dobló mientras la agonía la envolvía como un horno. El sonido llegó a los dos hombres, que cesaron su lucha, aunque Frank tuvo que ser el centro. La última visión clara de su hija fue la de él interponiéndose delante de Luca para inclinarse sobre ella.

Pero era a Luca a quien ella quería. Se estiró y lo llamó, pero Frank estaba en medio, agarrándola con fuerza.

–Luca –chilló ella–. ¡Luca!

De repente desapareció, y no volvió a verlo. Fue a recogerla una ambulancia que la llevó al hospital, donde nació su hija enseguida, pero murió a las pocas horas.

Cuando cesó el dolor físico, otro dolor la esperaba en su mente. Lo único que sabía era que llamaba a Luca repetidas veces, pero él nunca estaba, y no comprendía por qué. Su hija había nacido y había muerto sin que siquiera la tuviera en brazos. Había prometido quererla y protegerla, pero no había estado allí cuando lo había necesitado.

–Era tan pequeñita e indefensa –susurraba ella a la oscuridad–. Necesitaba a su padre.

De algún modo sabía que estaba de vuelta en Inglaterra, en una casa grande y acogedora con gente en bata blanca que hablaba con voces amables.

–¿Qué tal estás hoy? ¿Un poco mejor? Eso es bueno.

Ella nunca contestaba, pero a ellos no parecía importarles. La

trataban como a una muñeca, peinándola y hablándole como si no estuviera.

–No hay modo de saber cuánto tiempo estará así, señor Solway. Tiene una depresión post-parto muy severa, agravada por las heridas internas, y necesita tiempo.

Nunca les recordó que era un ser vivo con pensamientos y sentimientos, porque ya no se sentía como tal. Era más fácil así porque ellos no parecían esperar respuesta alguna y el agotamiento emocional hacía que contestar le pareciera como escalar una montaña.

A menudo las palabras le parecían un parloteo sin significado, pero un día el mundo empezó a cobrar sentido y empezó a escuchar y ver con normalidad. Frank estaba en medio de uno de sus interminables monólogos, y las palabras tomaron sentido.

–No ha sido fácil volver a Inglaterra, es mala época en el mundo financiero; me ha dejado con una cuenta altísima. Pero dije que sólo lo mejor era suficiente para mi hija, y este sitio es el mejor. Sí, señor, sin escatimar en gastos.

–¿Dónde está? ¿Dónde está Luca? ¿Por qué no viene a verme?

–Porque se ha ido de una vez por todas. Lo compré.

–¿Qué quieres decir? –preguntó ella, volviendo lentamente la cabeza y observándolo con una mirada que estremeció incluso a aquel hombre duro.

–Quiero decir que lo compré. Exigió dinero para alejarse y no molestarte nunca más.

–No te creo.

–Te lo demostraré.

La prueba fue un cheque por lo equivalente en euros a cincuenta mil libras, a nombre de Luca Montese, con el membrete en el dorso del banco donde había sido cobrado. Ella quiso decir que era falso, pero conocía el banco de Luca en Toscana, y era el mismo.

Aunque había creído que ya estaba muerta, aún le debía de quedar algún sentimiento vivo, porque lo sintió morir en aquel momento. Y se alegró.

Todo el mundo estuvo de acuerdo en la excelencia de la comida, en la que Luca Montese había sido el centro desde el principio. A

medida que iban entrando los invitados, se los iban presentando sin dejar dudas de quién era el huésped de honor. Pero incluso sin aquello, habría captado toda la atención por su magnetismo, por su mirada penetrante y su sonrisa ladina. Era un depredador; reconocía fríamente las presas a su alrededor y las ordenaba según la importancia que tuvieran para él. Todos lo sabían, y todos lo cortejaban. Salvo ella.

–Luca –le dijo alegremente Philip Steyne–, déjame presentarte a una de mis personas favoritas, Rebecca Hanley, Relaciones Públicas del Allingham.

–Entonces la señora Hanley es alguien de la máxima importancia para mí.

–Buenas tardes, *signor* Montese –saludó ella con frialdad.

Era diferente. La mano que envolvió la suya ya no era la garra áspera que la había sujetado con pasión y ternura, y que ella había amado. Ahora era suave y con manicura, la mano de un hombre rico; la de un extraño. Se obligó a mirarlo a los ojos, y no vio nada. Ni calor, ni alarma, ni asombro ni reconocimiento. Nada. Un sentimiento de alivio y otro de desilusión lucharon dentro de ella, pero ninguno ganó.

–Podías haber sido un poco más amable –protestó Danvers a sus espaldas cuando lo hubo soltado–. Estos hombres hechos a sí mismos pueden ser muy susceptibles si creen que los tratan con condescendencia.

–Eres tú quien lo está tratando con condescendencia –apuntó ella.

–¿Qué?

–La forma en que has dicho «estos hombres hechos a sí mismos» ha sido muy condescendiente. Como si fueran todos iguales.

–Lo son, más o menos. Llenos de sí mismos, siempre queriéndote contar cómo lo han conseguido.

Rebecca estaba recuperando las energías. Ya se le había pasado el impacto de verlo sin aviso previo, y ahora lo examinaba mientras él hablaba con alguien. Pensó que no lo habría reconocido. La altura y anchura de hombros eran las mismas, pero el pelo, que siempre había llevado enmarañado, tentándola a enredar los dedos en él, ahora lo llevaba muy bien cortado y hacia atrás, mostrando las facciones de su cara. La nariz prominente y aguileña también era

igual, pero el resto era extraño.

–Un diamante en bruto –le murmuró al oído Philip Steyne–. Pero muy rico. Pensar que viene de ninguna parte, que empezó con nada.

–Nadie empieza de verdad sin nada –señaló Danvers–. De algún modo ha metido las manos en una suma de dinero importante para empezar. Sólo podemos especular sobre lo que tuvo que hacer para lograrla.

–A lo mejor te lo cuenta –dijo Rebecca de repente–. Es lo que hacen los «hombres hechos a sí mismos», ¿no?

–A lo mejor es preferible que no lo sepamos –comentó Danvers tras intercambiar una sonrisa con Philip–. Tiene pinta de ser un tipo peligroso.

Rebecca no dijo más, pues sabía lo que había hecho para conseguirlo. La última vez que lo vio no tenía un céntimo, y ahora era tan rico y poderoso que uno de los mayores bancos mercantiles del país se ponía a sus pies. Sólo aquello revelaba parte de la historia. Ella se había mezclado el tiempo suficiente con financieros como para saber qué clase de personas prosperaban en aquella atmósfera, y el éxito de Luca le decía que se había convertido en todo aquello que siempre había despreciado.

Lo que no le decía su prosperidad se lo decía su rostro. El candor abierto y generoso que lo habían hecho adorable ya no estaba. En su lugar había dureza, incluso crueldad, unos ojos que brillaban de sospecha donde una vez había brillado la alegría. Un tipo peligroso.

Su padre le había dicho: «Exigió dinero para irse y no molestarte más», pero incluso después de ver el cheque se había repetido que no podía ser cierto. Si hubiera vuelto, habría creído cualquier explicación, pero no volvió a saber de él y al final se cansó de gritar en la oscuridad. Al verlo en aquel momento comprendió que lo peor era cierto. Luca necesitaba dinero y había vendido el amor que compartían para conseguirlo.

–Luca –comentó de repente Philip Steyne con alegría–, por si te preguntas por qué te hemos sentado junto a Rebecca, es porque habla italiano, incluso toscano.

–Muy amables –contestó él, y volvió su atención a Rebecca para hablar con ella en toscano–. Bueno, ¿vamos a actuar toda la noche como si no nos conociéramos?

Capítulo 4

Lo había sabido todo el tiempo y había escogido el momento para revelarlo. Tomada por sorpresa, Rebecca no pudo reprimir un gritito ahogado. Los otros observaban sonrientes, y disfrutaron de lo que creyeron un chiste.

–¿Qué ha dicho, Rebecca? –le preguntó Philip–. Debe de haber sido algo muy fuerte para dejarte así. Vamos, dínoslo.

–Oh, no. Sé guardar un secreto –contestó, a lo que todo el mundo rió como si hubiera tenido una ocurrencia, y se dirigió a él en toscano–. ¿Nos conocemos?

–Sí –respondió él–. ¿Por qué fingir?

–¿Se lo has dicho a alguien más?

–No, no me convendría. Y supongo que a ti tampoco.

–No.

–Entonces no hay ningún problema.

–Tienes una sangre fría impresionante.

–Ahora no.

–¿Qué has dicho?

–No podemos hablarlo ahora; hay demasiada gente. Hablaremos luego.

–No hablaremos luego –contestó ella en voz baja, furiosa por que decidiera por ella–. Me voy a ir pronto.

–No –dijo él con amplia sonrisa.

–¿Intentas darme órdenes?

–No, sólo digo que no lo dices en serio.

–Estás muy seguro de ti mismo.

–¿En serio? No podría irme sin hablar contigo después de todo este tiempo. Solo pensé que tú tampoco podrías. ¿Me equivoco?

–No –repuso ella, enfadada consigo misma porque era verdad.

Luca se dirigió al resto de comensales con una amplia sonrisa.

–No puedo encontrarle defectos a esta dama. Su toscano es perfecto.

Todo el mundo aplaudió, y Rebecca vio a Danvers y Philip

intercambiar una mirada triunfante. Consiguió sobrevivir a la cena y después todos los invitados salieron al jardín de invierno. La doble puerta estaba abierta de par en par y muchos comensales salieron a ver los árboles adornados con luces de colores.

–Sal y enséñame el jardín –le dijo Luca.

Deseosa de terminar de una vez con la reunión, lo siguió por el camino iluminado de forma tenue por las luces, donde le habló de los árboles y las plantas. Por fin él la detuvo bajo los árboles y le habló en toscano.

–Podemos dejar ya las formalidades.

–Debería volver dentro.

–Aún no –dijo él, que intentó sujetarla pero ella evitó el contacto–. ¿Creías que nos volveríamos a encontrar?

–No, nunca.

–Por supuesto. ¿Cómo íbamos a encontrarnos? Todo estaba en contra.

–Todo ha estado siempre en nuestra contra. Nunca tuvimos una verdadera oportunidad.

–Has cambiado –le dijo él, que se acercó para observarle el rostro bajo la luz de la luna–. Y no lo has hecho. No del todo.

–Tú has cambiado en todos los sentidos.

–¿Te refieres a esto? –preguntó él frotándose la cicatriz.

–No, me refiero a todo.

–Tengo quince años más. Me han pasado muchas cosas. Y a ti también.

–Sí –contestó ella, que estaba siendo monosilábica adrede, pues de algún modo la alarmaba como no lo había hecho nunca.

–Has cambiado el apellido, así que te has casado. Pero el hombre que va contigo no se llama Hanley.

–Sí; estoy divorciada de Saul Hanley.

–¿Estuviste casada mucho tiempo?

–Seis años.

–¿Tu padre lo aprobó?

–Ya había muerto. La verdad es que apenas lo vi en sus últimos años; no teníamos nada que decirnos, y él no podía mirarme a los ojos.

–No me sorprende.

Estaban entrando en terreno peligroso y ella prefirió evitarlo.

–¿Y tú? Estoy segura de que tienes una mujer en casa.

–¿Por qué estás tan segura?

–Porque todo hombre de éxito necesita una mujer que haga de anfitriona en las cenas.

–Yo no doy cenas. A Drusilla le gustaban, así que hicimos alguna, pero estamos divorciados.

–¿Porque quería cenas?

–No. Otros motivos.

–Lo siento, no quería entrometerme.

–No importa. Cuéntame qué más has hecho.

–Vendí la finca y me dediqué a viajar. Al volver me dediqué a traducir libros del italiano, y así es como conocí a Saul; era editor.

–¿Por qué te divorciaste?

–Fue de mutuo acuerdo. No estábamos hechos el uno para el otro –explicó. Habían estado caminando hasta que la casa se puso a la vista–. Quizá deberíamos entrar.

–Tengo que decirte algo antes.

–¿Sí?

–Quiero volver a verte. A solas –logró decir tras un rato en que parecía no poder hablar.

–No, Luca –contestó ella enseguida–. No serviría de nada.

–Eso no tiene sentido. Claro que serviría. Quiero hablar contigo. Todo pasó tan deprisa; ni siquiera pudimos despedirnos. Hemos pasado los años sin saber qué había sido del otro, y hay muchas cosas que me gustaría explicarte. Tengo derecho a una oportunidad.

–No me hables así –dijo ella, ofendida.

–¿Cómo? –preguntó él, confuso.

–Con exigencias, diciendo que tienes derecho. No estás ante una reunión de junta.

–Sólo quiero que comprendas.

–Luca –le dijo ella, que se preguntaba si creería que cualquier explicación iría a mejorar las cosas–, si es por el dinero, no tienes que explicarme nada. Estoy segura de que a la larga ha sido lo mejor y debería felicitarte. Desde luego lo has usado hábilmente.

–Ah, tu padre te contó lo del dinero –preguntó él, mirándola de forma extraña–. Tenía mis dudas.

–Claro que me lo contó –contestó ella, dolida por la indiferencia con la que hablaba de ello–. Así que podemos correr un tupido velo.

–¿Es todo lo que tienes que decir? Por Dios, Becky, ¿no tienes nada que preguntarme?

–La niña que era entonces tenía un montón de preguntas, y el chico que eras tú a lo mejor las habría contestado.

–Lo habría intentado. Él siempre intentaba hacer lo que tú querías, porque no tenía más placer que tu felicidad. ¿Lo has olvidado?

–No –confesó ella al fin–, no lo había olvidado. Pero ahora ya es tarde; ya no somos aquellas personas. La última vez que nos vimos fue hace quince años, el día antes de nuestra boda cuando irrumpió mi padre. Y me alegra mucho que hayas tenido éxito.

–¿Qué has dicho? –preguntó él, mirándola fijamente.

–Que me alegra que hayas tenido éxito en la vida…

–No, antes, lo de nuestro último encuentro.

–Fue el día antes de nuestra boda, o lo que debía haber sido nuestra boda.

–Entonces, ¿no te acuerdas? Bueno, supongo que es normal. Pero entonces es todavía más importante que nos veamos. Tenemos asuntos pendientes, y ya es hora de que los resolvamos.

Rebecca se estremeció. No quería tener nada que ver con aquel hombre que tenía el nombre de Luca pero nada más. Luca había sido amable y tierno, y aquel extraño ladraba las órdenes incluso cuando trataba de tomar contacto humano. Si aquello era en lo que se había convertido, habría preferido no saberlo.

–Lo siento –replicó intentando mantener la calma–, pero no le veo sentido.

–Pero yo sí.

–Por desgracia hace falta el consentimiento de ambas partes, y yo no estoy de acuerdo.

–A «ellos» no les va a hacer gracia que me rechaces –soltó, señalando la casa.

–«Ellos» pueden llevar sus negocios sin mi ayuda –contestó, y comenzó a andar a la casa.

–¿Te vas a casar con Danvers Jordan?

–¿Qué has dicho? –preguntó ella, tras volverse, en tono de advertencia.

–Quiero saberlo.

–Pero a mí no me viene bien decírtelo. Buenas noches, *signor*

Montese.

Entró en el jardín de invierno seguida de Luca, aunque este no intentó seguir hablando. Cuando al fin se despidieron, él le sujetó la mano más tiempo del normal.

–*Arrivederci per ora* –le dijo en voz baja, «adiós por ahora».

–*Mai piu* –se apresuró a contestar ella, «nunca más», y él le soltó la mano y se fue.

–Bien hecho, cariño –la felicitó Danvers de camino a casa–, le has causado sensación a Montese. No podía dejar de hablar bien de ti.

–Lástima no poder decir lo mismo –repuso ella, intentando sonar aburrida–. Era un hombre imposible. Grosero, vulgar, sin gracia…

–Pues claro, ¿qué esperabas? Pero como hombre de dinero no tiene igual.

–Sólo espero no tener que volver a verlo.

–Pues me temo que lo verás. Por lo que he oído se va a alojar en el Allingham.

–¿Por qué?

–No tiene casa en este país. Tiene sentido que viva en un hotel, y está claro que elige aquel del cuál posee acciones. Es totalmente razonable.

–¿Cuándo te lo ha dicho?

–Justo antes de irnos. Por eso te decía que has hecho un trabajo brillante. Y Steyne estaba entusiasmado, no deja de soltar indirectas sobre «adquirir un valioso premio».

La respuesta correcta habría sido transformar aquello en una proposición, una esperada desde hacía mucho tiempo, pero ella tomó aire y dijo.

–Es muy amable de su parte –y bostezó–. No me había dado cuenta de lo cansada que estoy. Déjame en la puerta, ¿vale?, me voy a ir directa a la cama.

Él aceptó su rechazo sin protestar, aunque se despidió de manera un tanto fría.

Nigel Haleworth, el director ejecutivo del hotel, era un hombre cínico y genial. Rebecca se llevaba muy bien con él, y después de su reunión semanal de la mañana siguiente, le dijo con una sonrisa:

–Parece que has conocido al rey Midas. Llega hoy. La suite del ático, por supuesto.

–¿El rey Midas?

–Luca Montese. ¿Recuerdas la historia del rey Midas?

–Sí, se quedó sin nadie al olvidarse de su hija cuando deseó convertir en oro todo lo que tocaba.

–Exacto, eso es lo que dicen de Montese, salvo lo de la hija, claro. No hay nada en su vida más allá del dinero.

–Tengo entendido que está divorciado.

–Hace unos meses. Un asunto delicado. A los reyes les gusta tener un heredero, pero él nunca logró dejarla embarazada en seis años de matrimonio. Y luego ella tuvo un niño de otro hombre. Puedes imaginarte lo que eso significa. Por lo que se ve es una persona aterradora si no estás de su lado. Tiene un montón de enemigos y todos se burlan de él a sus espaldas, cosas como que no es capaz de hacer lo que cualquier hombre.

–Eso es una tontería; simplemente pueden ser incompatibles.

–O a lo mejor no puede tener hijos. Es lo que se comenta.

–Si son sus enemigos creerán lo que quieran.

–¿Qué te pareció?

–Dejémoslo en que entiendo que tenga enemigos –contestó, tras pensárselo.

–¿Por qué no buscas algo sobre él antes de que llegue?

Una vez en su habitación, Rebecca se conectó a Internet, y casi no encontró nada en las páginas inglesas, pero las italianas le informaron mucho. Raditore había crecido rápidamente de un negocio pequeño a un enorme conglomerado, a una velocidad que decía mucho de la habilidad y falta de escrúpulos de su dueño. Pero no había nada de su vida personal; quizá nunca la había tenido. Entonces se dio cuenta. El hombre al que había visto la pasada noche parecía no tener vida interior más allá de su fijación por Rebecca, como si hubiera dado carpetazo a toda su vida salvo una parte. Ahora pudo sentir algo por él, y era pena. Ella se había congelado para protegerse de un dolor insoportable, y se preguntó si él habría hecho lo mismo.

Encontró multitud de tareas que hacer para no estar en el hotel cuando él llegara. Al regresar estaba de mejor humor, e incluso dispuesta a aceptar que necesitaban hablar. Estaba segura de que la

llamaría para una cena tranquila. Entonces se pondrían al día y se libraría de todos sus fantasmas. Sintiéndose más tranquila y segura, se preparó para que sonara el timbre. Pero en lugar de ello llamaron a la puerta.

–Esto es para usted, señora –dijo un hombre que llevaba un paquete–. Firme aquí, por favor.

Cuando el hombre se hubo ido, abrió el paquete y encontró una caja de joyería. Dentro, vio el más fabuloso juego de diamantes que hubiera visto. Un collar de tres vueltas, pendientes, un brazalete y un broche. Su ojo experto le dijo que aquello valía casi cien mil libras. La tarjeta tan solo tenía escritas dos palabras: *Per adesso*. «Por ahora». Rebecca se sentó, alarmada al notar que estaba temblando.

Al fin hizo acopio de fuerzas y fue a la puerta. Tardó cinco minutos en llegar al ático, en los que le fue aumentando la ira, que soltó en cuanto él abrió la puerta..

–¿Cómo te atreves? Quédatelo, y no vuelvas a hacer algo así nunca más –le advirtió. Él se echó hacia atrás para dejarla entrar a dejar la caja–. Te lo digo en serio; no quiero estas cosas. Luca, ¿en qué estabas pensando? No puedes enviarle algo así a un extraño.

–Tú no eres una extraña; no puedes serlo.

–Tengo que serlo después de todos estos años. Han pasado demasiadas cosas, somos distintos; y no acepto este tipo de regalos.

–¿Quieres decir que no los aceptas de mí, porque no soy suficientemente bueno?

–No seas absurdo. Claro que eres bueno. ¿Cómo puedes decir eso después de nuestro pasado? Creo que merezco algo más de ti.

–De acuerdo, lo siento. A lo mejor no soy tan distinto de lo que era. A lo mejor sigo siendo el campesino al que tu padre miraba por encima del hombro. Puedo cambiar por fuera pero no en el interior. Oigo los desprecios, incluso cuando los susurran.

–Pero yo nunca te he despreciado.

–Entonces, ¿qué tiene de malo que te regale algo?

–Esto no es «algo», es una fortuna.

–¿A él le aceptas diamantes?

–Luca, déjalo. No te voy a contestar.

–Es una pregunta sencilla –protestó él, frunciendo el ceño. Rebecca lo observó mientras se preguntaba cuánto tiempo hacía que

nadie se le plantaba, y decidió que mucho.

–Pues te daré una respuesta sencilla. Métete en tus malditos asuntos. ¿Quién te crees que eres para aparecer en mi vida después de quince años y creer que te va salir todo?

–Está bien, lo he manejado mal. Empecemos de nuevo.

–No, dejémoslo aquí. Nos hemos vuelto a ver y nos hemos dado cuenta de que somos unos extraños; no han saltado chispas. El amor se muere, y una vez muerto no se le puede revivir.

–¿Amor? ¿Te he pedido yo amor? No te sientas tan halagada.

–Está claro que algo quieres a cambio de los diamantes. Y no me siento halagada porque no me halaga que me persiga un hombre que se acerca a una mujer como si estuviera comprando acciones. No soy una propiedad.

–¿Ah, no? Anoche desde luego lo parecía.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Te exhibieron delante de mí, ¿o no? Primero te sentaron a mi lado, luego me llevaste al jardín. ¿Te crees que no me di cuenta de lo que pasaba? «Engatúsalo», te dijeron. «Haz que le dé vueltas la cabeza para que podamos exprimirle todo su dinero». ¿No fue algo así?

–Fue exactamente así –le dijo ella, desafiante–. ¿Por qué si no iba a haber salido contigo al jardín?

Fue cruel, pero estaba desesperada por hacerlo retroceder, pues le amenazaba la estabilidad que tanto le había costado alcanzar. Pero se arrepintió al verlo palidecer.

–Escucha, lo siento –se disculpó–. Ha sido una tontería injusta. No quería hacerte daño…

–No puedes –la cortó él–, no te preocupes.

Entonces llamaron a la puerta; era el servicio de habitaciones. Luca fue a abrir y Rebecca aprovechó para buscar un lugar donde dejar los diamantes. La puerta del dormitorio estaba abierta y vio una cómoda junto a la cama, con una gran lámpara encima. Luca aún estaba en la puerta principal y ella aún tuvo tiempo de meterse en el dormitorio y abrir el primer cajón para dejar los diamantes. Tuvo que mover unos papeles para hacerle sitio, y algunos se salieron del sobre en el que estaban guardados. Lo que vio la dejó paralizada. Se había caído una fotografía de una chica con la melena al viento y un rostro joven y expectante. Estaba sentada en

lo alto de una verja, sonriendo al fotógrafo con una mirada llena de amor y alegría. La había tomado Luca cuando le había contado lo del bebé.

Y se la había guardado. Era como si alguien se lo hubiera devuelto. Entonces la rabia que sentía hacia él se desvaneció y quiso encontrarlo para compartir el momento.

–Luca…

Se volvió ansiosa y lo halló de pie en la puerta, observándola con un rostro que revelaba sus mismos sentimientos. Estaba allí de nuevo, el chico al que había amado, y que aún residía en algún lugar de aquel hombre agresivo y despiadado.

–Luca –repitió, y todo desapareció; el brillo en sus ojos quedó de nuevo cubierto por la máscara.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–No estaba husmeando.

–Entonces, ¿por qué estás aquí? –repitió, realmente enfadado.

–Estaba guardando los diamantes, por seguridad, pero no importa. Has guardado esta foto, todos estos años.

–¿En serio? No me había dado cuenta.

–No puedes haberla guardado por accidente, o haberla traído contigo todos estos kilómetros por casualidad.

–Hay muchos papeles en ese cajón.

–Luca, por favor, olvida lo que ha pasado hace un momento. Los dos estábamos enfadados y hemos dicho cosas que no pensábamos.

–Tú a lo mejor. Yo no digo cosas que no pienso. No soy un sentimental; no más que tú.

–¿Así que no la has guardado a propósito? –preguntó ella mirando la foto.

–¡Por Dios, no!

–Bien, entonces deshagámonos de ella –y la partió en cuatro partes–. Ahora me voy. Los diamantes están ahí. Adiós.

Luca no se movió hasta que ella salió, pero entonces fue corriendo a recoger los pedazos e intentó volver a juntarlos con manos temblorosas.

Nada le estaba saliendo bien. La mirada que ella había descubierto en su rostro había sido su perdición. Sin pretenderlo, había roto sus defensas, y él las había reparado por instinto de la forma más cruel. Negándolo todo, la foto, lo que significaba para él.

Lo había hecho sin darse cuenta, y en aquel momento habría dado cualquier cosa por retirar sus palabras.

Se había creído preparado para todo, pero la mujer sofisticada y glamorosa en que se había convertido lo había tomado desprevenido la noche anterior, haciéndole tambalearse. Tras aquello había dado un mal paso tras otro. Pero razonó que no era culpa suya, pues la cabezonería de ella no formaba parte del plan. Ahora quería golpearse la cabeza contra la pared y gritar.

Capítulo 5

A primera hora de la mañana del día siguiente Rebecca oyó que metían algo por debajo de la puerta. Miró el sobre sin tocarlo. Luego lo levantó y lo observó más rato, mientras pensaba que no debería abrirlo si no se quería meter en terreno peligroso.

Al final abrió la carta y percibió que no le había cambiado la letra, grande y confiada. Pero lo que decía daba indicios de algo más, casi como si estuviera confuso.

Tenías razón sobre casi todo. Pero el día que llegó tu padre no fue el último que nos vimos. Si quieres saber sobre el otro, te lo contaré. De otro modo dejaré de molestarte. Luca.

Lo primero que se le vino a la cabeza fue que se trataba de un juego de palabras, pero lo desechó, pues la sutileza era algo de lo que él carecía. Decidió volver a la cama y pensar en ello. Una hora más tarde estaba llamando a la puerta de Luca, que abrió enseguida.

Vestía camisa blanca con muchos bordados por delante. Daba la impresión de que se había quitado la chaqueta tras una reunión y ahora llevaba el cuello de la camisa abierto.

–Me alegro de que hayas venido –gruñó.

–Quiero oír lo que tengas que decir, Luca, pero después me iré.

–Por Dios, no das tu brazo a torcer, ¿eh?, ni siquiera ahora.

–No, porque sea lo que sea lo que me tengas que decir, no va a cambiar nada. ¿Cómo has creído que lo haría, después de lo que hiciste?

–¿Después de lo que hice? –repitió él–. ¿Qué es lo que hice?

–Por favor, no me hagas creer que no lo sabes. Hablamos de ello la otra noche, te quedaste el dinero que te dio mi padre.

–Claro. Tenía todo el derecho.

–Claro que sí –dijo ella con ironía–. Después de todo, me habías dado varios meses de tu valioso tiempo, y yo ni siquiera te recompensé con un hijo vivo; tenías que llevarte algo. Pero, ¿cómo crees que me sentí al oír a mi padre pavonearse porque habías

cumplido sus peores expectativas?

–¿Que yo…? –preguntó, y frunció el ceño–. ¿Qué te contó?

–Que aceptaste su dinero para marcharte y no volverme a ver. Es otra razón para no tocar tus diamantes. ¿Crees que aceptaría algo de ti después de que me vendieras a él? Además, has pagado de más. Sé lo que valen esos diamantes, y debe de ser el doble de lo que él pagó por mí. ¿O son los intereses?

Durante un momento Luca se quedó tan callado que ella pensó que no volvería a hablar. Entonces juró con violencia, se dio la vuelta y se golpeó la mano con el puño.

–¿Y has creído eso durante todos estos años?

–¿Y qué querías que creyera? Me enseñó el cheque cobrado. Era tu cuenta, no disimules.

–Claro que era mía. Me pagó ese dinero; no lo niego.

–Entonces, ¿qué más tienes que decir?

–Te mintió sobre las razones. Me fui porque, cuando Frank se fue, yo estaba convencido de que todo era culpa mía, el estado en el que estabas, la muerte del bebé. Me sentía culpable por todo. Entonces te mandó de vuelta a Inglaterra, y yo no sabía a dónde. Volví a la cabaña y lo vi allí prendiéndole fuego.

–¿Mi padre quemó nuestra casa? –preguntó ella sin poder creerlo.

–Nuestra casa. Sí, así fue. Me alegro de que te acuerdes. La quemó con sus propias manos. Por suerte hubo testigos y lo arrestaron. Se habría enfrentado a una temporada larga en prisión si yo no le hubiera dicho a la policía que había sido un malentendido y que no presentaría cargos.

–¿Y por qué hiciste eso?

–¿Por qué? –repitió con sonrisa cínica–. Por cincuenta mil libras, está claro. Ese fue mi precio por dejarlo salir. Le vendí su libertad, nada más.

–No lo creo –susurró ella, como había hecho hacía tanto tiempo.

–Lo atrapó el fuego y se quemó un brazo, ¿nunca te diste cuenta?

Entonces recordó un día en que su padre había llegado con el brazo en cabestrillo y le había contado que se lo había roto, pero meses después le había visto la marca y le había parecido una quemadura. Al preguntarle sobre ello, él se había enfadado y le

había contestado con evasivas.

–Todos estos años me dijo que tú…

–Ya le habías oído ofrecerme dinero –le recordó él–, y habías visto mi reacción.

–Sí, ya me acuerdo. Me dijo que te habías vuelto en mi contra cuando perdí al niño y todo mi atractivo.

–Nunca lo perdiste, nunca. ¿Y de verdad creíste eso de mí? –preguntó, a lo que ella asintió–. Debiste haber tenido más fe en mí, Becky.

–Oh, Dios –susurró–. Todos estos años he creído que… Oh, Dios mío.

Creía que había tocado fondo hacía mucho, pero aquello era peor. Fue a la ventana y miró hacia la oscuridad, demasiado confusa para pensar.

–Debí haberlo sabido –dijo al fin–, pero no era yo.

–No, no volviste a ser tú desde el día que apareció tu padre. Te vi una vez después. ¿De verdad no recuerdas cuando fui al hospital?

–Siempre me pregunté por qué no volviste –contestó ella mientras negaba con la cabeza.

–¿Crees que me habría dejado? Él era tu padre, tu familiar, y yo no era nadie. Si hubiera llegado un día más tarde habría sido tu marido, pero no lo era, y no tenía derechos.

–Sí –dijo ella, paralizada–. Recuerdo que dijo «entonces he llegado a tiempo». Quiso decir a tiempo para impedir que nos casáramos. Pero tú eras el padre del bebé.

–Antes de llamar a nuestra puerta, tu padre había untado al jefe de policía. Estuve entre rejas una semana.

–¡Dios santo! ¿Con qué cargos?

–Cualquier cosa que se les ocurriera –contestó él encogiéndose de hombros–. No importaba, porque tampoco querían que estuviese mucho tiempo, sólo el necesario para su propósito. Creía que te estabas muriendo. Rogué que me permitieran verte, pero nadie me escuchó. Y por fin un día vino tu padre y me contó que el «pequeño bastardo», como lo llamaba, había muerto. Dijo que había sido culpa mía, que yo había provocado que perdieras el bebé por mi «comportamiento rudo»…

–Pero eso no es cierto –saltó ella–. Era él el que era rudo. No te peleaste con él, te quedaste como una estatua. De eso sí me

acuerdo.

–Claro que fue así, porque tenía miedo de herirte.

–Entonces ¿cómo pudiste sentirte culpable sabiendo que no era culpa tuya?

–¿Por qué se confiesa un hombre inocente? Porque le torturan la mente hasta que cree que lo que es verdad es mentira y viceversa. Estaba atormentado, con nuestra hija muriendo, deseando verte y sin poder acercarme; no le costó hacerme sentir que todo era culpa mía. Y luego me llevó a verte. Pensé que era mi oportunidad de abrazarte y decirte que te quería. Pero tú no estabas bien.

–Tenía una depresión post-parto muy grave, y creo que me dieron una medicación muy fuerte.

–Sí, eso lo entiendo ahora, pero entonces entré y te vi mirando a ningún sitio. No sabía qué pasaba y tú no parecías oírme o verme.

–Y no lo hacía. No tenía ni idea siquiera de que hubieras ido.

–No me dejaron quedarme a solas contigo. Estaban tu padre y una enfermera, por si me «ponía violento». Te rogué que me escucharas, te repetí mil veces cuánto lo sentía, y tú sólo me mirabas. ¿No te acuerdas?

–No lo sabía. Debía de estar completamente enferma.

–Tu padre sabía el estado en que estarías mientras yo estuviera allí. Me pregunto qué le diría que te diera antes al médico, para asegurarse.

–Y nunca me dijo que hubieras venido –terminó ella, asintiendo con dolor.

–Claro que no. Le venía muy bien que pensaras que te había abandonado de forma cruel. Por poco me volví loco del dolor que creía haberte causado.

–No fuiste tú, Luca, no fuiste tú.

–Es muy fácil decirlo ahora –repuso él mirándola con tristeza–, pero ¿cómo decírselo al chico que era entonces? Su agonía estaba más allá de lo que puedas imaginar. ¿Te acuerdas de cómo fue al principio, cómo intenté resistirme, por tu bien?

–Y yo no te dejé.

–Mi conciencia siempre me advirtió de sacarte de la vida a la que estabas acostumbrada, de hacerte vivir en la pobreza.

–No me hiciste, lo elegí yo cuando te escogí a ti. Y nunca me sentí pobre, me sentía rica porque nos teníamos el uno al otro.

–Pero sabía que tenía que haber sido más fuerte. Y por fin tu padre me convenció de que lo que mejor que podía hacer por ti era dejar que te fueras, o si no no te recuperarías.

–Era un hombre malo. Nunca lo había entendido antes.

–Acepté su dinero para hacerme lo suficiente rico y poderoso para vengarme de él. Me prometí que nos volveríamos a encontrar, pero no fue así. Mi negocio prosperó, así que hice de él mi vida. Es todo lo que sé, Becky.

–Ahora soy Rebecca –dijo enseguida ella–. Ya nadie me llama Becky.

–Me alegro. Quiero que sea algo entre tú y yo. Era especial, entonces.

–Sí, era especial. Pero era otra vida.

–Pero a mí no me gusta mi vida ahora, ¿y a ti?

–No me hagas esas preguntas –rogó ella.

–¿Por qué no? Si eres feliz sólo tienes que decirlo. Danvers Jordan es el hombre de tus sueños, ¿no?

–Por favor –casi se rió ella–. El pobre Danvers no es el hombre de los sueños de nadie.

–Entonces tu vida con él no es feliz. ¿Os vais a casar?

–Si me decido sí. Déjalo, Luca, me alegro de haber averiguado la verdad. Te juzgué mal, y quizá podamos ser amigos, pero eso no te da derecho a interrogarme sobre mi vida.

–¿Amigos? ¿Cómo crees que podríamos ser amigos?

–Es lo mejor que hay.

–Entonces celebrémoslo con una copa –sugirió él, tras un suspiro desolador.

–De acuerdo –aceptó ella, y lo siguió hasta el minibar–. Jerez seco, por favor.

Lo observó servir, observó los movimientos diestros de sus grandes manos, que habían sido tan poderosas y tan tiernas, y que ahora eran las de un rico, aunque ninguna manicura podría ocultar su nervio. Al levantar la vista, él también la estaba observando.

–¿Estoy muy cambiada?

–Llevas el pelo distinto. Antes era castaño, pero no tan claro como ahora.

–No me refiero a eso.

–Ya sé a lo que te refieres –dijo, y se acercó a ella hasta mirarla

a los ojos.

Ella quiso darse la vuelta, pero él la mantuvo con la mirada y con su tristeza. Rebecca no había esperado aquella tristeza, y le sobrepasaba.

–No –contestó al fin–. No has cambiado.

–No es verdad –lo rebatió ella con una sonrisa melancólica.

–Sí lo es. No te muevas.

Le había colocado una mano en el hombro, y ella se detuvo y alzó de nuevo la vista, sin querer mirarlo a los ojos pero sin poder evitarlo. Por fin vio la conexión que había sobrevivido a los años. La antigua fuerza que emanaba de él, la seguridad en sí mismo que había tenido incluso siendo pobre. Aquel era Luca como había sido entonces. Lentamente, él levantó una mano, acariciándole el cuello y luego la mejilla. Parecía estar en trance, atrapado por algo más fuerte que él. Se le endulzó la expresión.

–Becky –murmuró, y le agarró el rostro con las dos manos.

El efecto fue devastador. El toque era tan dulce que apenas lo notaba, pero le proporcionó unas sensaciones que no había tenido durante años que la amenazaban y alarmaban, aunque no se podía mover.

–¿Te acuerdas? –le susurró Luca.

–Sí –contestó ella con pena–. Me acuerdo.

Quería que la dejara marchar, que nunca la dejara marchar. Sin darse cuenta, ella también le acarició el rostro; entonces tomó aire al notar lo cerca del peligro que se había dejado llevar.

–Adiós, Luca.

–No me puedes decir adiós ahora –dijo él muy serio.

–Debo hacerlo. No puede haber nada más; es demasiado tarde.

Intentó retirar la mano pero él la sujetó y volvió el rostro hasta apoyar los labios en su palma.

–No –susurró ella–; es muy tarde, muy tarde.

Él no contestó con palabras, sólo con el aliento abrasador contra la mano. Ella se preparó contra él, negándose a ceder. Pero fue más difícil de lo que pensaba porque sus caricias la afectaban en dos sentidos, y podía resistir la excitación física que le recorría los nervios, pero no el recuerdo de aquella otra vida tan dulce. La asaltaron sensaciones variadas, no sólo de placer sino también de felicidad. Había olvidado todo sobre ella, lo que se sentía, incluso lo

que era. Pero había vuelto en el recuerdo de un amor demasiado intenso como para durar.

Los dulces movimientos de los labios de Luca la devolvieron a una alegría irresistible, a las noches en que se había tumbado en sus brazos, regocijándose en la pasión y ternura de su amor. Era una felicidad que casi asustaba, pero sentirlo a su lado en la cama la tranquilizaba y se había quedado dormida contra su pecho, sabiendo que al día siguiente sería igual.

En aquel momento él le estaba proporcionando el eco de aquella época, y ella quería evitarlo y permanecer en la cáscara fría y segura que se había construido. Le dolía el riesgo de abandonar aquella seguridad, pero él lo pedía cada vez con más intensidad.

–¿Te acuerdas? –murmuró Luca–. ¿Te acuerdas…?

–No –dijo enseguida ella–. No quiero acordarme.

–No me eches, Becky.

–Tengo que hacerlo.

No siguió insistiendo; simplemente retiró los labios y le volvió a colocar la palma en la mejilla, pero parecía tan triste y desesperado que ella no podía resistirlo.

–Cariño –usó aquella palabra sin ser consciente–, cariño, por favor, trata de entender…

–Lo hago. Ha sido una idea estúpida, ¿no?

–No, ha sido una idea maravillosa, pero supongo que ya no me queda valor.

–Mi Becky tenía suficiente valor para hacer cualquier cosa.

–Hace demasiado tiempo.

Él miró hacia abajo, y de pronto ella no pudo resistir que la mirara sin el brillo de la juventud. Tiró de su cabeza hasta colocarle los labios sobre los de ella. Entonces supo que había tenido el cuerpo dormido todo aquel tiempo. Pero se había despertado, porque él lo atraía a una nueva vida excitante. La boca de Luca tenía el mismo poder de convicción, pero ahora tenía una excitación más. El niño se había ido, y ella ardía en deseos de conocer todo sobre el hombre. Se vio a sí misma haciendo lo que se había prometido que no haría, besarlo en un modo que lo alentó aún más.

Él no necesitó que lo animaran más para extender el beso y bajar por el cuello hasta la base de la garganta. A ella le latía el

corazón de forma salvaje, llena de excitación.

–Luca –susurró–. Luca, no.

Algo en el tono de voz rompió el deseo que lo había invadido, y, al mirarla, vio lágrimas en sus ojos.

–No llores.

–No lo hago, de verdad. Me alegro de que haya pasado. Nunca, nunca sentiré que nos hayamos vuelto a ver y haber aclarado las cosas. Pero no puedo seguir.

–No te rindas tan pronto. Estoy aquí; puedes aferrarte a mí. Becky, toma lo que tenemos; yo no creo en «demasiado tarde».

–Ojalá yo tampoco lo hiciera. Por favor, deja que me vaya.

–Volverás a mí, Becky –dijo él, mientras la observaba todo el camino hacia la puerta.

–No. Por favor, créeme.

Desapareció antes de que él pudiera decir nada más, consciente de que estaba huyendo. Llegó a su apartamento y cerró la puerta, apoyándose en ella como si la persiguieran. Intentó sobreponerse; le esperaba un día duro y sabía que debía ser sensata y acostarse. Pero su cuerpo sentía demasiadas emociones y excitación para relajarse. Cerró los ojos mientras intentaba no imaginarse contra el cuerpo robusto de Luca, pero cuanto más lo intentaba, más lo sentía. Había empezado algo que no había terminado.

Todo cuanto tenía que hacer era ir con él en aquel momento. Pensó que podía estar dormido, pero sabía que no lo estaba. Su corazón le decía que estaba esperando, esperando el ruido del teléfono o de la puerta. Porque él sabía tan bien como ella que no habían llegado al final. Descolgó el teléfono y llamó al ático. Él respondió enseguida, con una voz tensa y de ansia.

–¿Sí? –sabía quién llamaba.

Colgó; estaba temblando. Media hora más tarde estaba saliendo de su apartamento para dirigirse al ático. Se detuvo un momento ante la puerta y llamó. Él la abrió enseguida; la había estado esperando. Se la quedó mirando antes de abrazarla con fuerza, levantándola del suelo. Rebecca sintió su alivio cuando ella le correspondió el abrazo y lo besó en los labios. Aquello había sido inevitable desde el momento en que la había tocado, porque después ella necesitaba tocarlo una y otra vez. Necesitaba saber si su cuerpo era tan fuerte y excitante como lo recordaba.

–¿Qué quieres? –le preguntó Luca.

–A ti –respondió ella sin despegar los labios, mientras le desabrochaba los botones.

Continuó él, desnudándose antes de desnudarla a ella. Cayeron juntos sobre la cama, perdidos por igual en un deseo que necesitaban saciar con el cuerpo del otro.

Por fin Rebecca se había despertado; cada centímetro de su piel vibraba con pasión y ansia, y le daba todo cuanto tenía o era, mientras reclamaba al único hombre que podía llenarla del todo. Luca siempre había tenido vigor, pero el tiempo y la experiencia lo habían aumentado. Se preguntaba cómo podían desvanecerse tantos años sin dejar rastro, cómo podían conocerse aún tan íntimamente. Cuando él se puso encima, ella tuvo un último momento de duda, pues aquel hombre era en esencia un extraño. Pero no le pareció un extraño cuando la penetró despacio y con esa fuerza que la había excitado entonces y que ahora lo hacía multiplicado por mil. Había tenido la carne dormida demasiado tiempo, y el despertar fue fiero y devastador.

Enseguida llevaron el mismo ritmo, y ella le pedía más, hasta que el placer fue tan fuerte que pareció explotar en su interior. Ahora veía luz por todas partes, una luz cegadora y mareante que llenó el mundo, el universo, y se dio cuenta de que era lo que había estado esperando durante todos aquellos años muertos y sin sentido.

Capítulo 6

Bajó de las alturas para encontrarse abrazada con fuerza a Luca. Entendió entonces lo que siempre había sospechado, que el motivo por el que nunca había estado receptiva con ningún otro hombre era porque siempre había habido un único hombre para ella. Luca, directo, duro, vengativo, implacable, todo lo que ella odiaba. Pero aun así era él, porque siempre lo había sido, y una parte de ella nunca había cambiado. Entonces él dijo las palabras equivocadas.

–Ha estado bien –dijo, lo cual le heló la sangre–. ¿No lo ha estado?

–Sí –contestó ella siendo amable, pero se retiró.

–¿Qué pasa? –preguntó él, que sabía que había metido la pata pero no sabía en qué.

–Nada. Me quiero levantar, por favor.

–Dímelo antes.

–Me quiero levantar.

–¡Dímelo!

–Luca, si no me sueltas ahora mismo no volverás a verme.

La soltó, lo cual la sorprendió, pues no esperaba que aquella amenaza fuera a hacer efecto en un hombre tan duro.

–¿Qué ha sido? –volvió a preguntar mientras ella se incorporaba y cubría su desnudez–. ¿Qué ha cambiado?

–Supongo que no debíamos esperar demasiado de una vez. Dejémoslo estar por ahora.

El tono de voz llevaba implícita una advertencia, a la que, sorprendiéndola de nuevo, él hizo caso. Al cabo de un rato el silencio fue tan tenso que lo miró y lo que vio la derritió. Su rostro mostraba la confusión dolida de un niño que no sabe qué ha hecho mal.

–Sí, ha estado bien –lo tranquilizó, mientras lo abrazaba.

–¿Todavía sé cómo hacerte feliz?

–Sí. Como ningún otro.

–No quiero que me hables de nadie más –se enfadó él.

–No te lo voy a contar, pero mi marido existió. No he vivido en una burbuja todos estos años, igual que tú. He estado casada, igual que tú.

–¡Ya basta! No quiero oírlo.

–Bien, no tienes por qué. No tienes que oír nada que no quieras –dijo, y se separó de él mientras buscaba su ropa. Al segundo él se puso a su lado.

–No te vayas, Becky. No quiero que te vayas.

–Creo que debo hacerlo –contestó ella, empezando a vestirse.

–No, no debes.

–No me digas lo que tengo o no tengo que hacer.

–No quería decir eso –se apresuró a decir él–. Mira, no te estoy tocando, pero por favor no te vayas. Por favor, Becky, lo haré bien. Sólo dime lo que tengo que hacer, pero por favor quédate. Te lo ruego.

Aquello la volvió a ablandar. De repente habían vuelto a los viejos tiempos, cuando aquel hombre fiero era masilla en sus manos, pero sólo en las suyas. Rebecca dejó lo que estaba haciendo y se inclinó para abrazarlo. Él la respondió, pero con cautela, como si tuviera miedo a enojarla de nuevo.

–Me da miedo que no vuelvas si te vas.

–Voy a volver; quiero volver a verte. Pero tómatelo con calma.

–No puedo. Lo quiero todo de ti ya. Quédate conmigo; vuelve a la cama.

–No, el hotel se va a poner en marcha pronto y no quiero arriesgarme a que me vean.

–Pasa el día conmigo.

–Está bien –contestó ella tras repasar mentalmente el día que había planeado–. Pero antes tengo que hacer un par de llamadas.

–Iremos a algún sitio donde no nos vea nadie que nos conozca. Pero tendrás que decir tú dónde; yo no conozco Londres.

–¿No habías estado aquí nunca?

–Sí, en viajes cortos de negocios, habitaciones de hotel, viajando en la parte de atrás de los coches a conferencias y sin mirar nunca por el cristal porque estaba ocupado con el teléfono. No podría decir en qué se diferencia de Nueva York o Milán.

–Suena muy triste.

–También es tu mundo, Becky.

–Sí, pero yo me evado de vez en cuando.
–¿En largos fines de semana en el campo con Jordan?
–Jordan es un tema prohibido.
–¿Y si yo digo que no lo es?
–No hace ni un minuto has dicho que no querías oír hablar de nadie más.
–Haré una excepción con Danvers Jordan.
–Pero yo no.
–Tienen que ser tus reglas entonces, ¿no?
–Tú has dicho que no habláramos del pasado; son tus reglas y yo estoy de acuerdo. ¿Crees que puedes cambiarlas cuando te convenga? Piénsalo dos veces, porque no voy a bailarte el agua.
–Está bien, está bien, me rindo. Tus reglas.
–No tienes que rendirte, no es eso –le dijo ella, acariciándole la mejilla–. Pero no lo estropeemos.
–Lo que tú digas –contestó él, y le besó la palma de la mano.
–Bueno, hablabas de las ciudades que parecen iguales. ¿No echas de menos las montañas toscanas?
–Cualquier terreno verde –asintió él–. En Nueva York siempre digo de ir a Central Park, pero aún no he ido. Una vez en Londres vi árboles y le dije al chófer que parara; pero sonó el teléfono y como llegaba tarde a una reunión le dije que arrancara otra vez.
–¿Dónde estabas?
–Acabábamos de pasar un edificio redondo rojo. Creo que el chófer me dijo que daban conciertos en él.
–El Albert Hall. Los árboles que viste son de Hyde Park. Vamos allí entonces.
–Bien –aceptó él, y fue por el teléfono.
–¿Qué haces?
–Llamar a mi chófer.
–No vamos a llamar a tu chófer, ni al mío –le dijo ella, poniéndole la mano encima.
–¿No?
–No, vamos a salir a buscar un taxi, y así nadie sabrá dónde hemos ido.
Aquello sonó a conspiración, y de repente fue muy divertido. Bajaron por el ascensor, del que Luca salió un piso antes del último, de forma que si alguien lo reconocía en el vestíbulo lo vería salir

solo. Nadie lo vería encontrarse en la esquina con Rebecca, que había ido por la escalera de servicio y ya estaba parando un taxi.

Hyde Park estaba a poco más de un kilómetro, pero la congestión de tráfico era tal que les costó tres cuartos de hora llegar.

–Verde –exclamó Luca, que miraba a todos lados con alegría–. Hierba, árboles.

Agarró a Rebecca de la mano y comenzaron a caminar por la hierba. A ella le llegó al alma que Luca, que había crecido en un paisaje de una belleza silvestre, pudiera aún sentir placer en aquel lugar con el césped recortado. Decía mucho de cómo se había desprendido de sus raíces.

–¿Qué es eso? –preguntó, parándose en seco ante una franja de agua.– ¿Un río?

–No, es un lago muy largo y estrecho –rió ella–. Se llama Serpentina.

–Y alquilan barcas; las veo allí.

–Venga, hace años que no voy en barca por el Serpentina.

Alquilaron un bote y Luca remó con fuerza mientras ella lo observaba reclinada, disfrutando de la oportunidad de relajarse y mirarlo. Tras el tormento de los días anteriores le parecía que era bueno no pensar en nada más que en el precioso día y el placer de estar en el agua. Clavó la mirada en él y se dejó llevar por sus pensamientos.

Lo cual luego le pareció un error porque en medio de la satisfacción se vio observando las manos que la habían tocado con tanta pasión y al mismo tiempo tanta ternura la noche anterior. Y recordó también cómo ella había respondido, cómo había disfrutado de él y había pedido más. Los recuerdos la llevaron hasta su ex marido, al que ella llamaba «pobre Saul». Se merecía su lástima porque ella no había tenido ni medio corazón que entregarle, y casi ninguna pasión. Él se había encaprichado con ella y ella había sucumbido a su entusiasmo en la esperanza de encontrarle algún propósito a su vida. Pero lo había desilusionado, y en su resentimiento él la llamaba «el iceberg». Lo más amable que había hecho por él había sido dejarlo. Volvió de su ensueño para encontrar a Luca observándola con una gran sonrisa.

–¿Qué? ¿Por qué me miras así?

–Intento comportarme como un caballero, pero no lo logro. Lo cierto es que en lo único que puedo pensar es en lo mucho que deseo hacerte el amor.

Aquellas palabras fueron como una señal que encendieron una mecha lenta en su interior. Hacía sólo unas horas que se había levantado, saciada, de su cama, y con tan solo tres palabras estaba lista para él otra vez.

–Entonces será mejor que remes de vuelta –le advirtió–. ¡Con cuidado! No volquemos.

Volvieron con tanta urgencia que casi cayeron al agua al bajarse del bote.

–¿Dónde está la salida más cercana? –preguntó él.

–Por aquí –contestó ella, y corrieron hasta ella, pero se encontraron con otro obstáculo: el tráfico–. Oh, no. ¿Aún no ha terminado la hora punta? Tardaremos una hora en llegar al Allingham.

–No tenemos tanto tiempo –repuso él, apretándole la mano–. ¿Dónde hay un hotel?

–Luca –empezó a reírse ella–, no podemos…

–Becky, te juro que si no me llevas a un hotel te voy a hacer el amor aquí y ahora.

–¡Quieto! –gritó ella cuando él empezó a tocarla–. Compórtate.

–Entonces encuentra un hotel. Rápido.

–Si cruzamos y giramos por aquella esquina hay varios hoteles en esa calle.

Así lo hicieron y Luca se paró en el primer hotelito que vio. Era un mundo completamente distinto del Allingham, con un pequeño vestíbulo y un cubículo para el recepcionista, que no estaba. Luca tuvo que llamar dos veces a la campanilla, y la segunda lo hizo con tanta fuerza que apareció una mujer agobiada que parecía enfadada.

–Quería una habitación, por favor –dijo Luca–. Ya.

–Aún no es mediodía –repuso la mujer, mirando al reloj que daba las once y media.

–¿Importa?

–Si se la queda antes de las doce me temo que tendré que cobrarle dos días.

–¿Cuánto cuesta la habitación por noche?

–Setenta libras por persona y noche. Supongo que querrán una habitación doble, ¿no?

–Sí –contestó Luca ya casi fuera de sí–. Queremos una habitación doble.

–Entonces son ciento cuarenta libras por una noche, así que a lo mejor prefieren esperar media hora y pagar solo una, que será mucho más barato.

–No es buena idea –saltó Rebecca–. Nos la quedamos ahora, gracias.

–Muy bien. ¿Nombre?

–Señor y señora Smith –contestó Rebecca.

–Ya veo –masculló la recepcionista, mostrando lo que pensaba al arquear una ceja–. Bueno, aquí llevamos un régimen liberal, pero me pareció que el caballero es extranjero.

–Es un extranjero que se apellida Smith –replicó Rebecca, impasible.

–Bien, si uno de los dos me firma aquí.

Rebecca se apresuró a tomar el bolígrafo, pues Luca estaba de tal humor que no era capaz de recordar con qué nombre tenía que firmar.

La habitación era básica pero aceptable. Luca cerró con llave y se giró hacia Rebecca, que ya se estaba quitando la ropa y lo miraba con ojos brillantes.

–Vamos, tortuga.

Aquello bastó para que él la alcanzara y ambos cayeron sobre la cama, buscándose con una intensidad febril. Sin sutilezas, sin fingir que aquello era algo más que lujuria frenética y desesperada, sin ataduras. Lo quería dentro de ella, y cuando tuvo lo que quería lo abrazó con fuerza mientras se arqueaba de forma insistente y lo miraba con una sonrisa que él le devolvió. Fue ella quien decidió que había llegado el momento, moviéndose cada vez más deprisa.

–Espera –le dijo él.

–No.

Intentó pararla, pero su propio deseo era incontrolable, y terminaron triunfantes y riendo. Cuando tuvo fuerza para moverse, Luca se sentó.

–Llevo pensando en esto desde esta mañana.

–Yo también. Luca, ya no sé quién soy. Nunca había sido así en

toda mi vida.

–¿Quieres que te diga quién eres? –le preguntó él, observando su desnudez y acariciándole de nuevo los senos.

–¿Implica algo de ejercicio físico?

–Podría ser. A menos que estés cansada.

–¿Quién está cansada? Todavía es pronto –contestó ella, y le hizo saber con gestos lo que quería de él, que él le ofreció una y otra vez.

–Debe de ser más de mediodía ya –dijo ella cuando permanecieron tumbados después.

–Son las tres. ¿Por qué has dicho que éramos el señor y la señora Smith?

–Tenía que decir algo.

–¿Pero qué quería decir con lo del régimen liberal?

–Antiguamente cuando dos personas querían estar juntas se registraban como señor y señora Smith. Así que cuando en un hotel decías que te apellidabas Smith, bueno…

–Sabían que eran amantes extramatrimoniales –terminó él.

–Algo así.

–¿Y por eso nos ha mirado así?

–Sí, sabía exactamente por qué no podíamos esperar media hora.

Luca se empezó a reír, y ella lo siguió. No había tenido risas en su vida durante años, y en aquel momento no había más que risas, alegría y placer. Todas las tensiones parecían desvanecerse. Cuando Luca levantó la cabeza, Rebecca vio que a él le ocurría lo mismo.

–Ya me puedo dormir –dijo, apoyando la cabeza en el hombro de ella.

–Mmm, qué adorable.

Pero el móvil de Luca los devolvió a la realidad.

–Debí haberlo apagado –dijo, levantándose de la cama con una mueca–. Hola, Sonia. No, no estoy en el hotel. No pasa nada, sólo un cambio de planes. ¿Algo urgente? De acuerdo, no hay problema, pero tiene que bajar el precio o no hay trato. Claro, ya sé lo que espera, pero no lo va a conseguir. Yo puedo ir a otro sitio, pero él no. No hay más que hablar, ya hemos hecho negocios antes y sabe que cumplo lo que digo. Por cierto, durante unos días no voy a estar en el Allingham, así que me puedes localizar en este teléfono pero no muy a menudo, ¿de acuerdo? –y colgó al fin, después de media

hora.

–¿Dónde vas a estar los próximos días?

–Aquí contigo.

–Y ¿qué hay de mis citas, y mi trabajo?

–Becky, puedo imaginarme en qué consisten tus citas. Comer con uno, copas con otro, supervisar alguna función del hotel, ir a una conferencia. ¿Qué tal voy?

–Muy bien.

–¿Y cómo de vitales son esas cosas? Nadie necesita esa comida ni esa copa. Las conferencias son pura palabrería. Los negocios no dependen de eso, ya están sellados antes de que nadie llegue.

–¿Estás diciendo que mi trabajo es un juego? –preguntó ella indignada.

–No, mi trabajo es igual de banal; así es el mundo hoy en día. Yo me escapo siempre que puedo, siempre que el cielo no se caiga. ¿Se va a caer el cielo si faltas unos días?

Estuvo a punto de decirle que era imposible cuando se dio cuenta de que sólo estaba poniendo en palabras sus propios pensamientos de hacía unos días, cuando había llegado a la casa de Philip Steyne la noche fatídica.

–Podría hablar con mi asistente. Es muy buena.

No mencionó que tendría que anular una cita con Danvers, pero aquello tendría que ocurrir de todas maneras. Después de lo que había pasado entre Luca y ella no podía seguir con Danvers. Pasó todo el camino de vuelta al hotel pensando qué le diría. Al llegar al Allingham fue directa a su oficina para hablar con su asistente, una mujer muy eficiente que estaba encantada de que la dejaran al cargo.

–Por cierto, tiene un mensaje del señor Jordan. Dice que va a estar fuera unos días, a lo mejor una semana, no estaba seguro. Dice que la llamará cuando regrese.

–Bien –contestó Rebecca, dividida entre el alivio de retrasar el problema y la angustia de tener que alargarlo.

Los días siguientes le parecieron las primeras vacaciones verdaderas de su vida, escondida con Luca en el destartalado hotel. Era un amante incansable, que la elevaba a las alturas una y otra vez, y aún la deseaba, y ella, que hacía años había decidido que los traumas de su juventud la habían dejado fría y poco receptiva,

estaba lista para él en cualquier momento del día o de la noche, salvo que noche y día eran uno.

Como el hotel no tenía servicio de habitaciones, comían hamburguesas en un bar que había en la esquina, siempre con prisas para volver a la cama. Durante cuatro días amaron y durmieron, durmieron y amaron, cualquier cosa salvo hablar. Pero entonces hablar no parecía importante.

Una mañana Rebecca salió de la ducha y vio a Luca colgando el teléfono, exasperado.

–Tengo que volver a Roma. Estamos perdiendo un trato y tengo que estar allí.

–Bueno –contestó ella, tratando de sonreír, a pesar de no creerse capaz de aguantarlo–. Ha estado genial, pero los dos sabíamos que no podía durar para siempre.

–Tenemos que dejar esta habitación. Pero volveré en unos días.

–No cuento con eso. A lo mejor tienes que quedarte.

–Volveré en unos días. No creo que lo aguantara mucho tiempo.

–Supongo que debe alegrarme que te vayas. Así podré ponerme al día en mi vida real.

–¿Real? ¿Esto no ha sido real?

–Ya sabes lo que quiero decir –dijo ella, mientras le acariciaba el pelo; se rió y se inclinó para besarlo–. Debo volver mi mente al trabajo. Y supongo que debo hablar con Danvers y decirle que lo poco que había entre nosotros ha terminado. No te preocupes por él.

–No lo haré –aseguró él, y siguió con una amplia sonrisa–. Danvers Jordan no me preocupa lo más mínimo.

Capítulo 7

Luca estuvo fuera casi una semana, en la cual la llamó diez veces. Rebecca vivía para esas llamadas. Cada vez le costaba más fingir que no era así, hasta que dejó de fingir. No sabía cómo llamar a aquel sentimiento, pero no le parecía que fuera amor. El lazo que los unía había sobrevivido misteriosamente a través de los años y la distancia, y ahora no podía pensar en otra cosa que no fuera él. Toda su vida parecía concentrarse en él, en su próxima llamada o en el probable día de su regreso. Aun así, se resistía a llamarlo amor.

Dos días antes de que llegara, Rebecca estaba en una recepción del hotel, que duró tan solo dos horas pero que a ella se le hizo interminable, quizá porque ya no se tomaba en serio aquellas ocasiones. Se preguntaba si volvería a hacerlo.

Mientras sonreía de forma mecánica a alguien que había requerido su atención y que parecía que no la iba a dejar, miró a su alrededor y se sorprendió al ver a Danvers, pues no sabía que hubiera regresado y él normalmente era muy puntilloso. Entonces se dio cuenta de lo poco que había pensado en él mientras había estado fuera. Ninguno de los dos se había puesto en contacto con el otro. Pero sabía que debía hablar con él. Al fin logró terminar la conversación y cruzó la sala hasta llegar a Danvers, que, enfrascado en una conversación con una joven, se alarmó al verla, y Rebecca casi diría que se acercó a ella sin ganas.

–Rebecca –saludó con una sonrisa forzada–. Qué agradable verte.

–Buenas tardes, Danvers –correspondió ella, y sonrió a la joven.

–Ann, esta es la señora Hanley, la Relaciones Públicas del Allingham. Ann es mi secretaria en el banco –las presentó, y miró alrededor–. ¿Está Montese contigo?

–No, ¿por qué iba a estarlo?

–Sólo me preguntaba. Ann, ¿te importa...? –se disculpó, y la mujer se marchó.

–¿Has tenido un bien viaje? –preguntó Rebecca.

–Sí, ha ido muy bien.

–¿Hace mucho que has vuelto?

–Tres días –respondió él, y Rebecca se quedó atónita y desconcertada.

–Normalmente no tardas tanto en llamarme.

–Por favor, Rebecca, no disimules. Sabes perfectamente por qué no contactado contigo. No me digas ahora que te importa.

–Danvers, yo…

–Habría estado mucho mejor que me lo dijeras tú misma, en lugar de mandar a tus matones.

–No sé de qué me hablas.

–Te hablo de Luca reivindicando su propiedad como si fuera el caudillo de una tribu.

–¿Su propiedad de qué?

–De ti, ¿de qué va a ser? Me dejó bien claro que podría ocurrirme algo malo si no me retiraba.

–¿Qué? Danvers, no me lo creo, no puede ser verdad. Debes haber entendido mal.

–Créeme, cuando Montese quiere poner algo en claro no hay lugar a los malos entendimientos. Tú le perteneces y yo desaparezco, ese fue el mensaje.

–Puedo asegurarte que no le pertenezco.

–Pues díselo a él, porque él cree que sí.

–Danvers, ¿me estás diciendo de verdad que te amenazó con violencia física?

–No fue tan explícito, no hacía falta. Es un hombre que lo sabe todo.

–¿Sobre qué?

–Sobre todo y sobre todo el mundo. Lo sabía todo sobre mí, cosas que creí haber enterrado.

–¿Cosas que no le gustarían al banco?

–No fue más que una tontería hace muchos años; nadie perdió nada. Entonces las reglas eran más relajadas; pero si salieran a la luz ahora… Bueno, prefiero no arriesgarme.

–Supongo que no se te ocurrió defender tu derecho sobre mí.

–Sé realista, cariño, tengo una carrera por hacer y él nunca me quitaría las garras de encima. Tenía un dossier completo.

Probablemente tenga también uno sobre ti.

–No digas tonterías –dijo ella, aunque no estaba tan segura de que lo fueran.

–Rebecca, no seas ingenua. No tienes ni la más ligera idea de cómo es de verdad este hombre. Es insensible, peligroso, despiadado. Y sea lo que sea lo que haya entre vosotros, va a ser igual de despiadado contigo. Ann, querida, aquí.

–Sí, ya he hablado contigo más de lo que es seguro, ¿no? –dijo Rebecca con desprecio, y se marchó sin mirar atrás.

Los dos días que aún tuvo que esperar hasta el regreso de Luca le parecieron los más largos de su vida. A veces se decía a sí misma que lo que pensaba no podía ser cierto. El tiempo que habían pasado juntos le había parecido glorioso, una luz en la vida gris que llevaba, pero sabía que se debía únicamente a la compatibilidad sexual. Se dio cuenta de que había estado perdida en un delirio de gozo físico y no había considerado la personalidad del hombre, o quizá había decidido mirar hacia otro lado, consciente en su interior de que encontraría demasiadas cosas que no le gustarían.

Lo había escuchado dándole instrucciones por teléfono a Sonia, hablando de sus asociados con total indiferencia como rivales, pero se había quitado la idea de la cabeza, haciéndose creer que en un mundo de tiburones tenía que actuar con las mismas armas para sobrevivir. Se había negado a ver la clase de hombre en que se había convertido, aunque había tenido la idea en la cabeza todo el tiempo.

Ahora que sabía que lo que Danvers le había contado era cierto sólo quería oírlo de los labios del propio Luca. Indicó en recepción que la avisaran en cuanto llegara, lo cual ocurrió por la tarde. Dos minutos después estaba llamando a su puerta. Él abrió sonriente.

–Justo te estaba llamando –dijo, y la metió en la habitación comiéndosela a besos.

–Luca… –empezó, pero como siempre la pura explosión sexual del beso le cambió el mundo, haciéndole olvidar todo lo demás. Él ya le estaba quitando la ropa; tenía la habilidad de encenderla con un solo gesto, un beso, un dedo en su rostro. Después, una reacción en cadena que, como la lava, no se podía detener hasta llegar al fin. Cuando ya estuvo desnuda vio una mirada en los ojos de Luca que acabó de derretirla; era como si fuera la primera vez que la veía así.

Vagamente reconoció que era algo que él tenía, que nunca se mostraba indiferente, que ella le gustaba de la misma manera que hacía tanto tiempo. Después de casi una semana su pasión era casi incontenible, igual que la de ella.

Cuanto sabía de él no disminuía su deseo, y aquello era lo que más la asustaba. Le devolvió el placer que él le proporcionaba, consciente de que su cuerpo respondía sin el consentimiento del cerebro.

Cuando hubieron terminado, Luca se apoyó en un brazo y la miró con verdadero deleite. A Rebecca siempre le había gustado aquella expresión en sus ojos, pero en aquel momento regresaron los pensamientos y miedos que había dejado a un lado, y con ellos la conciencia de que se había impuesto a su resistencia sin siquiera intentarlo. Tenía demasiado poder sobre ella, y si no se resistía en aquel momento sería demasiado tarde.

–Quiero hablar contigo.

–¿No puede esperar?

–Ya ha esperado demasiado. Quería hablar nada más llegar, pero, bueno…

–Pero nos deseamos demasiado para hablar. ¿Importa algo más?

–Sí, yo creo que sí. Ha ocurrido algo sobre lo que tenemos que hablar.

–De acuerdo, dímelo.

–Hace un par de días fui a una recepción del hotel y vi a Danvers. Quiso evitarme –le explicó, mirándolo a los ojos, en los que vio una expresión de recelo–. ¿Es verdad lo que me dijo, que lo advertiste de que se fuera?

–De acuerdo, de acuerdo. Sí lo hice.

Ella se levantó y se empezó a vestir a toda prisa. Aunque esperaba la respuesta, no estaba preparada. Él también se vistió mientras la miraba con expresión sombría.

–¿Te has atrevido a dictar a quién puedo o no puedo ver? –le preguntó ella cuando terminó de ponerse toda la ropa.

–Necesitaba tener el campo libre para acercarme a ti, así que me deshice de la competencia. No te pongas tan trágica; los hombres hacen eso todos los días.

–¿Cuántos hombres son como tú, Luca? Danvers me contó que lo amenazaste con algo de su pasado, que habías recopilado un

dossier. Eso te ha debido de llevar tiempo. Ya sabías de su existencia antes de venir, ¿verdad? Y no sólo sobre él. Me diste la pista la primera noche, pero no quise hacerle caso.

–¿Qué pista?

–Enseguida me llamaste señora Hanley. Por supuesto podías haberte imaginado que era mi nombre de casada o alguien te lo dijo, pero la verdad es que ya lo sabías, ¿o no? –preguntó, pero él no respondió–. Dime, Luca, ¿aquel encuentro de verdad fue una sorpresa para ti?

–No.

–Sabías quién era. Sabías que había estado casada, y mi apellido de casada. Lo sabías todo antes de que llegara a la casa.

–Sí.

–En otras palabras, también tenías un dossier sobre mí.

–¿Importa? –preguntó él encogiéndose de hombros.

–¿Que si importa? Claro que importa. Todo este tiempo había pensado que nos habíamos encontrado por casualidad, y tú dejaste que lo creyera. Pero lo habías planeado, lo tenías todo calculado. Me has engañado.

–¡Nunca te he engañado! –gritó él–. ¡A ti no!

–¿Sólo a todos los demás?

–¿Qué importan los demás? Quería encontrarte y te he encontrado.

–¿Cómo? Dándome caza como si fuera un bloque de acciones, ¿no? Luca Montese, el financiero depredador, se pone a tiro la presa y hace un movimiento para cazarla.

–Si buscas a alguien lo dejas en manos de expertos. ¿Qué hay de malo en eso?

–Nada, si me lo hubieras contado. Pero me has hecho creer que había sido la vida.

–La vida sola no hace nada. Tienes que decirle hacia dónde ir y asegurarte de que lo hace. Tu padre habría dicho lo mismo.

–No hables así. Te hace parecerte a él, y no quiero.

–Entonces dime lo que quieres.

–Quiero volver el reloj a antes de que esto pasara. Nunca habías sido así.

–Te equivocas. Siempre he sido así, pero tú no lo veías.

–Entonces me alegro de no haberlo visto. Porque yo nunca

habría amado a un matón calculador que deforma los hechos y a las personas con tal de conseguir lo que quiere. Eso es lo que hacía mi padre y no puedo soportarlo. Si te has convertido en él estropea todo cuanto tuvimos y yo quería guardarlo.

–No podemos guardarlo. Se rompió hace mucho –gritó él–. Hemos creado algo nuevo y es eso a lo que te tienes que aferrar. No lo arriesgues sacando cosas que no importan.

–¿Que no importan? Tú no tienes ni idea de lo que importa y lo que no. Dices que hemos creado algo nuevo, pero ¿qué es lo que hemos creado, si se basa en mentiras?

–Tenía que encontrarte, Becky –repitió él–. Y no podía dejar que nada se interpusiera.

–No, nada se interpone en tu camino, ¿verdad, Luca? Desde luego no el honor o el juego limpio o el comportamiento decente, y menos los sentimientos de la gente, nada. Ahora veo un montón de cosas.

–Tenía que encontrarte. Era más importante de lo que te puedas imaginar.

–¿Por qué no eres sincero, pues? Todas las bonitas fantasías acerca del destino con las que me ilusionaste. Y era mentira porque estaba todo arreglado. Luca, ¿exactamente cuánto sabías sobre mí aquella noche en casa de Philip Steyne?

–Bastante –admitió sin ganas.

–¿Sabías que iba a estar?

–Estaba bastante seguro. Sabía que iba a estar Jordan y como tú salías con él, me lo imaginé. También sabía que trabajabas en el Allingham, así que te iba a encontrar más tarde o más temprano.

–¿Sabías que trabajaba en el Allingham? ¿Por eso compraste acciones?

–Sí.

–¿Todo eso sólo para encontrarme? –se rió ella, sin poder creer lo que oía.

–¿Importa cómo fue, cuando nos hemos vuelto a encontrar?

–Pero no nos hemos encontrado, ¿no lo ves? No, no puedes, ¿o sí? Y eso significa que estamos más alejados que nunca. Hubo una época en la que nunca me habrías mentido.

–Te habría contado la verdad al final –gruñó él–. Pero era importante y no podía arriesgarme. Tienes que ser tú; no puede ser

nadie más.

–No me digas que has estado guardando tu amor por mí todos estos años. Te has casado, ¿recuerdas?

–Sí, y no fue bueno.

–Debió ser bueno durante un tiempo.

–Tuvo un hijo con un maldito peluquero –soltó él.

–Bueno, te fue infiel; pero eso no significa…

–Seis años y ni rastro de un bebé. Estéril para mí y fértil para él, ¡maldita sea!

Dijo esto último de forma violenta, con la cara desencajada. Rebecca lo miró asustada. Aunque ya se lo había dicho Nigel Haleworth, le empezó a asaltar una sospecha, aunque le parecía imposible, le parecía que se imaginaba cosas raras, que Luca diría algo que probara que no era cierto. Este seguía hablando, más para sí mismo que para ella.

–Tuve una hija una vez, pero murió. Ahora tendría quince años.

–Ya lo sé.

–¡Quince años! Piénsalo.

–Pienso en ello todo el tiempo, cada año en lo que habría sido su cumpleaños. Pero no podemos devolverle la vida.

–Pero podemos crear otra vida; tú y yo. Lo que hemos hecho una vez podemos repetirlo.

–Luca, ¿qué estás diciendo?

–Quiero un hijo, Becky –le dijo, mirándola con brillo en los ojos–. Tu hijo.

–¿Era eso lo que pensabas cuando mandaste a buscarme?

–Sí, es importante.

–Ya me imagino. Ahora está claro por qué no me lo dijiste.

–No podía.

–Por supuesto. No sería fácil, ¿verdad? Decirme: «Buenas tardes, Rebecca, me alegra verte después de quince años, ¿quieres ser mi yegua de cría?»

–No es eso.

–Es exactamente eso, maldita mente calculadora fría e insensible. Luca, nunca te perdonaré por esto, y si no entiendes por qué entonces has caído mucho más bajo que cualquier hombre que haya conocido.

–Está bien, está bien, no lo he manejado bien, pero…

–¡Escúchate, «manejado»! ¿Sabes la cantidad de veces que usas esa palabra? Eso es lo que es para ti la vida, algo que hay que «manejar». Haz esto y todo saldrá acorde al libro de artimañas de Luca Montese. Haz lo otro y saldrá mal porque no habrás sido lo bastante despiadado. Pues nadie podrá acusarte de no haber sido lo bastante despiadado, pero puedo asegurarte que ha salido mal. Y nunca más volverá a estar bien.

–Estás empeñada en malinterpretar todo lo que digo.

–Al contrario. Lo he entendido muy bien. Quieres un hijo…

–Quiero «tu» hijo, tuyo, de nadie más. El hijo de cualquier otra no significaría lo mismo.

–¿Quieres decir que como yo ya me he probado soy una apuesta más segura que una extraña?

–Es una forma muy dura de ponerlo –contestó él, pálido.

–Dime otra forma que se acerque a la realidad –dijo ella, y comenzó a andar por la habitación–. No puedo creerme a mí misma; pensar que he dejado que me tocaras después de lo que me dijo Danvers.

–Pero lo has hecho. ¿No es una prueba de lo fuerte que es lo que nos une?

–No, sólo prueba que juntos en la cama somos buenos; no hay nada más que nos una, Luca, sólo sexo, sexo y más sexo. Eres el hombre que más me ha excitado en toda mi vida, y admito que eso nos une bastante. De hecho nos une tanto que he estado contándome cuentos de hadas desde que te he vuelto a ver. He intentado con todas mis fuerzas creer que era suficiente, y supongo que para tu propósito es suficiente.

–Becky, no…

–¿Por qué no? Es la verdad. Si quieres preñar a una mujer para poder alardear de tu fertilidad no necesitas amor o ninguna unión emocional. La lujuria fría y sin corazón sirve igual de bien, ¿no, Luca?

–Para, Becky.

–Claro que paro. Ya he dicho lo que tenía que decir. El sexo no es suficiente, aunque sea tan bueno, pero es todo cuanto tenemos. A lo mejor es todo cuanto hemos tenido nunca.

–¡No! –fue un grito de agonía–. Eso no es verdad, no vuelvas a decirlo, ¿me oyes?

–Sigues dándome órdenes, sigues queriendo manejar a todo el mundo como si fueran peones de tu ajedrez. Pero no te preocupes, no tendrás que volver a oírme decir nada nunca. Vete, Luca, deja el Allingham, vende tus acciones, vuelve a Italia y alégrate de haberte librado de una mujer que no estaba dispuesta a meterse en cintura. Encuentra una mujer con la que ser sincero, si es que puedes correr el riesgo.

El portazo fue un gesto deliberado de desprecio. Se marchó antes de que él pudiera recuperar el habla. Entonces sonó el teléfono. Era Sonia con una montaña de problemas que habían surgido nada más marcharse él de Italia. La llamada reprimió el impulso de tirar el teléfono y salir detrás de Rebecca, de lo que luego se alegró, pues del humor en que estaba pensó que habría sido lo peor que podría haber hecho. A pesar de sus palabras seguía empeñado en que lo había manejado mal, y que lo mejor sería darle tiempo para calmarse, y entonces podrían hablar y ella vería las cosas como él; era sólo cuestión de manejarlo bien.

Trabajó hasta tarde, hablando con Sonia y enviando e-mails. Cuando se desconectó de la red era medio millón más rico que antes.

Se estaba preguntando si habría pasado el tiempo suficiente cuando llamaron a la puerta. La abrió sin creerse del todo que pudiera ser ella. Pero lo era, y lo saludó con media sonrisa, como si dudara sobre si contarle un secreto.

–¿Puedo pasar?

–Claro –replicó él, y se echó hacia atrás intentando descifrar el humor en el que estaba–. ¿Significa esto que vas a dejar que me explique?

–No, para qué molestarse –contestó ella, riéndose, y entonces sonó el teléfono.

–Ahora no, Sonia.

–Termina lo que tengas que hacer –dijo ella tranquilamente–. No hay prisa.

Se dio prisa, porque había un tono en su voz que no conocía y quería saber más. Despachó enseguida la llamada y al girarse vio que Rebecca había cerrado todas las cortinas y estaba de pie con los brazos cruzados y con una sonrisa que sólo podía tener un significado. La tomó entre los brazos y ella se apoyó en él. Cuando

lo abrazó él empezó a desabrocharle la chaqueta del traje y vio que no llevaba nada debajo. Nunca la había visto tan lanzada, así que aceptó la invitación con ansia. Una vez desnuda, Rebecca lo agarró del brazo y lo llevó a la cama, tumbándose sobre él. Entonces lo sujetó con un movimiento tan depredador como los suyos.

Las veces que habían estado juntos le habían proporcionado una nueva confianza y ahora lo guiaba y lo dirigía para que hiciera lo que a ella le gustaba. Sus caricias eran arrogantes por la seguridad de que tenía el poder, y le dio placer a su antojo. Su éxito llegó más allá de las fantasías más salvajes de Luca.

Rebecca tenía una extraña sensación de ser dos personas, y una de ellas flotaba sobre todo lo que estaba sucediendo y observaba a la mujer que parecía tan inmersa en hacer el amor de manera apasionada con aquel hombre, pero que al mismo tiempo estaba tan distante de él, de lo que ocurría y, espantosamente, de ella misma. Era fría, tan fría que parecía extraño que el hombre no se volviera de hielo en sus brazos.

Luca alcanzó a ver en sus ojos lo que creyó una mirada de desesperación, pero esta desapareció y todo cuanto supo fue que Rebecca se movía cada vez más deprisa mientras daba gritos incoherentes de placer. Adivinó que no estaba haciendo el amor, sino practicando sexo, lo cual lo dejó sin aliento.

Terminaron cuando ella lo decidió. Cuando ella lo empujó fuera suavemente, él se quedó tumbado con la cabeza en la almohada, incapaz de retirar la mirada de ella. Rebecca se sentó en la cama, permitiéndole apreciar su desnudez. Se estaba riendo.

–Ha estado bien.

–Sí –contestó él, que no captó la alusión.

Sonó el teléfono, que él apagó y lo tiró al suelo, lo cual la hizo reírse todavía más.

–¿Qué pasa? –preguntó él, que también se reía pero sin saber por qué.

–Nada, una broma personal.

–Cuéntamela.

–Déjame mis secretos.

–¿Cuándo me la contarás?

–Ya lo sabrás –contestó ella, que se tumbó con las manos en la nuca–. Duérmete.

Así lo hizo, dejándose llevar por una bruma de felicidad hasta que cayó en el profundo sueño de la completa satisfacción física. Rebecca lo observó, ya sin reírse. De nuevo apareció la mirada de desesperación que él había visto, y no se secó las lágrimas cuando estas empezaron a caer.

Capítulo 8

Luca despertó con solo un pensamiento: había ganado; otra vez, como siempre. Ella había intentado dejarlo y no había podido. Volvía a pertenecerle, como había planeado, y ahora no habría nada en su camino hacia un futuro juntos. Se dio la vuelta para tocarla, para ver en sus ojos el reconocimiento de que eran el uno del otro. No estaba. Escuchó el ruido de la ducha, pero no salía más que silencio del baño. No estaba su ropa. Se había ido.

Llamó a su habitación pero no contestaron al teléfono. No importaba, pensó que se habría ido a dar una vuelta para meditar en lo que acababa de ocurrir, que estaría planeando su futuro juntos. Se decía todo esto mientras su cabeza luchaba con todas sus fuerzas por alejar todos los miedos.

La llamó al móvil, pero estaba apagado. Entonces lo intentó con Nigel Haleworth.

–Nigel, siento llamarte tan temprano, pero necesito contactar con la señora Hanley y no parece estar en su habitación. ¿Sabes cuándo volverá?

–Tiene gracia que preguntes eso. Acabo de colgar con ella; dice que no va a volver.

–Claro que va a volver, me… –se tuvo que parar para no soltar una indiscreción «me acaba de dar la mejor noche de mi vida», que sustituyó–. Tiene aquí su trabajo.

–Ya no, por lo que se ve. Ha presentado la dimisión y se ha marchado. Lo cual es bastante inconveniente. Me podía haber avisado antes, en lugar de sencillamente recoger sus cosas y largarse.

–¿Y dónde está?

–No lo ha dicho.

–¿Y si le llega correo?

–Dijo que se pondría en contacto para eso. Mira, ¿por qué no llamas a Danvers Jordan? Estaban prácticamente comprometidos, así que seguro que lo sabe. De hecho seguro que ha sido él el que ha

querido que se fuera. Amor joven, ¿eh?

A Luca le rechinaron los dientes, pero no creyó que fuera el momento adecuado para decirle al gerente que su información estaba caducada. Volvió a llamarla al móvil y no le sorprendió que siguiera apagado. Entonces llamó a la puerta un mensajero del hotel para darle el correo dejado en Recepción. Rebuscó entre los sobres, tirando los que parecían importantes, que en aquel momento no le importaban en absoluto. Al fin se quedó paralizado al ver uno con la letra de Rebecca. No quería leerlo por si decía lo que sabía que diría. Pero al final lo abrió.

Luca, querido:

Lo de anoche fue una despedida. No podía dejarte sin un último recuerdo de lo mejor que hay entre nosotros. Sé que ya no puedes volver a amar, pero por favor no me culpes por ello, y atesora los buenos recuerdos, como haré yo.

Becky.

La primera reacción de Luca fue de negación; no podía creer que la hubiera encontrado y vuelto a perder, que sencillamente se había desvanecido sin darle la oportunidad de bloquearle el camino. Se imaginó la sonrisilla que habría puesto en Recepción al entregar la carta. Pero entonces observó el sobre y vio que tenía matasellos, así que adivinó que lo había enviado por correo el día anterior. De repente se quedó sin fuerzas, al darse cuenta de que había hecho el amor con él la noche anterior cuando ya había escrito la carta. Entonces no le quedó defensa contra el dolor, y se encontró atrapado como un hombre entre el oleaje que se golpea contra las rocas sin escapatoria ni protección; tan solo sufrimiento. Por fin la rabia acudió al rescate. Era el talismán que siempre silenciaba los demás sentimientos y ahora lo invocó contra su enemigo.

Antes del comienzo del día, ya estaba esperando en el despacho de Danvers Jordan.

–Sólo dime si sabes dónde está –dijo en tono amenazante en cuanto este cerró la puerta.

–No sé de qué me estás hablando –contestó Danvers con frialdad.

–Espero por tu bien que sea cierto. Te lo preguntaré por última

vez. ¿Dónde está Rebecca?

–Mira, si lo supiera te lo diría. Ya no significa nada para mí, pero parece que ella ha decidido terminar con los dos –comentó sin poder evitar una mirada de menosprecio–. Hice lo que me pediste y te dejé vía libre. No parece haberte servido de mucho, pero ¿qué esperabas? Rebecca es una dama. Está claro que no se iba a quedar una vez que disfrutó de un toque de rudeza.

Hubo un tiempo en que Luca lo habría dejado sin conocimiento por aquello, pero en aquel momento no se podía mover. Cuando por fin logró reunir algo de fuerza en sus extremidades fue sólo para marcharse.

No miró a dónde iba, pues tenía toda la atención en el payaso que se mofaba de él en su cabeza, que se reía de su debilidad al tragarse un insulto y le decía que era todo culpa de Rebecca. La costumbre de no hacer lo que a ella no le gustaba había vuelto en un momento fatal. Y él era el bufón.

Viajar le pareció el mejor modo de escapar, pues podía convencerse de que sabía a dónde se dirigía en lugar de vagar en círculos. Aunque ya no sabía quién era aquella mujer. No se reconocía desde el día en que había descubierto lo peor de Luca y había pasado la noche en sus brazos, de exceso en exceso y sabiendo que lo iba a abandonar al amanecer. Lo había provocado con lujuria fría y sin corazón y le había pagado con la misma moneda. La mujer que había sido una vez nunca podría haber hecho algo así, pero la mujer que era entonces no podía haber hecho otra cosa. Le había dicho, con sus propias palabras, que no iba a ser su víctima, y después ya no había más que decir.

Suponía que ahora la odiaría, lo que probablemente sería bueno, pues al fin podrían librarse el uno del otro. Descubrió que la rabia era la mejor defensa contra el dolor, y ahora que estaba sola esta brotaba con fuerza. La había engañado del modo más cruel, creando una ilusión para cumplir su objetivo. Se había sentado a observar la escena desde arriba todo el tiempo como un creador infernal, tirando de las cuerdas. La mirada calculadora que ella había visto en sus ojos era la verdadera.

No podía perdonarlo, no sólo por haberla utilizado sino por

haber destrozado sus recuerdos. Ahora sabía por qué nunca había usado la palabra «amor» para su nueva relación, que había sido superficial y, a pesar del placer, insatisfactoria. Había terminado como merecía. Habían compartido mucho una vez y ahora Rebecca se culpaba por haberse contentado con tan poco de un hombre que no tenía más que dar. Aunque pensó que ella tampoco, que era demasiado tarde.

Viajó por Europa: Francia, Suiza, Italia… donde visitó lugares recónditos, y así dejó pasar los días y las semanas, durante los cuales supo que si quería romper del todo con el pasado había un lugar a donde tenía que ir.

Se movió por todas partes en tren y autobús, pues no quería alquilar un coche por miedo a dejar huellas en caso de que Luca la persiguiera. Por fin llegó a Carenna en un autobús viejo que parecía ahogarse por las carreteras. El hospital no le trajo recuerdos, aunque parecía llevar cientos de años en aquel lugar, si no fuera por las obras que había detrás. Imaginó que la comisaría, también vieja, debía de ser la misma en que habían encerrado a Luca, y también vio la pequeña iglesia en la que debían haberse casado. Pensó que quizá el cura también sería el mismo, pero cuando entró descubrió a un joven que tan solo llevaba un año. Tras ahogar un primer impulso de marcharse se puso a hablar con él. Resultó ser una persona de fácil conversación y le contó toda la historia.

Pasaron dos horas y después paseó por la ciudad durante una hora, en la que intentó aceptar lo que acababa de aprender. Cambiaba todo. Nada parecía ya lo mismo con el descubrimiento que acababa de hacer. Pero no tenía nadie con quien compartirlo.

Cuando se hubo aclarado un poco se encontró de pie frente a la casita en la que había vivido durante una época corta y feliz, y que ahora estaba ocupada por una gran familia a la que podía ver por la puerta abierta. Se acercó un poco y vio que el papel de las paredes era el mismo que había puesto Luca hacía quince años, uno con hojas verdes y amarillas. De repente las hojas empezaron a moverse. Rebecca se apoyó en el muro mientras se decía que pasaría pronto. Pero sabía más que eso. Entonces salió una mujer oronda, que se apiadó de ella y la invitó, casi la obligó, a entrar.

–Yo he estado igual con cada uno de los míos –le dijo–. ¿Hace mucho que lo sabes?

–Lo sospechaba –contestó Rebecca–, pero no he estado segura hasta ahora.

–¿Y tu hombre? ¿Qué quiere él?

–Un niño. Su mayor ilusión es tener un hijo.

–Será mejor que se lo digas pronto –le recomendó, y se empeñó en acompañarla a la parada de autobús hasta verla subida y a salvo–. Díselo rápido –le repitió mientras se despedía con la mano–. Hazlo feliz.

Rebecca pensó que efectivamente le haría muy feliz, pero entonces ella habría caído en la trampa y no pensaba dejar que fuera así. Pero no tenía ni idea de qué otra cosa podía hacer. Le parecía estar en el centro de una brújula con la aguja apuntando hacia todas direcciones y ninguna adonde ir porque todas eran igual de confusas. Por fin decidió que sólo había un lugar en el que hacer lo que debía. La ira podía matizar la desgracia, pero no podía negarla totalmente. Necesitaba un sitio donde llorar por su amor perdido y enterrarlo al fin. Así que partió en aquella dirección.

Luca decía que cuando se quiere encontrar a alguien había que ponerlo en manos de profesionales, pero en aquella ocasión los profesionales le fallaron. Cuatro empresas diferentes la habían buscado durante tres meses en los que tan solo habían averiguado que Rebecca Hanley había ido a Francia en ferry. Después se había desvanecido. Al final comprendió que si había logrado eludir a unos rastreadores tan hábiles significaba que su decisión de abandonarlo era irrevocable. Cuando le hizo frente al hecho, los despidió y volvió a Roma, donde se centró en maximizar el potencial de Raditore.

–¿Quieres decir hacer más dinero? –le preguntó Sonia cuando él utilizó la frase.

–Sí, quiero decir hacer más dinero. Vamos a ello.

Pero no hablaba con su mordacidad de siempre y aquello la alarmaba. Llevaba bien que Luca se pusiera salvaje, furioso y despiadado, pero no un Luca contenido.

–Vete –le dijo al fin–. Vete ahora mismo, pero no como cuando te fuiste a Londres y hablábamos todos los días. No eres útil ni para ti ni para nadie mientras estés aquí.

Luca siguió su consejo y condujo el coche hacia el norte, por Asís, Siena, San Marino. El tiempo era cada vez más fresco y disfrutaba de la conducción, pero todos los sitios le parecían iguales.

Al llegar a la Toscana visitó la empresa de construcción que había erigido con el dinero de Frank Solway y que aún era próspera bajo el mando de un buen gerente al que había puesto al cargo hacía mucho tiempo. Examinó las cuentas, felicitó al gerente por el trabajo y se marchó al ver que allí nadie lo necesitaba. Después se dirigió al lugar donde adivinó que siempre había querido ir al final.

Siguió el largo camino que se estrechaba al subir la colina. Allí estaban los árboles tras los cuales había oído voces airadas y entre los que se había metido para encontrar a una chiquilla enfrentada a tres hombres. El suelo estaba bacheado y podía estropear la suspensión de su costoso coche, pero ni siquiera lo notó; tenía la cabeza llena de visiones que le nublaban y lo provocaban ante su repentina resistencia a seguir. Se obligó hasta ver la casita de piedra, a cuya puerta se detuvo, salió y se quedó parado un momento, observando los restos de lo que había sido un hogar habitable. Gran parte del tejado se había caído al quemarse y se veían algunas vigas. Una de las paredes estaba derruida casi por completo, y a través de ella se veía el interior de lo que había sido un dormitorio, aunque ya no quedaba nada que ver. Había estado peor; ahora la devastación estaba semioculta por las malas hierbas que cubrían las paredes y la puerta.

Entonces algo lo detuvo. Vio que alguien había retirado las hierbas y por los cortes recientes comprendió que había sido hacía poco. Entonces escuchó un leve ruido en el interior y se enfureció por que alguien hubiera osado invadir un lugar privado para él. Rodeó despacio la casita y en la parte de atrás vio un triciclo con un remolque improvisado que era poco más que una caja con ruedas. Regresó a la parte delantera.

–¡Sal! –gritó–. ¿Qué estás haciendo aquí? Sal ahora mismo, ¿me oyes?

No ocurrió nada, pero dejó de escuchar ruido.

–¡Sal! O tendré que entrar yo.

Entonces oyó pisadas y vio una sombra en la puerta, de la que emergió una silueta. Al principio se quedó mirando con los ojos

muy abiertos, sin poder creer que estuviera allí. Había temido no volverla a ver, había soñado con ella y ella ya no estaba cuando se había despertado. Hacía tres meses de su último encuentro, cuando lo había encandilado con la mejor noche de su vida antes de abandonarlo con un gesto de satisfacción. Ahora le parecía estar viendo un fantasma.

Vestía vaqueros y una chaqueta de lana y tenía una mano en la garganta para protegerla del frío. Ya no tenía su glamorosa cabellera, que se había cortado como un chico y había recuperado su tono castaño. Tenía el rostro pálido, más delgado y bolsas bajo los ojos, pero estaba serena. Se quedó en la puerta como si tuviera miedo a salir a un mundo del que no se fiaba. Él se acercó lentamente, por una vez no estaba seguro de sí mismo.

–¿Estás bien? –le preguntó, a lo que ella asintió–. ¿Qué estás haciendo aquí, en un lugar tan sórdido?

–Es tranquilo –repuso ella–. No viene nadie.

–¿Cuánto llevas aquí?

–No estoy segura. Una semana o dos, a lo mejor.

–Pero ¿por qué?

–¿Por qué has venido tú? –preguntó ella.

–Porque es tranquilo –repitió él–. Al menos cuando no hay intrusos.

–Sí –asintió ella con una leve sonrisa–. Sí.

–¿Cómo te las arreglas para vivir aquí? No es habitable.

–Sí si tienes cuidado. La cocina todavía funciona.

La siguió dentro y observó la cocina sorprendido por cómo había hecho aquello habitable. Lo había limpiado todo a conciencia, lo cual no era fácil sin electricidad. Se preguntó cuánto habría tardado en limpiar todo el polvo y fregar el suelo y las paredes. Entonces sonó la tetera que había puesto a calentar y ella le indicó que se sentara.

–Sé que te gusta con azúcar, pero me temo que no tengo. No esperaba visita.

–¿No ves nunca a nadie?

–Nadie sabe que estoy aquí. Voy en bici al pueblo, lleno el remolque con lo que necesite, vuelvo lo más deprisa que puedo y la aparco fuera de la vista. Nadie me molesta.

–Estás muy decidida a esconderte. ¿Por qué? ¿De qué tienes

miedo?

–De nada –contestó ella, que parecía sorprendida por la pregunta–. Salvo de que me molesten. Me gusta estar sola.

–¿Aquí?

–¿Conoces un lugar mejor donde estar sola?

Tras pensarlo él negó con la cabeza. Se bebieron el té en silencio. Luca quería decir más cosas, pero estaba nervioso y no sabía cómo hablarle. Aquella mujer, que llevaba una existencia precaria en una casucha en ruinas, se había impuesto de algún modo. Luca no sabía cómo, pero parecía haber descubierto una paz que lo excluía.

–¿Te importa que mire? –preguntó.

–Claro que no. Es tu propiedad.

–No es una excusa para cotillear; sólo me interesa lo que has hecho.

No había mucho que ver. Salvo la cocina sólo el dormitorio era habitable, y sólo porque el tiempo era seco. Había retirado la cama del agujero en el techo y había colgado una manta con una cuerda para hacer una especie de pared entre ella y la parte expuesta. Una esquina de la cama se había quemado y había tenido que sustituir la pata con una caja de madera. La cama estaba cubierta por una colcha que él recordaba de su infancia.

–Espero que no te importe. La encontré en un armario y cuando la lavé parecía estar bien.

–No, no me importa. La hizo mi madre, pero parece ser todo lo que tienes en la cama.

–Uso un cojín de almohada y me acurruco. Es cómoda y calentita.

–Calentita ahora, pero el tiempo está cambiado.

–Me gusta –repitió ella con cabezonería.

Luca abrió la boca para protestar, pero se dio cuenta de que tenía razón. El lugar era acogedor y, aunque no era caliente, daba una sensación de calor. Pensó en el Allingham con su perfecto climatizador y todo cuanto pudo recordar fue desolación.

–Bueno, si te gusta, es lo que cuenta –dijo, y volvió a la cocina, donde abrió un armario–. ¿Esto es toda la comida que tienes, café instantáneo?

–Sí –dijo ella, sonriendo levemente por el tono escandalizado de

su voz–, me temo que es instantáneo. Me doy cuenta de que para un italiano es como una blasfemia.

–Tú eres mitad italiana. El espíritu de tu abuela debería levantarse y regañarte.

–No te preocupes, tengo más comida. La verdura está fuera, que hace más fresco.

Luca recordó que fuera, junto a la pared, había un armarito de ladrillo y puerta de madera, que también había sido limpiado y cuyos estantes tenían papel de periódico nuevo y en el que había verduras.

–¿No tienes carne?

–Debería seguir yendo a la ciudad a comprar la carne.

Él masculló algo y regresó dentro de la casa. Ella le sirvió más té.

–Está muy bueno –apreció él–, y no sabe a quemado. Siempre que he hecho té aquí he acabado lamentándolo.

–¿Has vuelto muy a menudo?

–De vez en cuando vuelvo y corto las malas hierbas, pero siempre han vuelto a crecer para la siguiente vez que vengo.

–Me pregunto por qué no lo has reconstruido.

–Siempre he pensado en hacerlo.

–¿Por qué has venido hoy?

–Estaba cerca. No sabía que estuvieras aquí, si es a lo que te refieres.

Habría sido normal preguntarle entonces a ella por qué había escogido aquel lugar como refugio, pero estaba demasiado confuso, y concentrado en el té.

–Has hecho maravillas aquí –dijo al fin–, pero aún es muy duro. Si te pasa algo ¿quién va a ayudarte?

–Estoy bien –respondió ella encogiéndose de hombros.

–Es igual. No me gusta que estés aquí sola. Sería mejor que te…

Se detuvo. Ella lo estaba mirando y tuvo la extraña sensación de que se había cerrado contra él; era como una pesadilla en la que ya había estado–. Sólo me preocupo por ti.

–Gracias, pero no hace falta –contestó ella con amabilidad–. Luca, ¿quieres que me vaya? Entiendo que es tu casa.

–Sabes que no tienes que preguntarme eso. Es tuya todo el tiempo que quieras.

–Gracias.

Luca salió y anduvo a zancadas alrededor de la bici.

–¿Funciona de verdad eso?

–Sí, si insisto –sonrió ella–. Y no podría traer la leña para la cocina en el coche.

–Pronto vas a necesitar más. Bueno, me voy a ir. Adiós.

Sin más palabras se fue a su coche. Un ligero gesto de despedida y se había ido. Ella se quedó mirándolo hasta que el coche desapareció.

Capítulo 9

Rebecca intentó poner en orden sus sentimientos. Le había impactado ver a Luca, aunque los gritos de este desde fuera de la casa la habían preparado a medias. No estaba como ella había esperado. Estaba más delgado y no había enfado sino confusión en su mirada. En aquel momento le había costado recordar que eran enemigos. Después de todo, tampoco tenían mucho que decirse; eran personas civilizadas. No le podía haber dicho que la había utilizado y engañando para tener un hijo, y él no le podía haber dicho que se había reído de él con una pretensión de amor que en verdad era una demostración de poder. No lo podían haber dicho con palabras, pero lo habían hecho en silencio.

El encuentro había sido menos tenso de lo que hubiera cabido esperar. Él no le había hecho preguntas incómodas ni indiscretas y, salvo por un momento, no le había perturbado su tranquilidad.

Se dijo que se alegraba de haberlo visto marchar, pero ahora la casita le parecía demasiado solitaria sin él. Se estremeció un poco y se apretó la chaqueta. Había refrescado muy deprisa y el lugar no era tan acogedor como había pretendido. Las últimas noches se había quedado levantada hasta tarde porque la cocina de leña era el único sitio con calor de la casa. Había intentado dejar la puerta del dormitorio abierta, pero el calor se iba por el techo abierto.

Se puso a cocinar verdura para la cena y se dio cuenta de que le quedaba poca agua, así que salió con una jarra a la bomba de agua, cosa que odiaba porque estaba vieja y oxidada y necesitaba todas sus fuerzas. Estaba a punto de apretar la manivela cuando vio que se acercaba un coche. Era Luca, que regresaba. Dejó la jarra en el suelo y observó al coche recorrer el camino hasta la casa. Luca salió, la saludó con la cabeza y empezó a sacar de la parte de atrás algo que llevó directamente al dormitorio, donde dejó un montón de paquetes en la cama. Parecía haber asaltado toda la ciudad en busca de sábanas y mantas.

–Estaré sólo un momento y luego me voy –dijo con brusquedad

antes de que ella pudiera hablar, y volvió al coche, del que sacó una caja de cartón que puso sobre la mesa y que contenía comida, verduras frescas y latas.

–Luca.

–Esto es todo –dijo él, y corrió a la puerta. Pero en lugar de volver al coche, fue a la bomba y empezó a manejarla con fuerza.

–Una jarra no te va a durar mucho. Tráeme cualquier otro recipiente.

Ella le llevó dos jarras más y cuando las hubo llenado, él las metió en la casa.

–Luca…

–No quiero tenerte en mi conciencia –la detuvo él a toda prisa, y cuando ella abrió la boca gritó en tono desesperado–. ¡Cállate!

Silencio.

–¿Puedo darte las gracias? –preguntó Rebecca al fin.

–No hace falta –soltó él, y se fue antes de que pudiera decirle más.

Barruntó algo a través de la ventanilla que podía haber sido una despedida, y al momento ella vio alejarse las luces traseras hasta desaparecer.

En el dormitorio Rebecca se puso a mirar lo que le había llevado y vio que había ropa de cama suficiente para pasar las frías noches. Nada caro, nada para abrumarla, sino el regalo de un amigo que había pensado en ella, si quería tomárselo así. Entonces recordó la caja de comida y algo le hizo correr a la cocina para investigar el contenido. Al no encontrar lo que esperaba la búsqueda se tornó febril, aunque no podría decir si intentaba probar que Luca era peor o mejor de lo que sospechaba. Había varios cartones de leche, los cuales agradeció, té, una caja de pastas, pan, mantequilla, jamón, huevos, latas de fruta y dos filetes grandes y con muy buena pinta.

Pero no había azúcar. Ni café molido. Cualquiera de ellas habría significado que Luca tenía intención de regresar, pero su ausencia la dejó sin saber qué pensar.

Aquella misma noche se hizo uno de los filetes, que comió con pan y mantequilla y lo mojó con un tazón de té. Al hacerse la cama no lamentó cambiar las sábanas ásperas por las nuevas suaves, aunque volvió a colocar la colcha encima.

Antes de retirarse se premió con otro té con pastas y se deslizó

con gran alegría entre las sábanas. Esperaba quedarse en vela mucho tiempo, intrigada por la repentina aparición de Luca, pero se quedó dormida casi enseguida y durmió a pierna suelta ocho horas.

Por la mañana se sentía como nueva. Llevaba tiempo planeando ir a la ciudad para aprovisionarse, pero Luca se lo había ahorrado, de modo que podía mantener su intimidad más tiempo y pasar el día con su pasatiempo favorito: leer uno de los libros que había llevado consigo. Se preguntó si debía limpiar la casa a fondo antes por si él regresaba, pues no quería que pensara que le estaba descuidando su propiedad. Así que se puso a recogerlo todo, barrió y limpió el polvo. Pero siguió sin oír el coche y la casa le empezó a resultar demasiado silenciosa.

En el jardín había una zona de hierba a la que le daba bien el sol y donde podía leer a gusto en una silla. Otra ventaja era que desde allí no veía el camino por el que él debía llegar, en caso de que volviera.

Estuvo leyendo un rato y después se fue. Cuando por fin vio un vehículo no era el lujoso coche de Luca, sino una furgoneta vieja que traqueteaba por el camino hasta llegar al agujero en la valla que servía de puerta. Luca sacó la cabeza por la ventanilla.

–¿Tengo espacio? –le gritó.

–Creo que no –respondió ella tras observar el hueco. Entonces él se bajó para asegurarse.

–No, le faltan unos quince centímetros –comentó–. Está bien, lo arreglaré.

Fue a la parte de atrás de la furgoneta y regresó con un enorme martillo con el que golpeó la madera hasta que cedió. Vestía vaqueros y una camiseta y era un hombre muy distinto del que ella había conocido recientemente. Un último golpe terminó por demoler la madera y le permitió acercar más la furgoneta a la puerta principal. Se bajó de un salto y miró al cielo y después a su reloj.

–Bueno, tengo tiempo para empezar.

–¿Para empezar qué?

Pero ya estaba en la parte de atrás de la furgoneta abriendo las puertas. Dentro había un montón de tablones y una escalera, que sacó y colocó contra la pared de la casa justo debajo del agujero del tejado. Mientras Rebecca lo observaba subió a inspeccionar los

daños. Pareció satisfacerle lo que vio, pues volvió a bajar tras mover un par de vigas.

–Estaría bien un poco de té–dijo.

Lo dijo con esperanza pero sin mirarla, y ella supo que lo que dijera sería crucial. Sólo le costaría una palabra debilitarlo con el desaire que notaba que él temía, o colocar su relación en una nueva base sin tensiones. El futuro se iba a decidir en aquel momento.

–¿Ya quieres té? –preguntó con una ligera sonrisa–. Si acabas de llegar.

–Pero los ingleses siempre dan té a sus trabajadores. Si no, no se termina ningún trabajo.

–En ese caso pondré la tetera a calentar.

Ya estaba hecho. Para bien o para mal le había hecho posible quedarse. Mientras hacía té lo escuchó trastear en el tejado hasta que bajó, fue a la furgoneta y regresó con una escalera más pequeña que metió en el dormitorio. Rebecca sabía que revisaría si había usado las sábanas y mantas que le había llevado, y se alegró de haberlo hecho. Un momento después lo encontró en la habitación inspeccionando el techo por dentro.

–Esas vigas no aguantan nada de peso. Las voy a tener que quitar así que durante un tiempo tendrás aún menos tejado.

–Apenas notaré la diferencia –apuntó ella alegremente–. Un agujero grande o un agujero muy grande, el efecto es el mismo.

–Cierto. Me alegra ver que tienes el espíritu emprendedor adecuado.

–¿Quieres decir que lo voy a necesitar? De acuerdo, estoy preparada para lo peor.

–Tienes suerte de que aún no se te haya caído nada. Mira ahí –dijo, señalando arriba.

–Déjame mirar más de cerca.

Él le sujetó la escalera para que subiera a ver de lo que estaba hablando. Las vigas eran menos robustas de lo que parecían desde abajo y no habrían aguantado mucho más.

–Baja, que las quito –le dijo Luca.

–¿Van a caer sobre la cama?

–Algunas sí.

–Entonces deja que la cubra –le pidió, y él la ayudó a protegerla con las mantas viejas.

–Vale. Deja espacio libre.

De nuevo estaba dando órdenes, pero no la irritó como anteriormente, pues en aquello tenía experiencia. Tampoco le apeteció mucho acercarse cuando él empezó a martillar y a lanzar trozos de madera, algunos de los cuales cayeron fuera pero otros dentro. Después de hacer un gran ruido, Luca observó satisfecho el resultado y empezó a retirar la madera. Trabajaba con eficiencia sin parecer darse cuenta de que estaban en el dormitorio de Rebecca. Sólo habló cuando esta intentó levantar un tablón.

–Si tú haces eso, ¿para qué estoy yo?

Ella se retiró y esperó a que él recogiera toda la madera. Luego insistió en ayudarle a recoger las mantas con toda la carga de astillas. Juntos las llevaron fuera para sacudirlas.

–Ahora estamos los dos hechos un asco –dijo él, sacudiéndose la suciedad del pelo y la ropa–. Tengo que ir al pueblo, así que lo haré antes de mancharme más. ¿Quieres algo?

–Sí, por favor –contestó ella tras pensarlo un poco–. Azúcar y algo de café del bueno.

–Bien –respondió él–. ¿Nada más?

–No, gracias. Nada más.

Luca subió a la furgoneta y se marchó con gran estruendo. Estuvo fuera una hora y regresó con más provisiones. Llevaba comida, leche, carne y pasta, y la parte de atrás estaba llena de leños de treinta centímetros cada uno.

–Para la cocina. No te quedarás sin leña en un tiempo.

Rebecca había planeado ir al pueblo por más leña. Pero era una tarea dura para sus constantes mareos y náuseas. Se preguntó si él sospecharía, pero era demasiado pronto para que se le notara y Luca no era suficientemente perceptivo. Sin embargo, cuando intentó levantar unos leños él la detuvo enseguida.

–¿Por qué no te llevas eso? –sugirió, indicándole la caja de la comida–. Yo me conformo con algo de pasta. Encontrarás verdura, salsa de tomate y queso rallado.

Aquello no significaba nada, pensó ella. Estaba claro que quería hacer el trabajo pesado por orgullo. Además recordó que él siempre había sido muy caballeroso; recordó cómo le había gustado esperarla y mimarla, como si fuera demasiado valiosa como para ser tocada; la dulzura con la que le hablaba sin levantar nunca la voz e

intentando ponerse de forma protectora entre ella y el mundo. Estaba claramente chapado a la antigua. Pero ella era una mujer moderna e independiente que no necesitaba tantos mimos, aunque se le suavizó la mirada al recordar lo maravilloso que había sido.

–¡Oye! –gritó Luca, sacándola de su ensueño.

–Perdona, ¿me decías algo?

–Sí. Te preguntaba si vas a hacer la pasta o te vas a quedar ahí soñando todo el día. Aquí tienes un hombre hambriento; muévete.

Para su desconcierto, ella se echó a reír. Intentó parar pero no lo podía controlar.

–Becky.

–Lo siento. Intento, intento…

–¿Qué te hace tanta gracia? –preguntó él, agraviado.

–Es sólo el contraste; no importa. No es nada importante.

–Si no es importante ¿qué te retiene de alimentarme antes de que me muera de hambre?

–Nada. Ya voy.

Agarró la caja y corrió dentro sin dejar de reírse. Le costó controlarse pero al poco se sintió mejor. En cierto modo el incidente le había devuelto el sentido de la proporción, que necesitaba recuperar. Había tenido muy poca mano para la pasta la primera vez que llegó a aquel lugar, pero había mejorado y ahora no se le daba mal.

–Estará lista en diez minutos.

–Bien –replicó él asomando la cabeza por la ventana–; voy a limpiar esto. Me he vuelto a ensuciar con la leña.

Rebecca removió otra vez la pasta antes de salir a la bomba donde estaba él sin camiseta intentando sacar agua con una mano y lavarse con la otra. Como no conseguía mucho, ella fue a la cocina a buscar herramientas y regresó a ayudarlo.

–Yo bombeo –dijo, y le dio el jabón.

Luca se enjabonó mientras ella le echaba agua. El sol brillaba en cada gota que salía del caño y le resbalaba por la piel.

–Ahora el pelo –le dijo Becky, y le echó algo sobre el cuero cabelludo, que masajeó con fuerza hasta hacer espuma.

–Se me ha metido en los ojos –chilló él.

–No seas niño.

–Eres una mujer sin corazón.

–Vale. Venga, que te enjuago.

Cuando ya no quedó más espuma le dio una toalla para secarse.

–Mucho mejor. Oye, ¿qué es esto? ¿Detergente para platos?

–Sirve tan bien como cualquier otra cosa.

–¿Me has lavado el pelo con detergente? ¿Te das cuenta de que ahora oleré a limón?

–Bueno, tenía que usar algo antes de que se te solidificara el pelo, y el único champú que tengo está perfumado.

–El limón está bien.

Ahora que ya habían roto el hielo discutieron de forma amistosa sobre la comida, avanzando lentamente en su camino hacia un lugar en el que su nueva relación fuera posible. Después de comer él rodeó la casa examinando las cerraduras y le impactó que no hubiera ninguna.

–La puerta delantera no cierra bien y la trasera ni siquiera tiene cerradura. Menos mal que yo las he traído –dijo, y las colocó–. ¿Has estado durmiendo sin cerraduras? Podía haber entrado cualquiera.

–Como no viene nadie no pensé que fuera importante. Pero me alegro de que las hayas puesto.

Luca regresó a su trabajo en el tejado hasta colocar un marco estable.

–Con un poco de suerte esta será tu última noche debajo del agujero. Para mañana por la noche espero haber apañado una cubierta.

–Va a ser muy acogedor. Muchas gracias, Luca.

Pero él estaba bostezando y no pareció escucharla.

–Estoy destrozado –dijo, y fue arrastrando los pies a la cocina.

–Vamos a comer.

Luca recolectó leña para la cocina mientras ella encendía velas, pues estaba oscureciendo. Una cena con velas podría haber sido muy romántica, pero él parecía decidido a robar al ambiente cualquier semblanza de romanticismo mientas la observaba cocinar como un halcón y se entrometía con consejos hasta que ella se hartó.

–Vale, hazlo tú.

–Lo haré, lo haré.

–Bien.

–Bien.

Becky se sentó en la cama, enfurruñada, durante unos diez minutos. Entonces regresó a la cocina con el sentido del humor recuperado.

–Vas a amargar la comida –protestó él.

–No, ya estoy bien. ¿Sigo yo?

–No, gracias; lo tengo todo controlado. Aún va a tardar, así que ¿por qué no hacemos primero el arroz y los champiñones?

Ella se puso con los champiñones hasta que tuvo que parar por un ataque de náusea.

–¿Estás bien? –le preguntó Luca.

–Es algo del olor de los champiñones crudos.

–Nunca me habías dicho eso.

–Pues te lo digo ahora.

–Estarán bien cuando estén hechos.

Becky salió a tomar aire fresco para evitar que se diera cuenta. Volvía a sentir náuseas pero las calmó con un par de inspiraciones. Si se guiaba por la última vez, debía de estar terminando. Sólo esperaba que Luca no sospechara antes. Estaba tan confusa respecto a lo que le diría que le parecía inútil pensar en ello. Antes de su aparición no había tenido la menor intención de informarle de que llevaba a su hijo. Pero ahora no lo sabía; aunque de momento tenía intención de dejar la decisión en sus propias manos. De todos modos sabía que se le acababa el tiempo. Si no se lo decía tendría que irse pronto y decidir dónde tener al bebé.

Cuando volvió a entrar sonreía. Luca estaba ocupado cocinando los champiñones y el arroz y terminó haciendo toda la comida.

–Eres un gran cocinero –le comentó ella mientras comían.

–Antes no me decías eso. Siempre criticabas mi forma de cocinar.

–Pero eso era por celos. Eras mejor que yo y me enfadaba.

–Pensé que nunca conseguiría que lo admitieras.

–Lo supiste todo el tiempo, ¿eh?

–Por supuesto. Nunca hubo nada malo en mi forma de cocinar.

–Arrogante.

–No lo había; soy un gran cocinero. ¿Por qué no ser sinceros con eso?

–No sólo arrogante sino engreído.

–Siempre lo he sido. ¿Quieres más champiñones?

Ella se los dio y no siguieron hablando del tema. Después de cenar fregaron los platos.

–Ya está bien por hoy –dijo él–. Estoy listo para irme a la cama. Buenas noches, Becky.

Salió, y Becky lo siguió hasta la puerta, esperando verlo irse en su furgoneta. Pero en lugar de ello Luca se metió en la parte de atrás de esta y, al ver que no salía, Becky fue a buscarlo y lo vio abriendo un saco de dormir a la luz de una linterna.

–¿Qué haces?

–Acostarme.

–¿Aquí fuera?

–¿Dónde si no?

–¿No tienes una cómoda habitación de hotel?

–Sí, pero está a varios kilómetros y no te voy a dejar sola. Está demasiado aislado.

–Luca.

–Buenas noches. Y, Becky…

–¿Qué?

–Cierra con llave.

–Creía que me ibas a defender de todos los intrusos.

–Quiero decir que la cierres de mí.

–¿Pretendes entrar en la casa?

–No.

–Entonces no necesito cerrar. De todas formas hay un agujero enorme en el techo, por si no te habías dado cuenta.

–Becky, ¿quieres dejar de discutir y cerrar con llave?

–Está bien –aceptó, y se fue mascullando–. Me parece una tontería, pero bueno.

Mientras se acurrucaba en la cama, Rebecca pensó en lo extraño que le resultaba el hecho de que se fiaba de él. Le había dicho que no entraría y sabía que no lo haría.

Se levantó pronto a la mañana siguiente, pero él ya estaba dando vueltas fuera. Ella abrió la puerta para llamarlo.

–¡Café!

Él corrió adentro, con movimientos rígidos, como si hubiera pasado una noche fría en un suelo duro. Mientras él se tomaba el café, ella le calentó agua para lavarse y luego le cocinó huevos y beicon mientras él se lavaba. Luca apenas habló, pues estaba

demasiado absorto con la comida, y cuando hubo terminado fue directo a trabajar.

A media mañana Becky le llevó un aperitivo y tomaron té juntos.

–Estás haciendo un trabajo fantástico –le dijo Becky señalando el tejado, que iba tomando forma.

–Así es como empecé, clavando mis propios clavos y contratando la mínima ayuda. Podía hacer cualquier cosa en aquellos días, pero hace muchos años que no hago ningún trabajo honrado. También hace años que no me ensucio tanto.

Le enseñó las manos con su manicura, incongruentes con los arañazos de los últimos días.

–Seguro que no estuviste clavando tus propios clavos mucho tiempo.

–Contraté unos hombres y se me fue de las manos. Aceptaba más trabajo del que podíamos hacer y terminé trabajando por las noches por mi cuenta. Le quité una obra en sus narices al mayor constructor de la zona. Él creía que los trabajos beneficiosos eran suyos por derecho y no le gustó. Así es como me hice esto –dijo, mostrando la cicatriz.

–¿Te peleaste?

–No, pero durante un tiempo estaba convencido de que me enviaría a sus matones. Me pasaba las noches fuera, despierto, esperando a que llegaran.

–¿Y fueron por ti?

–No, nunca. Pero yo estaba tan cansado que me caí de la escalera –dijo, riéndose de sí mismo.

–Me estás tomando el pelo.

–No, de verdad. Excepto tú, dejo que todo el mundo crea que fue una pelea.

–¿Cómo pasaste de constructor a lo que eres ahora?

–Compré un terreno para construir. Su valor creció y de repente me había convertido en especulador. Da más beneficios comprar y vender casas que construirlas, así que me concentré en eso. Una vez que empecé a hacer dinero no pude parar. De hecho no es difícil hacer más dinero del que necesitas si te dedicas a ello en cuerpo y alma las veinticuatro horas del día y no piensas en otra cosa.

–Pensarías en otra cosa. ¿Y tu mujer?

–Drusilla se casó por mi dinero.

–¿Y tú por que te casaste?

–Era un símbolo de estatus –contestó él tras pensarlo un rato–. Su familia tiene un título muy antiguo y pocos años antes ni me habría mirado. Eso me hacía sentir bien –contó él, e hizo una mueca–. No es agradable, ¿verdad? Pero yo no soy un hombre agradable, Becky, nunca lo he sido. Tú me hacías ser mejor, pero sin ti volví a ser lo que soy.

–¡No! –gritó ella violentamente–. Eso es demasiado fácil, demasiado simple.

–Es la verdad sobre mí. Y no hace tanto tú eras la primera en decirlo. Si yo puedo aceptarlo, ¿por qué tú no?

–Porque yo no creo que sea la verdad. Nadie puede explicarse de forma tan simple. Luca, ¿intentas hacerme sentir que es culpa mía, que en cierto modo te dejé tirado?

–No, sólo digo que no puedes luchar contra el carácter natural de la gente.

–¿Qué naturaleza? ¿Quién sabe cómo es el carácter natural de nadie? No está fijado; se desarrolla según lo que te pase.

–Es muy dulce por tu parte que me defiendas.

–No te defiendo. Te estoy llamando idiota descerebrado.

–Yo sólo digo que me conozco.

–Tonterías. Nadie se conoce tan bien.

–En aquella época en Carenna, cuando lo único en que podía pensar era en cuidar de ti… Nunca había sido sumiso y suave con nadie antes, y nunca lo volví a ser.

–Nunca tuviste un niño con nadie más.

–Eso es verdad –respondió él en voz baja.

Tan concentrada en sus razonamientos, no se dio cuenta de la fosa que acababa de abrir a sus pies hasta que cayó en ella. Había olvidado la causa de su pelea y al recordarla se quedó en silencio.

–¿Quieres hablar de ello? –le preguntó él.

–La verdad es que no –se apresuró a contestar ella–. No hay nada de qué hablar.

–No, supongo que no.

Capítulo 10

Estaba recogiendo las sobras del aperitivo y preparándose para entrar cuando oyó una voz detrás de ella.

–Lo siento, Becky, por todo.

–¿Qué? –se volvió a toda prisa, sin estar segura de haber oído aquellas palabras, pero Luca ya se estaba levantando.

–Es hora de que vuelva al trabajo –dijo este, estirando las piernas–. Veamos hasta dónde podemos llegar hoy con el tejado.

Fijó unas cuantas vigas hasta que la luz fue demasiado débil y entonces sacó una techumbre de fieltro de la furgoneta.

–Lo clavaré al agujero esta noche para que te tape. Mañana con suerte estará terminado.

Cuando lo hubo fijado en su sitio comió tan rápido como pudo lo que Becky le había preparado. Esta había esperado que pudieran hablar más, pero él se despidió y se fue.

Había hecho los arreglos justo a tiempo, pues aquella misma noche el cielo se abrió. Ya había terminado el verano y la primera tormenta de otoño fue impresionante, sobre todo para la mujer que miraba hacia el techo, preguntándose cuánto aguantaría. Pero no caló ni una gota. Como constructor Luca no tenía precio.

Justo cuando se estaba empezando a relajar Rebecca oyó un ruido en el exterior y se sentó de golpe para escuchar, pero el sonido de la lluvia solapaba todo lo demás.

Al final salió de la cama y se puso una bata para salir. El viento la empujó con tal fuerza que se tuvo que agarrar para que el viento no la metiera de nuevo en la casa. Tomó aire y miró la lluvia caer como una sábana. No vio ningún signo de problemas, pero oyó otro ruido en la esquina de la casa y se dirigió hacia ella. Llegó justo cuando un relámpago iluminó el cobertizo donde guardaba la leña y vio que se había desprendido el tejado.

–Fantástico –dijo, pues pensó que se le mojaría toda la leña y no sólo no ardería sino que llenaría la cocina de humo.

Sólo podía hacer una cosa. Recogió un montón de leños y se

tambaleó hasta la puerta. Por el camino se pisó el cinturón de la bata y se cayó en el barro. Maldijo furiosa y se levantó sin quitarle el ojo a los leños empapados, ayudada por la luz de los rayos.

–Becky, ¿qué estás haciendo aquí? –sonó de repente la voz de Luca.

–¿A ti qué te parece, que estoy bailando? Se ha caído el cobertizo y la madera se está mojando más aún que yo, lo cual ya es bastante.

–Vale; yo lo llevaré. Tú entra a secarte.

–No mientras quede madera.

–Lo haré yo.

–Una persona tardaría demasiado. Se va a empapar.

–He dicho que lo haré yo.

–Luca, te juro que si dices eso una vez más te rompo la crisma.

–Sólo intento cuidar de ti.

–¡Pues no lo hagas! No te lo he pedido. Haré yo sola lo de la madera.

–No vas a hacerlo tú sola –contestó él, subiéndose por las paredes–. Mientras discutimos se está mojando.

–Entonces vamos –dijo ella, y fue por los leños antes de seguir discutiendo.

Cuando habían llevado la cuarta parte de la madera, él propuso.

–Eso es todo. Hay suficiente para unos días. Mientras podemos seguir metiendo el resto y secarlo.

–De acuerdo. Entra y sécate.

Fueron chapoteando a la puerta, y por el camino Luca cerró la furgoneta de un portazo que mostró lo que sentía. Una vez dentro, Rebecca encendió unas velas y rebuscó en un armario, agradeciendo que el único lujo que se había permitido habían sido unas toallas de la mejor calidad y dos enorme albornoces.

–¿Por qué no me has llamado? –le preguntó Luca mientras se sentaba con el albornoz.

–Porque no soy una mujercita indefensa.

–Pero eres muy torpe –refunfuñó él.

–Oh, cállate –dijo ella mientras le tiraba una toalla a la cabeza y se secaba la suya.

–¿A qué ha venido eso? Sólo digo que podías haber llamado a la puerta de la caravana y haberme despertado.

–Me sorprende que no oyeras caerse el cobertizo, con el ruido que ha hecho.

–Pues no lo he oído. Ha sido pura casualidad que me haya despertado. Si no, supongo que lo habrías metido todo dentro.

–No, habría sido sensata y habría parado, como hemos hecho –se defendió ella, a lo que él gruñó–. Y no gruñas como si no creyeras una palabra de lo que te digo.

–Te conozco. Dirías cualquier cosa para ganar una discusión.

–Sí –contestó ella con sonrisa maliciosa–, lo haría. Así que no me provoques.

–No, si ya tengo heridas de eso, ¿no? –preguntó él con ironía.

–Los dos tenemos heridas –le recordó ella–. Viejas y recientes.

–Pero todavía me hablas –dijo él con curiosidad.

–No, hablo con el hombre que me ha arreglado el tejado. Es difícil encontrar buenos obreros.

–Mi única habilidad honrada –rió él.

–No seas tan duro contigo.

Rebecca pensó que él diría algo, pero sólo agarró la toalla y siguió frotándose la cabeza. Ella hizo té y unos bocadillos y comieron en silencio. Luca parecía cansado y abstraído, y ella se preguntaba si estaría lamentando haber comenzado aquello.

–¿Qué pasó contigo? –preguntó de repente el italiano.

–¿A qué te refieres?

–¿A dónde te evaporaste?

–¿No te lo han contado tus detectives?

–Te siguieron el rastro hasta Suiza, pero se perdió. Supongo que es lo que pretendías.

–Claro. Sabía que contratarías a los mejores y que mirarían los aviones, los ferrys y cualquier sitio con control de pasaporte, así que crucé la frontera entre Suiza e Italia de forma «no oficial».

–¿Cómo?

–No importa –contestó ella con una sonrisa.

–¿Así de sencillo?

–Así de sencillo. Entonces me moví a todas partes en tren o autobús, porque si alquilaba un coche dejaría un rastro.

–¿Por eso tienes esa bici tan increíble atrás?

–Exacto. La compré en efectivo, sin preguntas.

–Me lo imagino. Debieron de alegrarse de librarse de ella antes

de que se cayera a pedazos. ¿Con qué has hecho esa cosa que tiene detrás?

–¿Te refieres a mi remolque?

–¿Así es como lo llamas?

–Pues claro –contestó ella muy digna–. Estoy muy orgullosa de él. Junté varias cajas. Había un cochecito en el granero y le quité las ruedas. Lo siento; sé que eran tuyas.

–No te preocupes, no te las voy a pedir. Si es el cochecito que creo se estaba desmoronando de todas formas. De hecho creo que ya se estaba desmoronando cuando lo adquirieron mis padres. Lo ganó mi padre a las cartas cuando mi madre me esperaba, pero creo que a ella no le gustó. No puedo creer que lo uses.

–Sólo para ir al pueblo por provisiones. Comida, leña, esas cosas.

–¿Has traído leña en esa cajita?

–Una vez, pero puse demasiada y se me rompió, así que tuve que venir por un martillo y clavos y volver, arreglarlo y terminar el trabajo. La leña estaba donde la dejé.

–Claro; la gente por aquí es honrada. ¿Por qué no hiciste que te los llevaran?

–Porque entonces la gente sabría dónde vivo.

–¿Y los hoteles en los que estuviste? ¿No te pidieron el pasaporte?

–Paso por italiana. He estado por todo el país, pero nunca me he quedado mucho tiempo.

–De todas las cosas astutas y maquinadoras… –suspiró él–. Pensaba que yo era un conspirador, pero no tengo nada que hacer a tu lado.

–Soy buena, ¿eh? –preguntó ella con cierta sonrisa coqueta.

–Podrías enseñarme un par de cosas –contestó él, devolviéndole la sonrisa.

Pero ambas eran forzadas y desaparecieron enseguida.

–Quería quedarme un tiempo en algún sitio –continuó Rebecca–, pero no sentía que perteneciera a ninguno, así que siempre iba a otro.

–Hasta que viniste aquí –dijo él, dejando en el aire las consecuencias de ello, pero ella no lo captó–. Estabas muy decidida a escapar de mí, ¿verdad? –dijo al fin en tono grave.

–Sí.

Como Luca no contestó, ella levantó la vista para verle el rostro a la luz parpadeante de las velas. Pudiera ser el efecto de la llama, pero le pareció ver en él la tristeza más impresionante que hubiera visto. Él no se giró para ocultarla; simplemente se sentó observándola con una mirada desnuda e indefensa que era más de lo que ella podía soportar.

–Luca –lo llamó. No pretendía decir su nombre, pero le salió solo.

La emoción la embriagó y tuvo que taparse el rostro apoyando la cabeza sobre el brazo en la mesa. No sabía qué hacer, pues lo que sentía estaba más allá de las lágrimas: la desesperación por los años perdidos, las oportunidades que nunca recuperarían, el amor que parecía haber muerto dejando atrás nada más que desolación. Podría tener a su hijo, pero era demasiado tarde para ellos.

Entonces creyó sentir que le acariciaban el pelo y quizá que murmuraban su nombre pero no estaba segura y no miró. No quería que viera sus lágrimas. Lo escuchó ir a la cocina y meter más leña para volverse a sentar.

–Eso lo mantendrá hasta mañana –dijo Luca–. Vuélvete a la cama y entra en calor.

–¿Dónde vas? –le preguntó ella cuando, al levantar la vista, lo vio junto a la puerta.

–A la furgoneta. Voy a ponerme ropa seca y mañana te devolveré las toallas.

–No, ¡espera! –lo detuvo ella, que no se había preguntado dónde podría dormir, pero le parecía monstruoso que regresara a la inhóspita furgoneta mientras ella tenía todas las comodidades–. No puedes volver a la furgoneta.

–Claro que puedo. Estoy muy bien allí.

Ella saltó con un brazo al frente para detenerlo, pero se detuvo de golpe por la debilidad que la asaltó. Durante un momento tuvo la mente confusa y la cocina bailaba a su alrededor. Luego desapareció el mareo.

No estaba segura de si la había sujetado él o era ella la que se había colgado, pero estaban agarrados con fuerza y se sintió furiosa consigo misma, pues pensó que ahora lo descubriría. Esperó una exclamación, las preguntas, sentirse acorralada.

–A lo mejor no has cenado suficiente –le dijo él–. A quién se le

ocurre cargar leña con el estómago vació. ¿Quieres que te traiga algo?

–No, gracias.

–Entonces deberías ir directa a la cama. Vamos –ordenó, y la llevó al dormitorio sujetándola de manera firme pero impersonal y la metió en la cama.

–¿Estás bien?

–Sí. Gracias, Luca.

–Durmamos lo que queda de noche. Mañana nos espera otro día duro.

Luca cerró la puerta detrás de él y luego ella oyó la puerta principal. La oscuridad no ofrecía respuestas. Rebecca intentó revisar lo que había visto en sus ojos cuando la había sujetado, pero no le habían revelado nada, pues habían tenido una mirada vacía, que no mostraba el fondo. Era como si se hubiera echado atrás, dándole espacio suficiente para una negación si ella hubiera querido. Becky siempre había creído que lo conocía a fondo, pero ahora se preguntaba si alguna vez había sabido algo de él.

En los siguientes días, Rebecca descubrió que el espacio que le había parecido que él le ofrecía no era una ilusión. En cierto modo lo había hecho desde que había aparecido, durmiendo fuera sin importar el tiempo, sin entrometerse nunca ni decir una palabra que pudiera provenir de un amante. Pero ahora había algo diferente, como si él también necesitara espacio. Becky pensó que quizá lo estuviera haciendo por sí mismo, que terminaría la casa para que ella estuviera a salvo y entonces se iría y nunca preguntaría por el niño. Porque no quería saber. Era como vivir con un fantasma. Pero sobre todo Becky estaba en paz, y paz era lo que más apreciaba.

Poco a poco la casa iba cobrando vida. La culminación del tejado significó que otra habitación, que había estado completamente a la intemperie, se hacía habitable, así que Rebecca se dispuso a limpiarla de arriba abajo. La respuesta de Luca fue desaparecer un día casi entero, en el que regresó con un generador portátil y una aspiradora.

–He tenido que ir a Florencia a comprarlo –dijo–. Era el último que tenían. No es demasiado grande, pero nos servirá. ¿Has

preparado la cena?

–No. No sabía si ibas a volver así que no he preparado nada.

–Ah, vale.

–¡Deja de ser tan amable! –gruñó ella–. Hay filetes; ahora los hago.

A partir de entonces resultó más sencillo trabajar y tuvieron algo de luz por las tardes, aunque seguían refugiándose en la cocina.

–Podrías mudarte aquí –propuso un día Rebecca, cuando la habitación estuvo terminada–. Para dormir, me refiero. Es mejor que la furgoneta.

–Vale –contestó él tras meditarlo un poco.

Llevó la furgoneta al pueblo y regresó con un catre de hierro de segunda mano.

–Es muy estrecho –le dijo ella con dudas–. No puede medir más de noventa centímetros.

–La gente de aquí vive en casa pequeñas, así que tienen que tener muebles estrechos.

Pero el colchón era inservible, así que tuvo que comprar otro, y regresó con uno nuevo treinta centímetros más ancho que la cama.

–¿Ves? No importa que la cama sea estrecha. Lo único que notaré será el colchón.

–Pero se sale más de quince centímetros por cada lado. Te vas a caer cada vez que te des la vuelta.

–Tonterías. Lo he pensado todo científicamente.

Se lo explicó al detalle y Rebecca le contestó con un gesto de mofa. Por la noche se fue a la cama y se cayó científicamente de ella tres veces, hasta que puso el colchón en el suelo y utilizó la cama para meter todo aquello a lo que no le encontraba otro sitio.

El humor era una línea de salvación, que hacía posible el viaje hasta que se dieron cuenta de a dónde dirigía. Pero incluso mientras se reían de los percances de Luca sabían que la frágil atmósfera no podría durar para siempre. Lo que la despedazó surgió sin avisar. Estaban sentados en la cocina escuchando la radio y riéndose de los intentos de Luca de reparar el remolque.

–Bueno, ya lo he juntado. Pero ¿merece la pena? ¿Tienes alguna utilidad para él? –preguntó al fin, a lo que ella negó con la cabeza–. Bien –dijo, y lo dejó contra un rincón, donde se le cayó una rueda–. Mi padre insistía en guardar esa cosa por si tenían otro hijo, pero

nunca ocurrió. Entonces *Mama* murió cuando yo tenía diez años.

–Sí, recuerdo que me lo contaste. Debes de haberte sentido muy solo sin hermanos.

–Tenía a mi padre para cuidar. Estaba perdido sin ella –dijo, con una carcajada–. Bernardo Montese, el gigante local, el gran hombre al que todo el mundo temía. Pero por dentro era un blandengue, así que primero ella cuidó de él y después yo. Era como cuidar de un niño pequeño.

–Lo querías mucho, ¿verdad?

–Sí. Estábamos en la misma onda. Ahora me doy cuenta de que en parte era porque era como un niño grande. No se podría imaginar viéndolo gritar a los demás, pero bajo esa fortaleza había una debilidad oculta, y si la tocabas se derrumbaba.

Becky lo observaba manteniendo la respiración, pues sabía que algo estaba sucediendo; bajo la calma de la casita las cosas se estaban descontrolando y si quería detenerlo tenía que hacerlo en aquel momento.

–Sigue –susurró.

–Aun así no se quiso deshacer del cochecito. Decía que le gustaría a mi esposa algún día y yo no tuve el valor de decirle que sólo serviría para chatarra. Un día se emborrachó y se cayó en una cantera, y murió al día siguiente. Yo tenía dieciséis años.

Ya le había hablado de sus padres antes, pero nunca de aquel modo. Ella intentó encontrar las palabras adecuadas para animarlo a continuar, pero él siguió con otro asunto.

–Cuando estuvimos en Londres –empezó, y se detuvo como si hubiera perdido el valor.

–Sigue –lo alentó ella.

–Nunca te pregunté por el parto. Quería hacerlo pero…

–Nunca fue el momento oportuno.

–No, pero quiero saberlo, si aguantas hablar de ello. ¿Fue muy duro?

–Fue rápido. Era muy pequeñita, prematura. Fue lo que vino después lo que fue duro. Necesitaba verte; no sabía que la policía te retenía.

–Tu padre debió de llamarla mientras yo avisaba a la ambulancia. Vinieron muy deprisa y me arrestaron, en palabras de tu padre, por «comportamiento violento». Imploré que me dejaran ir

contigo, pero no me dejaron. Recuerdo las puertas de la ambulancia cerrándose contigo dentro mientras la policía tiraba de mí hacia el otro lado. Me volví loco y entonces sí me puse violento. Hicieron falta cuatro hombres para sujetarme y sé que a uno de ellos le partí la nariz, así que ya tenían algo de lo que acusarme. Estuve en prisión unos días, sin saber nada sobre ti. Entonces vino a verme tu padre y me dijo que el bebé había nacido muerto, así que podía «olvidarme de cualquier idea que tuviera».

–¿Qué dijo? –preguntó ella, con los ojos muy abiertos.

–Dijo que nuestra bebé había nacido muerta. ¿Qué pasa, Becky?

–No nació muerta –susurró ella–. Vivió unas horas en la incubadora. Yo la vi. Era tan pequeña, y enchufada a las máquinas por todas partes. Era horrible, pero sabía que los médicos estaban luchando por ella. Lo intentaron todo, pero fue inútil. Se fue.

–Pero ¿estaba viva? ¿Vivió, aunque sólo fuera un poco?

–Sí.

–¿Pudiste tenerla en brazos?

–No mientras estuvo viva, porque tenía que estar en la incubadora; era su única posibilidad. Pero cuando murió la envolvieron y me la pusieron en los brazos. La besé y le dije que sus padres la querían. Después le dije adiós.

–¿Recuerdas eso?

–Sí. Por entonces aún estaba bien. La depresión no me llegó hasta unas horas más tarde.

–¿No te preguntaste dónde estaba yo?

–Sí, le preguntaba a mi padre, y él me contestaba que aún te estaban buscando.

–¿Te decía eso, cuando sabía que estaba en la cárcel donde él me había metido? –preguntó Luca lleno de rabia contenida.

–Decía que te habías ido. Entonces ella se murió. Después de eso –balbuceó–; después de eso todo se quedó a oscuras. Me sentía presionada, asfixiada, aterrorizada. Todo me daba miedo y no tenía esperanzas de nada. Quizá habría ocurrido de todas maneras, al perder al bebé, pero a lo mejor si hubiéramos estado juntos no, o me habría repuesto antes. Nunca lo sabré.

–No hay nada que no hubiera hecho tu padre por separarnos. No importa lo perverso o falso que fuera; no le importaba mientras se saliera con la suya.

–Creo que al principio creyó que sería fácil. Pero luego se le empezó a descontrolar todo y cada vez tenía que hacer cosas peores para no admitir que se había equivocado. Intentaba rescribir los hechos para demostrar que tenía razón, pero, claro, no podía.

–¿Lo defiendes?

–No, pero no creo que fuera un mal hombre desde el principio. Se fue volviendo así porque no sabía pedir perdón. Nos destrozó a nosotros pero también a él. Sabía lo que había hecho, pero no podía admitirlo.

–¿Alguna vez te enfrentaste a él por lo que había hecho?

–Sí, una vez. Tuvimos una pelea muy grande y le dije que había matado a nuestra hija.

–¿Y qué dijo?

–Nada, sólo me miró y se quedó blanco, y se fue. Luego lo encontré mirando fijamente a la nada. Un año más tarde le dio un ataque al corazón. Sólo tenía cincuenta y cuatro años, pero murió casi al instante.

–No lo siento por él. No lo perdono, y no voy a fingir que lo hago.

–Lo sé. Yo siento lástima por él porque vi lo que se había hecho a él tanto como a nosotros. Pero perdonarle es más de lo que puedo yo también. Además… –se quedó callada largo rato, se levantó y empezó a recoger, como atormentada por la indecisión.

–¿Qué pasa? ¿Hay más?

–Sí, hay algo que llevo esperando para decirte, pero tenía que ser en el momento oportuno. Ahora, creo…

Se detuvo, rota por la duda, aunque sabía que ya no había vuelta atrás. Luca le tomó las manos.

–Dime, Becky. Sea lo que sea, ya es hora de que lo sepa.

Capítulo 11

Sí, debes saberlo. Luca, ¿has vuelto alguna vez a Carenna?

–No.

–Yo tampoco, hasta hace poco. Fui hace unas semanas y averigüé otra cosa sobre la que mintió mi padre.

–Sigue –rogó él cuando ella se detuvo, arrepintiéndose de haber empezado.

–Siempre había creído que murió sin ser bautizada, sin nombre.

–¿Quieres decir…?

–Está allí, en el campo santo. La bautizó el capellán del hospital.

–¿Y cómo no lo supiste?

–Se la llevaron a la incubadora nada más nacer, mientras las enfermeras cuidaban de mí. El capellán estaba allí bautizando a otro niño y como pensaron que a nuestra hijita le podían quedar pocos minutos la bautizó allí mismo, por si no llegaba a tiempo.

–¿Y no se lo dijeron a nadie?

–Sí, a mi padre. Supongo que pensarían que él me lo diría, pero no lo hizo. Pero está enterrada en suelo consagrado. El capellán murió el año pasado, pero hablé con el nuevo y está todo documentado. Parece que el párroco ofició un pequeño funeral y avisó a papá de cuándo iba a ser. No pudo decírmelo a mí porque mi padre lo mantuvo alejado, y no sabía dónde estabas tú. Así que cuando enterraron a nuestra hija no había nadie de su familia.

–¿Ni siquiera tu padre?

–Quería hacer como que nunca había existido, y quería que yo también la olvidara, así que intentó borrarla y borrarte a ti. Hasta le dijo al cura que se apellidaba Solway.

–¿Quieres decir…?

–Es el nombre que hay en su tumba –siguió ella con creciente ira –. Rebecca Solway. Pero está allí, Luca, no se ha esfumado en el vacío. No lo logró del todo.

Luca se levantó enfadado y anduvo por la habitación como si de repente no pudiera seguir sentado. Empezó a sacudir la cabeza

como una bestia dolorida y Rebecca pensó que nunca había visto tanta desolación en un rostro. Por fin se detuvo y, sin avisar, dio un fuerte puñetazo a la pared, seguido por varios más.

–¡Dios! –repetía–. ¡Dios mío!

Rota de pena, Becky lo rodeó con sus brazos y, aunque él no dejó de dar puñetazos, la agarró con tanta fuerza que por poco la aplastó.

–Luca, Luca, por favor.

No estaba segura de que la escuchara, pues parecía perdido en el dolor. Al fin se cansó y apoyó la cabeza contra la piedra, sin dejar de temblar. Rebecca apoyó la cabeza contra su espalda, llorando por él. Podía con su propia pena, pero no con la de él. Luca se volvió y la agarró con fuerza.

–Abrázame fuerte –le pidió– o me volveré loco. Abrázame, Becky, abrázame.

Estuvo a punto de caer sobre ella, pues parecía haber perdido toda su fuerza. Ella hizo lo que le pedía; tenía muy reciente el camino que él recorría ahora y decidió que no lo recorrería solo como había hecho ella.

Apoyándose en ella, Luca volvió a su silla, donde se desplomó. Tenía la mirada vacía y la mano derecha roja y arañada. Rebecca se la sujetó, notando que le dolía al más ligero roce, y se la mojó en agua, con los ojos llenos de lágrimas. Se arrodilló delante de él para limpiarle la herida, que él miraba como si no supiera cómo se la había hecho.

–¿Cómo era?

–¿Qué, querido?

–Su tumba. ¿Cómo era?

–Una tumba pequeña, muy sencilla, con el nombre y la fecha de cuando nació y murió.

–Y no tuvo a ninguno de los suyos en el funeral. Pobre criatura, sola en la oscuridad.

–Me alegré cuando lo averigüé –dijo Rebecca–. Es mejor que si no hubiera tenido un bautismo y un entierro adecuado. Pensé que te gustaría saberlo.

–Me alegra eso, pero deberían habérnoslo dicho. Si lo hubiera sabido habría ido a verla a menudo; no habría estado sola.

–Todavía está ahí, esperando que sus padres la visiten juntos –

dijo ella, y él no pudo contestar, sólo asintió–. Pero antes te tiene que ver la mano un médico.

–No es nada –contestó él retirándola enseguida.

–No tengo más que agua para limpiarla y me da miedo que se te infecte. O que te hayas roto algo.

–Eso es una tontería, yo nunca me hago daño.

–Claro que sí. Ahora ven a tumbarte.

Él asintió y dejó que lo llevara a la cama. Le dolía mucho la mano y tuvo que aceptar que lo ayudara a desvestirse, pero cuando ella insistió en llevarle al médico, protestó.

–Estaré bien mañana –refunfuñó.

Al día siguiente estaba hinchada y aún le dolía, pero él no quería «perder tiempo» con un médico; parecía que lo único que importara fuera llegar a Carenna lo antes posible.

–No podemos ir en esa furgoneta –apuntó Rebecca–. ¿Dónde tienes el coche?

–En el garaje del hombre al que le alquilé la furgoneta.

–Entonces me tendrás que enseñar cómo se lleva.

–Yo la llevaré.

Pero tuvo que desistir al primer kilómetro y ella condujo el resto del camino.

–Gira a la izquierda por aquí –dijo él en cuanto llegaron al pueblo–. Becky, te he dicho que por aquí.

–Luego –contestó ella deteniendo la furgoneta en la clínica–. Primero iremos aquí.

–Te he dicho que estoy bien –gruñó él.

–Y yo te digo que no lo estás.

–Becky, no quiero…

–¿Te he preguntado lo que querías? Luca, es muy fácil; ahora mismo soy la única que puede conducir y no voy a ir a ningún sitio hasta que te vea un médico.

–Eso es chantaje.

–Sí, ¿y qué?

–Estás haciendo el tonto.

–Bien, pero eso que me lo diga el médico.

El médico no dijo tal cosa. Era un hombre mayor que enseguida diagnosticó que Luca tenía dos huesos rotos y un tercero astillado.

–Menos mal que han venido enseguida –le dijo mientras le

escayolaba la mano–. Si no, se le habría quedado la mano dañada. Es usted inteligente. ¿O a lo mejor es sólo que ha tenido suerte con su mujer?

–Sí –contestó Luca.

–Tome estos analgésicos, y estas pastillas lo ayudarán a pasar la noche. Espero que no estuviera planeando hacer nada que requiera fuerza el resto del día.

–No –saltó enseguida Rebecca–; íbamos a hacer un viaje, pero lo hemos pospuesto para mañana.

Luca sencillamente asintió. Parecía derrotado y enfermo, y Rebecca adivinó que no era sólo por la mano. Incluso estuvo de acuerdo en esperar tranquilamente en la sala de espera mientras ella devolvía la furgoneta y regresaba con el coche. Anochecía cuando llegaron a la cabaña y Rebecca se encargó de calentarla y poner cómodo a Luca.

–Acuéstate ahora –le dijo ella amablemente–. Y creo que deberías quedarte tú la cama buena; yo dormiré en el colchón.

Él negó con la cabeza y ella no insistió. Luca aceptó que lo ayudara a desvestirse y lo metiera en la cama como una madre a un niño agotado.

–Gracias –le dijo de repente este, tocándole la mano–. Por todo.

Ella le apretó la mano, la besó y se fue.

Al día siguiente partieron muy temprano hacia Carenna. Habían dejado los vaqueros y habían vuelto a la ropa formal. Con un traje a medida, Luca parecía el hombre al que había conocido hacía unos meses, pero no lo era. Su rostro había cambiado; estaba demacrado, como si hubiera envejecido de golpe. Al comenzar el viaje ella le había tocado la mano y él había sonreído, pero después pareció imbuirse en algún lugar interior, del que ella sólo podía imaginar el sufrimiento.

Llegaron a Carenna por la tarde y fueron directos a la pequeña iglesia donde debían haberse casado. Mientras aparcaba, Rebecca lo miró preguntándose qué sentiría, pero el rostro de Luca no reflejaba nada, lo cual la decepcionó, pues hasta entonces había pensado que era algo que estaban haciendo juntos, y en aquel momento le parecía que Luca estaba más lejos que nunca, en algún lugar al que ella no estaba invitada.

–¿Está aquí? –preguntó Luca cuando entraron en el campo

santo–. ¿Me enseñas dónde?

–Sí, ven conmigo.

La pequeña tumba estaba alejada y anduvieron con cuidado porque el cementerio estaba lleno, hasta que llegaron a una pequeña sección donde yacían varios niños.

–¿Por qué están aquí y no con sus familias? –quiso saber Luca, pero entonces fijó la vista en la señal, *Gli Orfani*, los huérfanos, y se estremeció.

Al final de la línea encontró la pequeña losa con «Rebecca Solway» inscrito, y la fecha de su nacimiento y de su muerte. Luca se arrodilló y posó una mano sobre la hierba.

–Debió de haber sido tan pequeña.

–Sí, lo era. Podrías haberla sujetado en una mano.

Luca cerró los ojos y ella lo sintió temblar, mientras esperaba que se volviera hacia ella. El momento se hizo esperar, pues él no se movió y mantuvo la mirada clavada en la tumba. Por fin Rebecca se fue y entró en la iglesia, que estaba vacía. Le decepcionó no ver al padre Valetti, así que salió y se encontró con Luca, que iba hacia ella.

–Gracias por dejarme solo con ella. ¿Quieres que espere aquí mientras vas tú?

–Sí, yo… –empezó a decir, y se paró al ver que alguien la llamaba desde la puerta.

–Es él, el padre Valetti.

–Siento no haber estado –la saludó el padre–; estaba en el banco. Me temo que no soy muy bueno con las finanzas. Me alegro de que haya vuelto.

–Siempre he querido volver, en el momento adecuado. Padre Valetti, este es Luca Montese.

–El *papa* de la niñita –dijo el cura enseguida, dándole la mano–. ¿Ya la ha visto? –preguntó, a lo que Luca asintió–. Y no parece real. Piensa «¿Qué tiene que ver este pedazo de tierra con mi niña?» Sobre todo después de tanto tiempo.

–Sí –contestó Luca, que lo miraba con repentino interés–. Es exactamente lo que sentía. Ha pasado demasiado tiempo. Ni siquiera sabía que estaba aquí.

–Pero un día estaba destinado a venir. Y ella lo ha estado esperando.

–Le agradezco que haya cuidado de ella. ¿Puedo ver su iglesia?

–Claro, será un placer enseñársela.

Rebecca se fue para estar con su hija a solas, y al volver vio a los dos hombres charlando, y supo que Luca había descubierto lo mismo que ella, que era un hombre bueno y muy fácil hablar con él. Le entristeció que no pudiera hacerlo también con ella. Luca le sonrió al verla, aunque parecía abstraído en otro pensamiento.

–¿A qué se refería con lo del banco? –le preguntó este al cura–. ¿La iglesia tiene problemas económicos?

–Los tendremos si no pagamos el crédito de dos millones que acabo de pedir.

–¿Dos millones de euros? ¿Se está cayendo la iglesia?

–La iglesia no. El dinero es para la nueva unidad de pediatría que estamos construyendo en el hospital. Los costes se están desbordando y sin el crédito podríamos tener que abandonarlo. Yo decidí patrocinarlo, pero, como he dicho, no tengo dinero suficiente –explicó, e hizo una mueca–. El arzobispo no está muy contento conmigo.

–¿Pero lo ha conseguido?

–Con condiciones. El banco quiere un avalista, así que ahora tengo que hablar con los empresarios de aquí para pedirles que me avalen parte del crédito. Y como todos ya saben lo que quiero saldrán corriendo en cuanto me acerque a ellos.

–No se acerque entonces –dijo Luca.

–No entiendo.

–Yo me haré cargo.

–¿Quiere decir que avalará el crédito?

–No, quiero decir que no necesita el crédito. Yo le daré el dinero –aseguró Luca, y el padre Valetti lo miró dubitativo–. No se preocupe, tengo el dinero; no lo voy a dejar tirado. ¿Será suficiente o necesitará más la unidad?

–¿Puede permitirse más? –preguntó el cura, y Luca sacó el móvil y llamó a Sonia.

–¿Cuánto tardarías en transferir tres millones? –preguntó a su asistente–. ¿Puedes hacerlo en veinticuatro horas? Bien, Entonces envíalo a ese sitio –ordenó, y leyó un papel que le había escrito el cura a toda prisa. Luego colgó y habló con tono grave–. Quiero que la unidad lleve el nombre de mi hija.

–Claro.

–Rebecca Montese, no Solway.

–Así será. Es lo más generoso… –empezó a agradecer, pero Luca lo detuvo agitando la cabeza.

–Hágame saber si necesita más –dijo mientras le daba una tarjeta–. Esta es la sede en Roma. Este es el número de mi asistente, que me llamará a cualquier hora –le garantizó, y se dirigió a Rebecca–. ¿Lista para irnos?

Rebecca estuvo luchando contra sus pensamientos todo el camino a casa; quería darle las gracias pero sentía que no tenía derecho, pues de un modo extraño el gesto de Luca no había tenido nada que ver con ella. Había reclamado a su hija, pero lo había hecho solo, de una forma que la excluía. Entonces comprendió toda la esperanza que había depositado en aquel momento, sin entender por qué había ocurrido de aquella manera. Ella había creído que estaban recorriendo un camino que los uniría, pero se había estado engañando, pues Luca se había desviado bruscamente hacia otro camino en el que todo se podía hacer con dinero. Al fin y al cabo, era un hombre de negocios y ella había sido una tonta al olvidarlo. Le había puesto precio a su hija, tres millones de euros. Firmado, sellado y ordenado. Por otro lado, pensó que no se podía criticar a un hombre que acababa de dotar al hospital de una unidad de pediatría y había salvado muchas vidas, ni siquiera aunque en el proceso se hubiera cerrado con llave el corazón.

La cabaña aún estaba caliente cuando llegaron. Luca no habló durante toda la cena, salvo para darle las gracias. Cuando ella lo miró vio un rostro de piedra.

Ya era de noche cuando Becky salió por más leña para la cocina, mientras hacía planes para el futuro, un futuro sin Luca. Este había manejado todo aquello a su manera, que no era la de ella, y pensó que no le podía haber dejado más claro que no la necesitaba y que a partir de aquel momento sus caminos se separaban.

De repente oyó un grito. No podía imaginarse qué era y se paró a escuchar. Entonces llegaron más gritos, provenientes de la cabaña. Tiró los leños y echó a correr. Luca seguía sentado donde lo había dejado, con los puños apretados con fuerza sobre la mesa y la cabeza sobre ellos, mientras profería los gritos de un animal atormentado. Parecía no poder parar, mientras ella lo observaba

asustada.

–Luca.

Él se irguió y se llevó las manos a los ojos, mientras seguía lamentándose. Rebecca se dio cuenta de que se había equivocado al creer que era un insensible por no expresar sus sentimientos, pero que lo que sentía era demasiado profundo para expresarlo. Ahora le decía sin palabras que sufría hasta el borde de la locura.

–Cariño… –le susurró ella, cubriéndolo con los brazos.

Él le respondió abrazándola y apretando el rostro contra ella, aferrándose como si no hubiera un lugar en el mundo donde estuviera más a salvo.

–Todos estos años –balbuceó– ha estado sola. No lo sabíamos.

–No, no lo sabíamos, Luca. Pero no la volveremos a dejar sola. Luca, Luca.

Quería decirle un millón de cosas pero no encontraba palabras, tan solo su nombre una y otra vez, mientras él la abrazaba cada vez más fuerte.

–Ha sido de repente –dijo al fin Luca, calmándose poco a poco–. Lo estaba aguantando y de repente me he visto en el infierno.

–Sí, es lo que me pasó a mí. No hay defensa contra eso; tienes que sentirlo hasta que se pase.

–¿Se pasa? –le preguntó, con un tono de desesperación que le partió el corazón.

–Al final. Pero antes tienes que sentirlo.

–No puedo hacerlo solo.

–No tienes por qué, estoy aquí. No estás solo –le dijo ella, y él la miró.

–Estaré solo cuando te vayas.

–Entonces no me iré –repuso ella, sujetándole el rostro entre las manos. Al principio él no reaccionó, como si hubiera dicho algo demasiado trascendental para ser cierto.

–No lo dices en serio –dijo al fin.

–No puedo dejarte, Luca; te quiero. Siempre te he querido y siempre lo haré. Estamos hechos el uno para el otro –confesó. Entonces él se apartó y le apoyó la cabeza en el abdomen, mirándola con una pregunta en sus ojos.

–Sí –dijo ella–. Es verdad.

Sin responder nada volvió a apoyar la cabeza, aquella vez sin

temblar, al fin en paz. Cuando ella le agarró la mano él la siguió hasta la habitación sin protestar.

Capítulo 12

Creí que nunca me ibas a decir que esperabas un hijo nuestro– comentó Luca suavemente al primer rayo de luz.

–¿Desde cuándo lo sabes?

–Casi desde el principio. Tenías algo… Como la última vez.

–¿Te acuerdas de eso? –preguntó ella, sorprendida.

–Me acuerdo de casi todo respecto a ti, desde el momento en que nos conocimos.

Habían pasado toda la noche tumbados en brazos del otro, hablando a veces, pero sobre todo en silencio, encontrando consuelo en la presencia del otro. A medida que los minutos se transformaban en horas, Rebecca sintió cómo se partía la cáscara que le había puesto a su corazón, y notó que a él le pasaba lo mismo.

–Sospeché lo del niño prácticamente en cuanto te vi, pero entonces no veía esperanzas para nosotros. Sabía que lo había liado todo. Recuerdo que decías que hacía las cosas como un elefante en una cacharrería y era verdad. He estado haciendo las cosas así todos estos años, porque me iba bien. Para cuando nos volvimos a ver se me había olvidado que existían otras formas.

–Ya –contestó ella con ternura–, lo había deducido.

–De jóvenes sabía cómo hablar contigo; me resultaba fácil decirte que te quería. No había nada más que amor en el mundo, nada que importara. Pero cuando nos volvimos a ver había demasiadas cosas que parecían importantes, y la principal era mi orgullo. Te busqué porque me había convencido de que eras la única mujer que podría darme un hijo. Es una tontería, ya lo sé. Sonia también lo vio. Desde el principio me dijo que sólo creía eso porque lo deseaba, y tenía razón. Así que vine a buscarte convencido de tener una razón lógica, porque no podía admitir la verdadera razón.

–¿Y cuál era la verdadera razón?

–Que no he dejado de amarte todos estos años, que mi vida

estaba vacía. Año tras año me había construido un muro en el corazón, creyendo que me protegería si era suficientemente sólido. Por suerte no lo hizo. Entonces te encontré y compré acciones del Allingham para tener una excusa para verte. Creía haberlo planeado todo tan bien –explicó, y se sonrió–. Tenías que haberme visto aquella noche. Estaba casi seguro de que estarías en la casa de Steyne y estaba hecho un manojo de nervios. Cuando oí tu voz en el pasillo me entró el pánico y por poco salgo corriendo. Entonces entraste con Jordan y estabas preciosa, pero tan distinta; no sabía qué decirte. No sabía qué había esperado, que dijeras mi nombre y corrieras a mis brazos o algo así, pero tú parecías no conocerme. Estabas tan fría y con tanto aplomo que de repente me vi otra vez convertido en campesino, buscando las palabras adecuadas. Intenté abalanzarme sobre ti; bueno, de eso ya te acuerdas, pero lo único que sabía hacer era dar órdenes y tú parecías alejarte más con cada cosa que decía o hacía. Casi lo arruiné del todo con esos diamantes, pero no se me ocurría qué otra cosa hacer.

–Fuiste un bruto –recordó ella, sonriendo.

–Como siempre. Cuando vine aquí había perdido toda esperanza; sólo quería ver el lugar donde habíamos sido tan felices. Y cuando te vi no me atreví a creer que pudiéramos tener otra oportunidad –continuó, y se incorporó sobre un brazo, mirándola inquieto–. Porque tenemos otra oportunidad, ¿verdad?

–La tenemos si queremos.

–No hay nada que quiera en el mundo más que a ti.

–Y el bebé.

–Sólo a ti. El bebé es un extra, pero lo fundamental eres tú.

Se quedó dormido antes de que ella pudiera responder, como si el hecho de decirlo le hubiera dado paz. Parecía haber perdido toda la tensión, igual que había hecho ella, que ahora entendía por qué. Durante quince años les habían negado el derecho de llorar a su hija, algo que había congelado sus corazones y no les había permitido seguir su vida. Pensó que aún no era tarde y lo abrazó con fuerza mientras observaba el amanecer. Ahora eran libres para sentir la pena de la pérdida y para seguir y encontrarse de nuevo.

De repente oyó un golpeteo de lluvia en el tejado, que se hizo más fuerte hasta convertirse en un aguacero que duró varios días, durante los cuales no salieron de la casa. Pasaron parte del tiempo

hablando, pero la mayor parte la pasaron tumbados en brazos del otro, sin necesidad de palabras.

Por fin hicieron el amor, con mucha ternura. Aunque aún sentían placer, importaba menos que el amor que habían reencontrado, y al final él la abrazó y susurró.

–Rebecca.

–Me has llamado Rebecca –dijo ella, asombrada–, no Becky.

–Lo llevo haciendo un tiempo. ¿No te has dado cuenta?

–Sí, creo que sí –contestó ella, y se quedó dormida en sus brazos.

Tenía la extraña sensación de que la lluvia había lavado todo el dolor y el sufrimiento. Cuando por fin la tormenta terminó salieron al valle para contemplar un mundo nuevo.

–A desayunar –dijo ella, pensando que pronto tendrían que hablar de otras cosas, pero en aquel momento quería disfrutar de los pequeños momentos cotidianos, y que estos duraran lo más posible.

–A desayunar –repitió él, y la ayudó como pudo, entorpecido por la escayola de la mano–. Supongo que no te enfadarás la próxima vez que quiera cuidarte –dijo, moviendo los dedos–. Nunca me habían intimidado como lo hiciste tú aquel día.

–Algunos hombres necesitan que los intimiden.

–¿Dónde he oído eso antes? Ah, sí, se lo decía mi madre a mi padre.

–¿Y qué contestaba él?

–Nada; se ponía firme.

Acompañó las palabras con el gesto y ella se echó a reír. Él la observaba con ternura, percibiendo que la risa de ambos era diferente; ya no era una risa tensa y crispada.

Una mañana Rebecca abrió los ojos y comprobó que, como siempre, la cabaña estaba caliente porque Luca se había levantado temprano y había azuzado la cocina. Se puso la bata y salió para encontrarlo depositando en el cesto un último lote de leños. Se acercó a él y le frotó las manos con las suyas para hacerles entrar en calor. Entonces él le tocó el cuello con los dedos helados y ella sintió un escalofrío.

–Lo siento –se burló–. Es que tienes el cuello tan calentito y fuera hace tanto frío.

–Aquí se está muy bien.

–Y como habrás visto la tetera está hirviendo. Si te sientas la tendré lista en un segundo.

Ella lo dejó disfrutar mimándola, pero estaba pensativa y él pareció darse cuenta porque se quedó callado hasta que se pusieron a comer.

–¿Qué tal te sientes esta mañana? –le preguntó Luca– ¿Tienes mareos?

–No, ya no, por suerte.

–Pero tienes algo en la cabeza, ¿verdad?

–Tú también. Lo he notado los últimos días.

–Lo pienso cada vez que salgo a ese frío almacén. Llega el invierno y pronto aquí hará mucho más frío.

–Ha sido maravilloso –asintió ella–; estar aquí así. Pero supongo que se acaba.

–Tiene que acabarse –admitió él con pena–. Por tu salud y por la del bebé.

–Bueno, ¿qué has planeado?

–Nada –respondió él enseguida–. Esperaba que sugirieras tú.

–¿No has arreglado nada? ¿Tú?

–Puede que tenga algunas ideas.

–Sabía que las tendrías.

–Pero son sólo ideas. Si no te gustan podemos pensar en otra cosa.

–Estás haciendo muy bien lo de ser un hombre discreto, pero se nota que te cuesta.

–Hago lo que puedo, pero admito que no me sale de forma natural.

–¿Y por qué no lo dejas y me cuentas lo que has planeado?

–No es un plan exactamente. Sólo llamé a mi ama de llaves de Roma para decirle que tuviera la casa preparada y caliente, por si acaso.

–Muy sensato. Nunca se sabe cuándo puedes decidir liar el petate y volver a casa.

–Pero sólo si tú quieres. ¿Prefieres volver a Inglaterra?

–¿Vendrías conmigo?

–A cualquier sitio donde haga calor, siempre que no sea el Allingham.

–No, no tengo casa en Inglaterra –dijo ella–. No hay ningún sitio

a donde volver.

–Entonces sigamos adelante. A mi casa. Nunca ha sido un hogar, pero tú podrías…

–Vamos a hacerlo poco a poco.

No tardaron mucho en preparar el viaje nada más desayunar. Luca apagó el fuego mientras ella reunió algo de comida para tirársela a los pájaros. Al regresar a la casa él la esperaba en la puerta, con su abrigo.

–¿Listos para irnos? –le preguntó, ayudándola a ponérselo.

–Un momento. Antes quiero…

No le hizo falta terminar la frase, pues él se echó a un lado para dejarla entrar. No había mucho que mirar, sólo el dormitorio en que habían permanecido tumbados, unidos al fin, y la cocina en la que habían cocinado, hablado, discutido y redescubierto su tesoro perdido. Luca entró con ella, sin entrometerse, sólo le agarró la mano para demostrarle que sentían lo mismo.

–Hemos sido felices aquí –susurró ella.

–Sí. Las dos veces.

–Volveremos, ¿verdad?

–Siempre que quieras.

–Entonces podemos irnos.

Condujeron hasta el pueblo para tomar la carretera de Florencia y de allí la *autostrada* que los llevaría a Roma. Pararon a comer en Florencia.

–No te arrepientes, ¿verdad? –preguntó ella.

–No, claro que no.

–Es que estás muy callado.

–Sólo estaba pensando…

–Sí. Yo también he estado pensando. Sólo estamos a treinta kilómetros de Carenna; no tardaríamos mucho.

–Hagámoslo pues.

En lugar de ir directos a Roma tomaron otra carretera y en media hora estuvieron en Carenna. En la iglesia vieron al padre Valetti en el campo santo, enfundado en varias bufandas, hablando con dos hombres. Los saludó con alegría al verlos.

–Encantado de verlos. No creí que hubiera recibido mi carta.

–¿Carta? –preguntó Luca–. No hemos recibido ninguna carta.

–Entonces ha sido la providencia la que los ha traído aquí

cuando necesitaba hablarles.

–¿Ocurre algo malo? –preguntó Rebecca.

–No, en absoluto. Es solo que en un campo santo tan pequeño como este siempre hay problemas de espacio, y las tumbas no duran eternamente. Hay algunas que reciben muy pocas visitas en diez años, así que es práctica habitual volver a enterrarlos todos juntos en un espacio más pequeño. Pero por supuesto a las familias se les da la opción de mantener la tumba original por una pequeña suma. Y les escribí para preguntarles.

–¿Quiere decir –preguntó Rebecca– que van a desenterrar a nuestra bebé?

–Pudiera ser. Pero por supuesto el ataúd será enterrado en otro sitio con todo el respeto.

–Sí, pero ¿dónde? –siguió preguntando Rebecca con creciente agitación.

–Bueno…

–Quiero decir, ¿no podría venirse a Roma con nosotros?

Luca se volvió a ella con el rostro iluminado.

–Podría ser –contestó el padre Valetti, pensativo–. Claro que tendría que hacerse con el procedimiento adecuado, un montón de papeleo, me temo. Entren y lo vemos.

En la oficina Luca y Rebecca se sentaron sin soltarse la mano y manteniendo la respiración, mientras él revisaba un montón de formularios.

–Necesito saber a qué iglesia irá –dijo por fin, mostrándoles unos papeles–, y el nombre del sacerdote que oficiará la ceremonia.

–Había pensado en consagrar parte de mis tierras –explicó Luca, tenso por la esperanza– y enterrarla con nosotros.

–Entonces que el párroco me mande una notificación oficial de la consagración y yo arreglaré el traslado.

–Entonces, ¿puede hacerse? –preguntó Luca.

–Sí, puede hacerse.

El padre Valetti era un hombre con tacto y los dejó solos enseguida. En cuanto se hubo ido se miraron el uno al otro incapaces de articular palabra.

–Gracias por pensar en esto, corazón –consiguió decir por fin Luca con voz ronca.

Rebecca le puso una mano en el hombro y él le acarició el pelo.

Un rato después salieron al campo santo para visitar por última vez la tumba. Luca se arrodilló y tocó la tierra mirando fijamente al lugar. Rebecca se mantuvo alejada, imaginando que lo que Luca quería decirle a su hija era algo entre ellos, aunque no le hacía falta oírlo.

–Ten un poco más de paciencia, pequeña. Tus padres te van a llevar por fin a casa y ya nunca volverás a estar sola.

Al mencionar Luca las tierras de su casa, Rebecca había imaginado que sería un jardín muy grande, y no una enorme finca que incluso contenía un bosque, a las afueras de Roma, en la Vía Apia, una mansión con más habitaciones de las que pudiera necesitar un hombre. No necesitó que le confirmara que la habían comprado como un símbolo de estatus y que la había elegido Drusilla.

A pesar de aquello, no había rastro de la presencia de Drusilla, en parte porque se había llevado todo cuanto había podido y en parte porque, como Luca explicó,

–Lo llamábamos nuestro hogar por no saber de qué otra forma llamarlo, pero nunca fue un verdadero hogar. No nos amábamos así que no hay ninguna melancolía.

El instinto de Rebecca le decía que era cierto, pues estaba convencida de que una casa en la que había existido amor siempre guardaba trazos de aquel amor, y en aquella no había tales trazos, así que podrían convertirla en lo que ellos quisieran. Luca escogió la habitación más soleada para el niño y la decoró él mismo de amarillo y blanco.

–Pintaré cuadros en cuanto nazca –le dijo.

–¿Has pensado nombres? –le preguntó ella.

–La verdad es que no. Hubo una vez en que si era niña la habría querido llamar Rebecca, como su madre. Pero ahora…

–¿Ahora? –lo apremió ella, que quería oírselo decir.

–Ya tenemos una hija con ese nombre. Si tuviéramos otra sería como decir que la primera no contaba, y no quiero eso.

–¿Cómo se llamaba tu madre? –preguntó ella, con ternura.

–Louisa.

–Louisa si es niña y Bernardo si es niño –resolvió ella, y él la

miró con gratitud–. Creo que Bernardo Montese suena bien.

–Bernardo Hanley.

–¿Qué?

–Cuando se es madre soltera el niño toma el apellido de la madre.

–No me gusta esa idea.

–A mí tampoco –admitió él, tomándole la mano–. Pero la decisión es tuya, Rebecca.

Se casaron en una ceremonia discreta en la pequeña iglesia local. Luca le agarró la mano como si no quisiera arriesgarse a soltarla ni un momento, y con una intensidad calmada que le decía, más que cualquier palabra, lo que aquel día significaba para él.

El día del parto no la dejó sola. Fue más duro y más largo que la otra vez, pero por fin Rebecca tuvo a su hijo en brazos, y su marido y ella se sintieron más unidos que nunca.

–Ya tienes tu heredero –le dijo ella, sonriente.

–Los obreros no tenemos herederos. Quería un hijo; tu hijo, y de nadie más. Ahora tengo todo lo que quiero. Bueno, quizá falte una cosa.

Su deseo se cumplió en la primavera, cuando enterraron a su hija en el lugar escogido.

–Pensé que aquí estaría bien, rodeada de árboles –le explicó a Rebecca una vez terminado el servicio–. Y queda mucho espacio, ¿lo ves?

Rebecca asintió, al comprender lo que le quería decir.

–¿No te importa? –le preguntó él, algo ansioso.

–No, me alegra que hayas pensado en ello. Pero quiero muchos años juntos antes. Hemos estado separados demasiado tiempo, y tenemos mucho que recuperar.

Él le besó las manos y le habló con el mismo fervor calmado que el día de la boda.

–Hace años, dos noches antes de nuestra supuesta boda, te prometí que mi corazón, mi amor y mi vida entera eran tuyos, y que siempre lo serían. Ahora te lo vuelvo a decir. Voy a pasar el resto de mis días compensándote por el sufrimiento que no pude impedir. Y cuando termine la vida no cambiará nada. ¿Lo entiendes? Nada. Porque entonces estaré contigo para siempre.